

Hernán Rivera Letelier

La Reina Isabel cantaba rancheras

1

Terminan de apagarse los sonos de la canción mexicana que antecede a la que él quiere escuchar, y en tanto la aguja del tocadiscos comienza a arrastrarse neurálgica por esa tierra de nadie, por esos arenosos surcos estériles que separan un tema de otro, el ilustre y muy pendejísimo Viejo Fioca, paletó a cuadritos verdes y marengo pantalón sostenido a un jeme por debajo del ombligo —pasmoso prodigio de malabarismo pélvico—, trémulo aún de la curda del día anterior y pálido hasta la transparencia, llena su tercer vaso de vino tinto arrimado espectralmente al mesón del único rancho abierto a esas horas de domingo —día del Señor, como le enrostran allá afuera, revestidos de su gracia y a voz en cuello, los matinales evangélicos de la Oficina—, día en que, sin tener que subir al cerro, levántese a la misma cabrona hora de siempre, todavía con noche, sintiendo en la garganta la erosión creciente de una resaca que ni los mismísimos salares de Atacama, paisita, por las recrestas, y que lo hizo salir de los buques (no sin antes haber llamado en vano a varios de los camarotes de sus compañeros de parranda) a una fantasmal ronda por las calles del campamento —a esas horas todavía solitarias y cubiertas de la apestosa neblina de polvo—, en donde recién a media mañana, ya con el sol carajo de la pampa picando como sólo pica el carajo sol de la pampa, el boliviano del Copacabana se dignó a destrancar las puertas y a confiarle hasta el jueves, sin falta, paisa, usted sabe, ese urgentísimo litro del Sonrisa de León que, ahora, escanciada ya la mitad de la botella, viene en dejar sobre la untuosa plancha de zinc del mesón, acodándose y acomodándose no para oír mejor, sino para sentir mejor —lo sentimental no se lo quita nadie— esa canción ranchera que tanto le gusta y que sabe es la penúltima de la cara A de ese long play que le costó un triunfo hacer que el altiplánico ranfañoso de mierda lo tocara, long play cuya carátula magnífica, a todo color, una noche de borrachera le pelara sin asco al mismo boliviano macuco, que tiene pegada en una de las paredes de su camarote de viejo solo (de viejo botado y puñetero, como lo joden en los bochinches de borrachos, tratando de hacerlo enojar, los borrachos casados y con más cachos que un camal, como contraataca él, incisivo), y que conserva colocada junto con la estampa de Miguel Aceves Mejía a caballo, entre ese verdadero catálogo de monas peladas, tijereteadas libidinosamente, de Pingüinos y Viejos Verdes, que cubre las paredes de su cuchitril, pero en un lugar claramente privilegiado, claro que sí, justo en medio de sus regalonas: la colorina con cara de pervertida ofreciendo la exuberancia de sus ubres en bandeja de plata y la brillante morena protuberante que, arrodillada en una expresión beatífica, luce por toda prenda una immaculada cofia de madre superiora, y es que Miguel Aceves Mejía, o Miguel Aveces Jemía, como en un cariñoso por inocente juego fonético le llama la huasada de los buques, es uno de los cantantes charros que más le gusta, sobre todo en este tema lleno de sentimiento que ya comienza a aleluyarle el alma con esa exultante entrada de violines y trompetas a todo dar, escoltados por el guitarrero inconfundible de los mariachis y el vibrar ronco y zumbante de ese verdadero armario que es el guitarrón y que seguramente carga y pulsa un mariachi achaparrado y gordito, de espesos bigotes a lo Villa y un verrugoso lunar esculpido en su redonda cara de ídolo azteca, y que quién dice que no sea el mismito que en esos precisos instantes espolea briosamente a Miguel, diciéndole: “Arráncate, Miguel, con un grito de esos que tú sabes echar”, y Miguel, ni corto ni perezoso, a lo mero macho, carajo, ya se está arrancando con un grito de esos que sólo él sabe echar, un grito largo, gorgojeado, estentóreo, un alarido que en la acústica del local vacío resuena lo mismo que si al cristiano me lo estuvieran

capando a sangre fría, paisita, o como si una mano de mujer caliente, urgida, salvajemente efusiva la hembra, que sí las hay, paisa, por las recrestas, se lo dice el Viejo Fioca, le estuviera oprimiendo voluptuosamente uno o los dos compañeros a la vez, grito lindo que tiene la virtud de transportarlo hasta los parronales mismos de la santísima gloria, de espeluznarle, de ponerle la carne de gallina, de encenderle mágicamente otro de sus Libertys arrugados y, milagro de cada día, hacerle levitar hasta la mano, cual prístino cristal santificado, el infecto vaso empañado de grasas digitales y cagarrutas de moscas que, de un envión impecable, olímpico, trasluciéndosele el vinito por el pellejo tornasolado de su perigallo trémulo, se manda hasta atrás, hasta el concho, hasta verte, Jesús mío, hasta las mismas recachitas se manda, y entonado entonces, resuelto, lírico, masticando con fruición el abyecto saborcito del vinacho —latigudo como chicle de velorio el bestia— que lo hace resoplar como un caballo viejo, se va imaginando a Miguel achamantado al pie de un balcón anochecido, dedicándole flor de serenata a una muchacha que en camión de dormir, ensayando candidos mohínes de mosquita muerta, pero reprimiendo el orín de puras ganas la guachita, paisa, escucha la canción semioculta tras los visillos con luna del alto ventanal colonial, o cantando y caracoleando sobre un lustroso pingo se lo imagina —recortado contra un fondo de cerros verdes como de tarjeta postal y su imagen ecuestre repetida en el idílico espejo de un río—, camino a la Feria de las Flores, que es adonde indefectiblemente van cantando siempre los charros, y ya le parece verlo con su sombrero caído alegremente a la espalda, dejando bien a la vista ¡y era que no!, como un palominado que le hubiera dejado caer la providencia misma, su muy consentido mechón blanco, igualito, igualito a como lo ha visto no sabe cuántas veces, en esas entalladas películas mexicanas que son las que más gente llevan a los cines de las salitreras, y que él mismo no se pierde por ningún motivo, por ningún cabrón cataclismo de este mundo ni del otro, y es que sureño como es él y la mayoría de los pampinos viejos, esas lindas películas con hartas canciones, con caballos blancos habilosazos y llenas de paisajes campestres, le traen reminiscencias de su lejana tierra natal, de los queridos sures de sus nostalgias, todavía enverdecidos en su memoria, desde donde un día, siendo aún casi un peneca, un chamaco recién meando dulce, se enganchara hacia estas desconocidas pampas perdidas de la patria con la idea de trabajar sólo por un tiempito, pero trabajar duro, eso sí, deslomarse trabajando, sacarle sangrecita al cerro, como se dice por aquí, para después volver a la casa con una maleta llena de ternos cruzados, un tonto Longines tictaqueándole suavcito en el bolsillo de perro —atado a una gruesa leontina de oro— y la billetera de cuero legítimo abarrotada de billetes de todos los tamaños y colores, y resulta que ya van más de cuarenta años empampado en estas peladeras del carajo, cuarenta y dos años y once meses para ser más exactos, paisa, por la poronga del mono, soñando todavía con toparse algún día a la vuelta de un cerro pelado con la dorada Ciudad de los Césares, esperando aún el grandísimo cabeza de alcorcho tener alguna vez la dicha de ver caer el maná sobre estos miserables desiertos de mierda que ni en sus sueños más baldíos tuvo la osadía de imaginar, más de cuarenta años, paisanito lindo, qué me dice usted, sin ver el más huacho y pililiento de los álamos, sin sentir en sus narices el aroma empalagoso de la humeante bosta de vaca recién hecha, sin oír el relincho de un overo más que en las puras praderas de mentira del percutido telón del cine cuando dan alguna mexicana, y, por eso mismo, cada vez que la cartelera se enfiesta con esos gloriosos afiches llenos de ponchos multicolores, sombreros grandes, guitarras y gallos colorados que, lo mismo que un buen vaso de vino, alegran el áspero espíritu de los viejos, no tiene ningún empacho en repetirse las cuatro funciones del único día de exhibición —matinal, matiné, vespertina y noche—, acompañado siempre por alguna de las fieles niñas de los buques —sus únicas relaciones femeninas en la pampa—, en especial por su Reinita del alma, la más cariñosa y sentimental de todas, la que más ríe y goza con las regadas de los

incomparables Chicote y Mantequilla, la que más pañuelos humedece con las vicisitudes de la muy plañidera Sara García y —porque ella también canta canciones rancheras— la que más gusta y celebra los contrapuntos cantados entre el jovencito y la niña de la película, “Mi Reinita de Corazones”, le dice él, y de la cual, lo mismo que el Huaso Grande, el Hombre de Fierro, el Caballo de los Indios y una punta de viejos más (algunos aseguran que hasta el mismo Astronauta), está total y senilmente enamorado (chalado, chiflado, encaprichado, flechado, amartelado, prendado, encamotado y además tarado el pobre Fioquita, como le joroba, sarcásticamente compungido, su amigo el Poeta Mesana) o, a las perdidas, cuando las niñas están caídas a la nostalgia y no se las puede hacer salir ni con grúa de sus rinconcitos de fotos y cartas familiares, o simplemente andan en las tomas, o cuando la película llega en día de pago y ellas no pueden asistir porque ese día “hay que darle firme al merecumbeo pues, Fioquita, hombre”, igual se va a meter al cine con algún paisa de aquellos que llevando años en el norte aún les resta lo suficiente de huaso acampao como para entrar muy satisfechos a la sala con sus sombreros de paja metidos hasta las orejas y corcovear de puro gustito ante el trote remolón de una nerviosa yegua colorada, sin reparar para nada en la pierna larga y a veces tecnicolormente rosadita de la preciosidad de amazona que la monta, amazona que bien puede ser la misma que en una escena de otra película (¡son tantas las que ha visto, caramba!) le da calabazas al pobre de Miguelito, y en donde él, despechado (“picado el huevón porque la huevona lo miró como las huevas”, como diría el deslenguado del Cabeza con Agua contando la película en la mesa de un rancho) y con todo el sentimiento que es capaz de chorrear su sentimental corazoncito ranchero, le dedica esta misma canción que, ahorita mismo, con su inconfundible voz de gorrioncillo pecho amarillo, comienza a cantar por los parlantes polvorientos del Copacabana, canción que no es otra que Ella, una de las más inspiradas creaciones de José Alfredo Jiménez, cuyos primeros versos, apasionados hasta más allá de la muerte, le hacen llenar de nuevo el vaso de vidrio barato y —pizca de masoquismo indispensable para adobar el vino solitario— sumergirse de cabeza en las averdinadas tinajas de su memoria en busca de algún recuerdo de amor cuya historia guarde semejanzas con la letra que lo emociona y transporta, pero por más que va hojeando despacito entre los retratos desvaídos de sus álbumes manchados de vino, no logra dar con el rostro preciso de ninguna hembra a la que haya rogado de esa tan patética manera, y es que aunque a lo largo de sus bien regados años, más de alguna vez abrió sus labios sólo para decirle ya no te quiero, el dolor y el despecho nunca fueron tanto, putero fogueado él, claro, como para sentir que su vida se perdía en un abismo profundo y negro como dramáticamente va rezando la sentida letra de la canción, nunca hasta ahora, hasta este preciso momento en que, aunque los mariachis no callan y de su mano sin fuerzas el pringoso vaso no cae, el Viejo Fioca siente que su pendeja vida comienza a perderse en un abismo profundo y negro como su misma maldita suerte, cuando el cabrón del Poeta Mesana, después de asomar el triángulo de su cara de búho por uno de los vidrios rotos de una ventana, de entrar al rancho sigiloso y ceñudo —vistiendo su negro ternito de desfile dominical—, después de mandarse de un solo trago todo el concho de la botella y de quedarse mirándolo fijamente, sin pestañear, inquietamente perspicaz, como tratando de intuir si el Viejo Fioca está o no al tanto de la noticia, le pone una mano en el hombro y, doctoral como siempre pero sin acudir a ninguna de sus conocidas frases retóricas (puras vueltas de perro pituco, como le está enrostrando a diario la Malanoche), le dice roncamente: —Murió la Reina Isabel.

2

El Poeta Mesana hacía poco rato que había llegado de la mina cuando la Flor Grande, una de las pocas niñas jóvenes de los buques, llorando impúdicamente por ojos y narices,

irrumpió semidesnuda en su camarote. Luego de su característico baño a lo cowboy — sólo de la cintura para arriba—, el Poeta Mesana acababa de engullirse su acostumbrada porción de harina tostada, leche en polvo y agua hervida. Espesa mazamorra humeante que cada mañana, pausado, ceremonioso, en un ensimismado rito de pájaro solitario, se preparaba en uno de esos grandes tazones de regalo, desorejado y con el oro de la palabra Felicidades completamente desvaído. Cerrera mezcla de puro concreto armado, hermanito, por la concha, con que venía a reforzar el cadavérico pan con mortadela y la bolsita de té langucienta que por todo y gran desayuno le suministraban en la cantina.

Sus fragorosos calamorros con punta de acero oreándose junto a la puerta entreabierta y el embarrado par de medias de fútbol con que en los turnos de noche se guarecía los pies del atigrado frío de la pampa, casi hicieron rodar por el piso, blanco de polvo, a la intempestiva visita. Con sus largas mechaz negras en desorden, sus pechos bamboleantes y la selvática frondosidad de su pubis negreándole grosera bajo la transparencia lila de su camisón de dormir, la exuberante prostituta fue a dar atolondradamente a los brazos del Poeta Mesana.

En esos momentos, en camiseta, luciendo sus canijos pectorales cóncavos y los alagartijados bíceps de sus brazos larguísimos, el Poeta se encontraba aplanchando su única camisa blanca y su subversiva corbatita roja. Prendas con que periódicamente se presentaba a hacer su numerito de declamación —su entremés patriótico, le llamaba él irónico— en esos conminatorios desfiles cívico-militares de homenaje a la bandera; actos que desde hacía un tiempo, domingo a domingo, se venían realizando rígidamente en la polvorienta Plaza de Armas de la Oficina.

Su habitación de anacoreta se muestra entalcada completamente del omnímodo polvo ambiente de la Oficina. Su mobiliario consiste principalmente en cajones de explosivos traídos desde la mina y que proliferan por toda la habitación. Unos adosados a las paredes en forma de repisas, otros haciendo de cómoda o de mesita de velador y el resto arrumado en cada uno de los rincones, repletos de revistas y diarios viejos. Su camarote tiene fama de ser el segundo más desordenado de los buques. El que se lleva las palmas es el camarote del Astronauta, que hiede a rata podrida y se halla tan abarrotado de maletas y baúles polvorientos que se hace casi imposible circular en él.

Dos son los muebles que descuellan en la habitación del Poeta Mesana. El primero es una caballeresca mesa redonda construida de una base de carrete de cable eléctrico, tamaño industrial, tangenciada por dos largas bancas de madera bruta. El otro es su penitente catre de tubos de tres pulgadas de diámetro pintado de color aluminio. Armatoste, este último, que él llama el Huáscar, que usa con la cabecera apuntando siempre hacia el norte y cuya parrilla de zunchos llevó ascéticamente marcada en el espinazo hasta que se acordó un día de comprar el colchón.

Asomando por debajo del catre, semiabierto, una anacrónica maleta de madera barnizada en rojo, de la que sobresalen mangas y partes de ropa arrugada, irradia la tristeza apagada de un viejo animal domesticado. Todo esto, más un antiguo aparato de radio que parece olvidado en uno de los cajones-repisa, completan el paupérrimo confort de la habitación. Piedras conformando figuras extrañas, recogidas en la mina después de las explosiones, más algunas fichas salitreras de principios de siglo y otras curiosidades halladas en los basurales de viejas oficinas paralizadas —como botellas de perfumes o de licores ingleses—, son exhibidas al desgaire en las repisas, más como piezas de museo que como motivos de adorno.

Su catálogo de majas desnudas en las paredes se aprecia más bien pobre. La mayoría ya estaba en el camarote desde antes que él lo ocupara. Y las dos o tres con las que ha contribuido, de pura inercia, comparadas con las que muestran los otros camarotes, sicalípticamente empapelados todos, a decir verdad, se ven bastante insípidas de libido. Más destacan un arropado retrato de Gabriela Mistral, en color sepia, recortado

de una antigua revista Zig-Zag, y una larguísima lonja de papel de envolver en donde, escrita con tinta china, está su famosísima Cantata de las oficinas salitreras abandonadas.

Sólo dos libros (más la evidencia del retrato y de la Cantata) avalan su sospechosa reputación de literato a mal traer. Se trata de una gran Biblia de tapas duras y negras y de una Antología de poesía combatiente, editada por Quimantú. La Biblia le fue obsequiada por un paisano evangélico caído al alcohol y descarriado para siempre de los caminos de Dios luego de que en la mañana de un 19 de septiembre, en la oficina Coya Sur, mientras se encargaba de hacer la salva mayor de veintiún cañonazos, un cartucho de dinamita, justo el número 13, le estallara en la mano derecha y le volara los cinco dedos de raíz. La Antología la rescató desde un tambor basurero después del primer allanamiento llevado a efecto en los camarotes de los buques. El libro había sido donado a la biblioteca del sindicato de obreros, con una dedicatoria: “A los compañeros trabajadores del salitre que, siempre unidos, jamás serán vencidos”. Luego, venía la firma del compañero donante y, enseguida, al pie de la página —trágica, cómica, brutal—, la fecha: 10 de septiembre de 1973.

Por lo tanto, descontento el hecho de ser uno de los pocos afortunados con un camarote para él solo —en algunas épocas se llegó a ver hasta ocho personas por camarote—, su gran fausto venía a ser el viejo radio RCA Victor. Aparato que después del golpe militar ya no volvió a encender. Y no por alguna especie de acto de contrición pacotillero, sino simplemente por no amargarse más la bilis ni ponerse a llorar a moco tendido como ha visto hacer a tantos. O, de pura impotencia —como también ha visto hacer a muchos—, agarrar un día un palo de escoba y, desequilibradamente, patéticamente, hermanito por la concha, salir a la calle gritando pendejadas sin ton ni son.

Sólo las niñas encienden y manipulan el viejo receptor, buscando músicaailable, cuando en las noches de juerga de los días de pago le toman el camarote como quinta de recreo. Pero éstas también usufructúan de él nada más por un rato, sólo hasta que el duende del vino les despierta la ovejita azul y sentimental de sus tristes corazones de mujeres alegres. Porque, entonces, enseguida no más lo dejan de lado para que la Reina Isabel les cante todo el repertorio de sus más sentidas rancheras de amor. O, llorosas y destempladas, cuando la Reina Isabel está ausente, se ponen a cantar ellas mismas, a todo grito, hasta terminar extenuadas y roncas y dormidas con la cabeza sobre la cubierta de la gran mesa redonda. A veces, en un obscuro revoltijo de muslos moreteados, terminan amontonadas todas sobre la picosa frazada que hace de cobertor del escarpado catre de faquir del Poeta Mesana. En esas ocasiones él amanece cortésmente durmiendo en una de sus bancas de tablas.

Cuando a la Pan con Queso se le ocurrió preguntarle un día, por qué él no se aprovechaba de ellas como lo hacían en los demás camarotes cada vez que se emborrachaban, el Poeta Mesana, muy digno él, muy ofendido además, le contestó que lo perdonara un poco, pero que su preciosa pajarilla no era ningún ave carroñera. Que primero tendrían que verse en el lamentable estado en que quedaban tiradas las niñas. El triste cuadrado que hacían cuando, borrachas como tencas, con el rostro anegado en charcos de babas y vómitos, y lastimosamente orinadas algunas, roncaban sumidas en un miasma tibio y pestilente que no era sino un irredento aura de vahos, eructos y pedos de cadáveres en proceso de descomposición. “Sería como cabalgar sobre yeguas reventadas”, sentenció el Poeta Mesana. “Y eso, criaturita de Dios, no va ni con mi estilo ni con mi fama de jinete cosaco”.

—Soy un Taras Bulba; no un tarado por la vulva —terminó redondeando gravemente pitorrero el Poeta.

Su Cantata de las oficinas salitreras abandonadas, pendida de un clavo junto al severo retrato de Gabriela Mistral (profanado burdamente por unos bigotes a lápiz de

cejas; travesura que le causó tal gracia que clausuró su camarote como salón de baile por veinticuatro fines de semana), no es sino una incompleta recopilación de más de doscientos nombres de esos fantasmales escombros diseminados a través del desierto.

Escrita en una caligrafía ardua, la lista no guarda ningún tipo de orden histórico. Los nombres de las oficinas no están distribuidos por cantones ni por fechas de aparición ni por nada. Simplemente se colocaron ahí a medida que fueron recopilándose, poniendo algo de atención nada más al dibujo del margen derecho y tratanto de acomodarlos según el número de sílabas, esto para los efectos de ritmo y respiración de sus tronantes y expresivas declamaciones de borrachera.

Y es que la gracia, justamente, del famoso poemita, no reside tanto en leerlo en silencio como en escucharlo en su ronco vozarrón de capataz de carrilano, cuando en alguna tertulia de día de pago el vino le insolenta la vena artística y, entre las famosas mentiras del Caballo de los Indios y los eternos corridos de la Reina Isabel, le da por recitarlo. Revestido de una solemnidad blindada, inmune a toda clase de pullas y sarcasmos, calibrando el tono de voz y la expresión gestual según la acepción histórica, trágica o sentimental de cada uno de los nombres, hace de su wagnerianísima declamación un espectáculo único en su género.

Como gran parte de las oficinas salitreras fueron bautizadas con nombres de mujer (homenaje de estilo naval que sus dueños brindaban a sus castas esposas, hijas idolatradas o dispendiosas amantes), el Poeta Mesana, al ir declamando nombres tales como: Celia, Rosario, Pepita, Palmira, Felisa, Irene, Lilita, Iris o Amelia, lo hace mirando fijamente al rincón en donde el Viejo Fioca se ha instalado con su botella de vino y sus dos paquetes de Liberty. Sabe que al llegar a la ignorada oficina llamada Nena Vilana (nombre en la Cantata escrito solo y entre blancos) el rijoso anciano, tan crestón como siempre, no se podrá aguantar las ganas y romperá en desaforados aplausos y piropos de corte obsceno.

Como a ambos les inquieta enormemente el nombre de Nena Vilana, y como no han logrado saber nada de su dueña, entre los dos le han elaborado una pequeña biografía de tono libertino. Usando la retórica de uno y la lasciva imaginación del otro, han llegado a la alegre conclusión de que el tal nombrecito ha de haber correspondido, sin duda alguna, a una alta, elegante y flaquísima querida levantada por algún magnate salitrero en uno de esos glamorosos cabarés de los años veinte. Fatalísima se la imagina a la epónima el Poeta, fumadora en larga boquilla de ámbar y más loca que el charlestón. El Viejo Fioca, por su parte, la ve rubia, riendo una gran risa de serpiente cascabel y nimbada de aquellos dulces sombreritos de la época que sólo un imbécil, paisanito lindo, le habría quitado para hacerle el amor.

José Francisco Vergara, su lugar de nacimiento, es la Oficina que encabeza la Cantata. Única licencia de corte sentimental que se ha permitido en su aleatoria confección. Ahí, en esa Oficina, con el cuero prehistórico de sus pies desnudos tornasolándole sobre las ardientes piedras de caliche, se había criado igual que los lagartos: a pampa rasa. En esa Oficina había vivido las dos experiencias que todo hombre bien criado recuerda para siempre, según solía contar en las épicas tomateras de rancho, cuando el vino con tierra y las canciones mexicanas (más la lascivia del Viejo Fioca y el lenguaje escatológico del Cabeza con Agua) lo arrastraban a ese tipo de recuerdos, desenfrenándole la conversa.

Fue allí, en una de las tantas calicheras abandonadas, después de fumarse su primer Ópera, donde había logrado la envidiable hazaña infantil de arremangarse el capullo hasta atrasito y primero que todos los demás niños de la patota. Y aguantando las lágrimas de su primer dolor venéreo como todo un machito, había jodido incluso a los cabros más grandes, los que, gracias a las cataplasmas de grasa de carreta, ya ostentaban pelitos.

Y allí también había sido, en un caldeado camarote de los buques de su desaparecida oficina Vergara, donde fuera desvirgado por mujer, una calurosa tarde de adolescencia. A la chimbroquita le decían “La Lujuria”, y además de bizca y flaca como bicicleta, tenía los alambres ligeramente pelados. Y mientras le hacía la profilaxis con el agua que mantenía temperada en un brasero rojeando a la puerta —humeante farol de ese entonces— comenzó a repetir, impávida y pastosamente, con la monotonía de los conjuros para la buena suerte: Matecito de plata, matecito de plata. Y lo siguió repitiendo en la cama mientras se lo echaba melosamente encima y comenzaba a menearse despacito. Y mientras lo repetía y se meneaba, apurando cada vez un poco más el ritmo, clavándole con la dureza triangular de su hueso pélvico, la esquelética mujercita no dejaba de mirarlo con una expresión ansiosa que el estrabismo de sus ojos verdes hacía mucho más lunática y lasciva. En tanto él, ladeando la cabeza avergonzado, hundiéndola en la almohada, trataba de contener a penosos sorbetes el torrente de agua que comenzó a chorrearle de súbito por las narices, sin animarse a sacar el pañuelo de su pantalón, apeñuscado por allá por sus tobillos, para no detener el bamboleo sublime de la flaquita que a un ritmo ahora frenético (repitiendo siempre matecito de plata, matecito de plata) y entrecortada de gemidos y sollozos, ya estaba haciéndole avistar el horizonte de pájaros raros, las cortezas de árboles fabulosos, las flores y los frutos de colores exóticos y todo ese flotante mensaje de maravillas que antecede al instante grandioso del descubrimiento de un nuevo mundo.

Poco antes de que paralizara J.F. Vergara, el Poeta Mesana había sido trasladado a la Oficina. Su fama se le vino adherida como llamativo rótulo en el saco gangocho en que traía retobados sus exiguos bártulos. Y junto a su fama se le había venido también su apodo como una lírica mancha de vino (una más) en su ya brillosito terno de presentación. Anacrónico terno cuyas finas rayas verticales hacían aparecer aún más largo y encorvado su cuerpo huesudo.

En la Oficina, su nueva jefatura pudo corroborar muy pronto, y no de muy buen talante, su voluntariosa y desordenada afición literaria. Demasiado seguido lo sorprendían en horas de trabajo borroneando sus versos acuclillado como las momias al sol de la mañana. O despatarrado bajo la sombra fresca de un bolón de caliche, lo solían descubrir por las tardes, masticando absorto su minúsculo pedazo de lápiz Faber. Escribía sus parrafadas líricas en ajadas hojas de cuadernos escolares o en los mismos papeles en que la cantina le envolvía el perpetuo pan con mortadela, y guardaba todo en una carpeta untuosa, rotulada con el sarcástico título de Crestomatía. Y más de una vez algún atónito jefe lo vio corriendo desesperado y en cuatro patas por los desmontes tratando de rescatar sus preciosos manuscritos arrebatados en plena inspiración por un intempestivo remolino de arena.

Pero cuando comenzaron las paradas laborales de homenaje a la bandera —que los mineros viejos parafraseaban por lo bajo como “huevoñaje a la bandera”—, cuando las jefaturas de cada sección bregaban cada semana entre sí por ver quién llevaba más contingente a la plaza, por quién presentaba los más simbólicos y espectaculares carros alegóricos, por quién se lucía más con sus números artísticos de canto, baile y declamación preparados y ensayados durante toda la semana, en el trabajo, para impresionar a las impertérritas autoridades militares de visita en la Oficina, entonces la cosa cambió del cielo a la tierra para el Poeta Mesana. De golpe y rasga pasó a ser la estrella principal, el plato fuerte de todos los actos organizados por la sección Mina.

Lo que muy pocos sabían es que el Poeta, aparte de su beligerante corbatita roja —que ya le había sido objetada más de una vez por la gregaria jefatura—, invariablemente se las arreglaba para meter entremedio de sus alocuciones patrióticas, algunas combativas estrofas espigadas de la Antología de Quimantú. Romántico acto de insurrección que llevaba a cabo más por darse una satisfacción personal que por otro

motivo. Manera ingenua de hacerse pagar el hecho oprobioso y poco democrático, argumentaba con socarronería, de ser obligado a subir al proscenio.

Y así, antes del paso huasonamente marcial de los viejos de la mina frente a la tribuna de honor (“esforzados titanes que hacen patria extrayendo el oro blanco desde las extrañas mismas de estas eméritas pampas calcinadas”, como clamaba, impávido, el presentador oficial), los píos oídos del Sr. Capitán de Carabineros, del Sr. Director de la Escuela, del Sr. Comandante del Cuerpo de Bomberos, de los Sres. Ejecutivos de la Empresa y los muy eméritos oídos de las Autoridades Civiles y Militares todas (modositamente sentados pierna arriba bajo un toldo de lona) eran bombardeados, en su total inocencia, con versos de poetas tan luciferinos como Miguel Hernández o Ernesto Cardenal. Y a veces, en un acto de intrepidez suicida por parte de este Manuel Rodríguez de la poesía, resonaban claros en el ámbito de la plaza, como duras piedras de guerrilla, algunos tutelares endecasílabos del peligrosísimo y nunca bien muerto Pablo Neruda.

Y en esto justamente se hallaba el Poeta Mesana mientras aplanchaba su percutida camisa blanca, discurrendo de qué modo y en qué parte del panegírico de ese domingo colar unos peliagudos versos del salvadoreño Roque Dalton que decían algo como que los muertos estaban cada día más indóciles, que ya no eran los mismos desde entonces, que se ponían irónicos, que preguntaban, que parecía que iban cayendo en la cuenta de ser cada vez más la mayoría, cuando la Flor Grande, que corriendo de puerta en puerta andaba pregonando como loca la inconcebible muerte de la Reina Isabel, irrumpió en su pieza trastabillando en los calamorros con punta de fierro y cayendo aparatosamente en sus brazos.

El pobre Poeta, tomado de sorpresa, atinó sólo a apartar la mano en que sostenía la plancha caliente, mientras la otra le revoloteaba en el aire como una garza perpleja, sin hallar en dónde posarse. Como la inquietante desnudez de la meretriz era casi completa, el pobre vate, con la circunspección que le caracterizaba en sus escasos estados de sobriedad, sólo atinaba a balbucir: “Ya, ya, ya”, y a ensayar torpes caricias de padre atolondrado. Desconcertado él mismo con la increíble noticia de la muerte de su amiga la Reina Isabel, no hallaba las palabras para consolar a la desafortada prostituta que, llorando a desgañitarse, apretada fuertemente contra la cavidad de su pecho casi lampiño, no paraba de emitir sus escandalosos ayes de viuda furiosa y de repetir, inconsolable:

—¡Se nos fue la Reinita, Poeta crestón! ¡Se nos murió la Chabelita!

3

La Flor Grande y la Malanoche despertaron esa mañana en un camarote que no era el de ninguna de las dos. Completamente desnudas, tendidas boca abajo al borde de una litera, la una al lado de la otra, mostraban sus disímiles traseros acomodados ignominiosamente como para practicar en ellos el tiro al blanco. El magro, moreno y velludo de la Malanoche estaba levantado con una almohada doblada en dos, y el redondo y mundial de la Flor Grande, blanquísimo, su más rotunda carta de triunfo, lo habían alzado sobre una escocesa maleta de plástico, a cuadritos rojos y negros, rellena ipso facto de sucia ropa apiñada.

Desparramados por la habitación, una decena de hombres dormían su curda, ahítos y babeantes. Dos de ellos roncaban acomodados estrechamente junto a las mujeres, otros tantos estaban tumbados en la parrilla de abajo de la segunda litera y los demás yacían tirados por el piso entre botellas derramadas y una apestosa alfombra de colillas. Recostados contra las paredes, lacios, semidesnudos, algunos borrachos apretaban el cuello de una botella vacía o sostenían entre sus dedos, milagrosamente, la pura flor de ceniza de sus cigarrillos consumidos. Por los bordes de sus tristes calzoncillos

despercudidos, les asomaban sus vergas lánguidas y acordeonadas como añosas cabecitas de tortugas.

La Malanoche, que fue la primera en despertar, tuvo que desembarazarse de un borracho gordo que dormía ovillado casi encima suyo. Con una venérea expresión de felicidad estampada en su rostro sanguíneo, el ebrio, de grandes mostachos cerdosos (que le recordaron la caricatura del sargento García vista en las historietas que leía la Cama de Piedra), le tenía el dedo mayor de la mano derecha introducido íntegramente en la roseta violácea de su esfínter.

—Se fueron al chancho estos cabrones —rezongó la Flor Grande, con voz lamentosa—. No sé qué cresta le echaron al vino.

Ambas se sentaron un momento a la orilla de la litera, mascullando quejumbrosas. Mustias y desgredadas, con sus cabezas apretadas fuertemente entre las manos, sentían los efectos calamitosos de la borrachera. La Flor Grande dijo que era como si un lote de diabladas bolivianas le estuvieran haciendo sonar sus bombos inmisericordes dentro de la brumosa catedral de su cráneo, cuyas paredes sentía como si fueran de quebradizo papel de arroz.

—¡Eso! —confirmó la Malanoche, presionando sobre sus sienes con las yemas de los dedos—. Pero más que el retumbar de los bombos, Florcita linda, lo que yo siento en el cerebro es el aserruchante ruido de las matracas.

En el desorden descomunal del camarote no se veía ninguna clase de muebles: ni repisas ni veladores ni mesas; ni siquiera una silla. En las cuarteadas paredes polvorientas, pintadas de un sofocante color verde selva, no se apreciaba ningún recorte de monas peladas. Esto hizo pensar a las mujeres que se trataba del camarote de algunos de los huasos llegados a la pampa en el último enganche. Todavía no habían comprado siquiera un miserable espejito para afeitarse.

Todo el moblaje consistía en las dos literas de fierro con parrillas de zunchos que era el único ornato con que la compañía entregaba las habitaciones. Sólo los ocupantes de las parrillas inferiores poseían colchones. Los de arriba habían acomodado sus ropas más gruesas para no amanecer con los zunchos marcados en la espalda. En un rincón del camarote se había estado tratando de construir una especie de clóset con palos y tablas brutas. Y tal vez por falta de material o simplemente por abulia, lo que había resultado era un perfecto mamarracho.

—Más parece gallinero de campo que ropero esta huevada —dijo la Flor Grande.

Buscando sus calzones negros, al parecer escondidos por los hombres en el frenesí de la fiestecita, se había puesto a hurgar en la ropa amontonada allí, en tanto que la Malanoche, por su lado, removía sin consideración alguna a los borrachos dormidos buscando los suyos debajo de ellos. En la parte de arriba del armario, que se dividía en dos compartimentos, se amontonaban bolsones de viaje con el ticket de cartulina aún colgando en sus orejas, dos chalequitas de lana y un par de casacas invernales con la caperuza incorporada. Como un signo fuera de lugar, un emblemático sombrero de paja colgaba redondamente de un clavo. Pendidas de cuatro clavos de cuatro pulgadas cada uno, había además cuatro toallas descoloridas. En la parte inferior, o sea en el propio piso de madera, sucio y polvoriento, renegreaba una ruma de ropa e implementos de trabajo: guantes, cascos, overoles y bototos con punta de fierro; todo manchado de grasa y petróleo, señal claramente notoria —verdadero estigma, según la Flor Grande— que diferenciaba a los machucados de la planta de los gallos de la mina.

Con una morisqueta de asco, tomándolos con la punta de los dedos para no mancharse de grasa, la Flor Grande extrajo los minúsculos cuadros amarillos de su compañera desde el interior de uno de los bototos y se los alargó puteando de rabia. Que de haber sabido que esos pendejos no eran mineros, le dijo, no habría ido a meterse a esa pocilga. Que quizás cuántas veces se las habrían culeado gratis esos perros

apestosos de mierda, le dijo. Le dijo que nada más era cosa de mirarles las caritas de cerdos satisfechos con que dormían la cura los muy crestones para darse cuenta de que habían descargado la piedra las veces que se les dio la gana a esos casposos infelices hijos de la gran puta, le dijo.

—¡Y parece que, además, estos maricones usaron el puro camino de tierra! —le secundó la Malanoche socarroñamente compungida, echándole más carbón a la locomotora.

Y es que pese a no decir nunca que no cuando de parrandear se trata, todo el mundo sabe que a la Flor Grande sólo le gusta jaranear y ocuparse con mineros. Que su placer mayor es encamarse con ellos recién llegados del cerro y antes de que se bañen, enterrados completamente de pies a cabeza. Que le gusta sentirles la piel todavía quemante del terrible sol de las calicheras; raspar su propia piel contra esa arenilla salitrosa que se les viene en el pelo, en las pestañas, en los pliegues de sus párpados caídos; que traen acopiada en las espirales de sus orejas; hecha barro reseco en las ventanillas de sus narices; metida ásperamente entre sus dientes; acumulada en la estrella del ombligo y, más fina y más salobre, guardada para ella en las mismas alforzas del prepucio. Como una desenfrenada perra sabuesa, husmea en esos cuerpos rendidos buscándoles el aroma agridulce de su sudor bestial. Ese aroma mezclado con el olor denso y potente de la dinamita que la transporta a los tiempos perdidos de su infancia, cuando su padre, y después su primer hombre —ambos mineros a combo y barreta—, llegaban de las calicheras desvaídos de cansancio, con la pampa reverberándoles en sus ojos aguados y la tarántula del sol agarrada horriblemente a sus frentes; tórrido tatuaje de fuego que les seguía quemando todavía en el frío glacial de las noches.

A los plantinos, en cambio, a los tiznados, como les decían en los tiempos de su niñez a los hombres que laboraban a la sombra oleaginosa de las maestranzas, jamás los había podido soportar. Les hallaba un maleable dejo de reptil en sus manoseos resbaladizos. Le repelía ese halo tornasolado en la piel blanquecina, transparente, demudada de falta de sol y por cuyos poros y nervaduras verde-azuladas le parecía ver aflorar lo aceitoso y helado de las maquinarias. “Se parecen a esos pescados del fondo del mar”, decía.

La noche anterior, tras un copeado recorrido por los ranchos y cuando ya se preparaba para dormir, su amiga la Malanoche había ido a sacarla de la misma cama para invitarla a “una fiestecita”. Ella, la muy tonta, ya entonada como estaba, no se había dado el trabajo ni siquiera de vestirse; nada más se chantó encima su negligé y listo. Y ahora, al no encontrar sus calzones por ninguna parte (ni pensar en ponerse los cuadritos de muñeca de la Malanoche que por lo menos andaba con vestido, pues no le entrarían ni a las rodillas), tiene que cubrirse sólo con el transparente camisón lila que le quitó a tirón limpio al borracho que lo tenía puesto. El vestido de color salmón a lunares negros de la Malanoche lo habían hallado apelotonado bajo la cabeza del único upo al que más o menos conocían: un cataplasma que regaba la plaza de la Oficina y al que, por lo malo para gastar, los demás llamaban el Esmeril de Goma. Él había sido quien las invitó a la “fiestecita”.

Cuando las niñas salieron del camarote, el sol, como un lerdo perro de calchas amarillas, se les fue encima lamiéndoles tibia y empalagosamente la piel. Trepano por la cal polvorienta de los murallones, el sol rebasaba el largo patio del buque, y espeso, como lava candente, se derramaba por la principiante mañana de domingo.

A esas horas el patio se veía aún desierto. Era demasiado tarde para encontrarse con los trabajadores entrantes al turno de la mañana y demasiado temprano para ver trajinar a los que no laboraban ese día. Los salientes del turno de noche, a esas horas la mayoría ya se hallaba durmiendo. Sólo los gatos, gordos y perezosos, de todos los tamaños y colores, se asoleaban en sus posturas de efigies enigmáticas o se restregaban contra lo áspero de las murallas, enmarcándose e irguiendo sus largas colas lentas.

Taimados, sensuales, ronroneantes, los felinos eran los amos y señores de los buques. “Aquí hay más gatos que hombres”, solía decir refunfuñando la Malanoche, en los días que le iba mal con los clientes. “Mucho mejor me iba entre la mariconería de las calles del puerto que en este antro en que se supone hay puros hombres”.

La Malanoche había llegado de Tocopilla. Al contrario de muchas de las mujeres que se aparecen por la pampa en los días de pago y que en sus ciudades no ejercen derechamente el oficio —algunas incluso son respetadas amas de casa—, la Malanoche sí ejercía la prostitución en el vecino puerto. Aunque no con mucho éxito. Su facha más bien deplorable no la hacía muy solicitada en la vida nocturna de su Tocopilla natal. Morena, flaca, esmirriada, con unas eternas ojeras violetas desmejorándole el semblante, sufría además de un mal aliento crónico que combatía con grandes bolos de chicles de menta que rumiaba incansablemente de noche y de día. Y este rumiar frenético le volvía aún más torva la expresión.

Al llegar a la Oficina, esa misma mala facha la había eximido de ser ocupada gratis en el retén de Carabineros. Pues, luego del control sanitario en el hospital y el correspondiente paso por la Oficina de Bienestar, las meretrices tenían que registrarse en el retén. Y era fama en la Oficina que uno de los oficiales, apodado el Perro Negro, antes de darles el visto bueno, las entraba a un calabozo preparado ad hoc en donde las pasaba por las armas. “Ésta tiene menos carne que un chirihue”, había dicho el crapuloso uniformado, dándole un festivo nalgazo de burla.

Al entrar por primera vez a los buques, la Malanoche se había hecho la impresión de estar ingresando a un recinto penal. Estas especies de guetos o ciudadelas fortificadas en donde se apiñaba el solteraje, se conformaban de varios pasajes independientes entre sí, cada uno de ellos con su respectivo nombre. (En María Elena estos reductos llevaban los nombres de los viejos vapores que transportaban el salitre hacia Europa y de ahí había nacido el apelativo de “buques”, generalizado luego al resto de las oficinas). Cada uno de estos pasajes o buques constaba de un centenar de piezas o camarotes alineados en dos largas corridas, separadas por un patio ancho y enmurallado. En el centro de cada patio se alzaban los baños comunes, con escusados, duchas y lavandines de ropas, todo en un mismo recinto.

Cada una de estas fortificaciones tenía, además, su puerta de acceso custodiada por un vigilante o llavero (casi siempre un obrero viejo o lisiado por accidente de trabajo). Éste se encargaba de no dejar ingresar a gente extraña al recinto, requisar toda clase de bebidas alcohólicas y en los días de pago comprobar que el carné rosado de las mujeres que venían a ocuparse de afuera estuviese al día. Ellos eran el último control a que se sometían las prostitutas.

La Malanoche, que venía sólo de entrada y salida, después de poner fin a una jornada que para ella no podía haber sido mejor (pese a la competencia, en sólo una sesión de tres horas había atendido a catorce clientes, más de lo que en el puerto lograba hacer patinando una semana completa), determinó quedarse a ejercer en la pampa para siempre. Aparte del hecho de sentirse solicitada y de haber ganado más plata que nunca, dos circunstancias fortuitas acaecidas ese mismo día habían terminado por decidirla.

La primera fue hacerse amiga de la Flor Grande. No obstante la eterna rivalidad entre las residentas y las afuerinas, verse las dos mujeres y hacerse amigas a primera vista había sido una sola cosa. Aquella tarde, al ingresar la Malanoche a los buques con un aparatoso bolsón a cuestas, con la primera persona que se topó fue con la Flor Grande. Ésta venía saliendo de las duchas envuelta en una toalla de medio cuerpo, lista para comenzar la jornada. Al preguntarle la Malanoche qué debía hacer ella para conseguirse un camarote en donde trabajar por ese día, la Flor Grande le respondió, obscena y espontáneamente: “Prestarle el poto a un viejo, pues, mijita”. Y luego ambas se

habían echado a reír estrepitosamente, como dos grandes compinches que se conocieran de toda la vida.

La segunda circunstancia, y la definitiva, fue enamorarse fulminantemente de un cantor de ranchos que conoció esa misma noche en el Gran Vía. Acompañada de la Flor Grande había llegado hasta el rancho a celebrar el récord personal de sus catorce polvos en un solo día de trabajo. El cantor se hallaba en una mesa del fondo entonando sus canciones entre una rueda de amigos bulliciosos. Ella no lo había tomado de apunte hasta que lo oyó cantar Tocopilla triste. Eufórica por las cervezas y el éxito de la jornada reciente, y emocionada con la letra de la canción, invitó al cantor a que las acompañara a la mesa y le pidió toda melosa que le repitiera el tema, pero ahora dedicado especialmente para ella: “La biengozada Malanoche”, le dijo. Y antes de que el cantor, acompañándose sólo de un tamborileo en la mesa, terminara la última estrofa de la canción, la nostálgica y muy sentimental Malanoche ya se había enamorado con cáscara y todo.

El cantor, conocido en ranchos y fondas con el seudónimo de “El California”, y que recorría las oficinas de la zona en una sempiterna gira etílico-artística, vestía impecablemente de terno y zapatos blancos y una camisa de seda a encajes, negra y brillante como su ensortijada cabellera de gitano. No cantaba por dinero, sino por el mero gusto de cantar.

Pertenecía a esa conocida especie de bohemios impenitentes que solía darse en la pampa salitrera, que por el solo hecho de cantar o inventar mentiras al vuelo (había mentirosos verdaderamente sublimes), o declamar de un solo respiro, íntegramente, La estancia del parrón, se daban el lujo de entrar a cualquier local sin una sola chaucha en los bolsillos, segurísimos de que no alcanzarían a tocar el mesón con la punta de sus zapatos antes de que, invariablemente, los llamaran con grande alborozo desde alguna de las mesas.

Celeberrimos personajes que al final de la noche terminaban tomando más que ninguno, fumando de lo mejor e, invariablemente, como el hombre de las pepitas de oro del Far West, saliendo del saloon con la más pintada hembra disponible sonriéndole huachitamente bajo el ala.

La Malanoche fue la hembra de El California en esa noche memorable. Ambos salieron del Gran Vía eufóricos y borrachos, cantando Tocopilla triste a voz en cuello, por las polvorientas calles del amanecer. Pasaron tres días largos jaraneando juntos. Se emborracharon como cerezas, componían el cuerpo con ajiacos y canciones livianitas y luego volvían a emborracharse. Al amanecer del cuarto día, el cantor se levantó silbando despreocupadamente una melodía desconocida, se puso su terno blanco, se peinó largamente frente al espejo, le dio un beso en la mejilla mientras ella dormía y desapareció para siempre de su vida. “El maldito cantorcito aún me pena”, dice la Malanoche cuando, en sus borracheras sentimentales, se le pega la letra de Tocopilla triste como un amargo chicle al paladar y no puede sacársela en días de encima. Y tarareando Tocopilla triste, la Malanoche y la Flor Grande caminaron abrazadas desde el camarote del fondo en el cual habían amanecido, hasta la caseta de los baños en mitad del patio. En los grandes lavandines de fierro enlozado introdujeron la cabeza en el agua helada para despejarse un poco de las brumas de la borrachera. Mientras sacudían sus cabelleras jugando a salpicarse infantilmente una a la otra, se pusieron de acuerdo en pasar por el camarote de la Reina Isabel, a pedirle prestado un par de sus calzones y a que la “meica de los buques”, como la llamaban a veces cariñosamente las niñas, les hiciera el favor de convalidarles un alka-seltzer, para acallar el taladrante fragor de las diabladas.

Sabían que la Reina Isabel, sin ser hipocondríaca, era la única entre ellas que se preocupaba de mantener un botiquín bien apertrechado. Entre las tiras de aspirinas, los

parches curitas, los frasquitos de metapío, las pastillas de carbón, el colirio para los ojos, las gotas para el dolor de oídos y todo lo necesario para afrontar una emergencia, la Reina Isabel guardaba en su botiquín un pote de vela de dinamita. “Es para curar los dolores de muelas de Lucifer”, decía seriamente. El salvaje remedio lo había visto hacer en las viejas salitreras a mineros desesperados que luego de taponarse el cráter de la muela podrida con un poco de la porosa pasta del explosivo empezaban a escupirla de a pedacitos y llorando.

Además, sólo ella sabía preparar esas agüitas de montes mágicos que lo mismo calmaban un dolor de estómago como limpiaban los vidrios del alma, empañados por esos melancólicos y repentinos sentimientos de culpa que solían atacar a las niñas cada cierto tiempo. Sólo ella era experta en correr ventosas y poner cataplasmas. Sus trapitos calientes para curar dolores de ovarios y de vejiga eran conocidamente milagrosos. “Lo mejor para un dolor de garganta, niñitas, es ponerse un pañuelo de estos al cuello”, solía decir levemente enigmática, mostrando sus estampadas pañoletas de seda que llevaba en la cabeza y de las que poseía una verdadera colección.

El camarote de la Reina Isabel estaba signado con el número 69. “Imposible que no me hubiera tocado a mí”, rezongaba picarescamente la matrona. Las mujeres llamaron a la puerta bulliciosamente. Como no pasaba nada, la Flor Grande insistió con las palmas de las manos abiertas y la puerta cedió con suavidad. Sin extrañarse mucho, las amigas entraron simulando enojo y reclamando con gran aspaviento que por la noche la habían pasado a buscar para invitarla a una fiestecita y que la muy rogada y muy creída Reina de Inglaterra, ni siquiera se había dignado abrir su palaciega puerta a estas dos pobres cortesanas. Y que no fuera a salir ahora con que no se encontraba en sus aposentos y que andaba en las aristocráticas tomas, porque ella, la Flor Grande en persona, la más solicitada, la más pagada y la mejor gozada de todas las putas de los buques, había recorrido todos y cada uno de los piojentos ranchos, las pringosas fondas y las picantes cantinas, que incluso se había asomado por la no muy fragante Cueva del Chivato, se había bebido todo lo que se podía beber y a la perla de su Alteza Real no le había visto ni la luz.

En ese momento, tres camarotes más allá, el Astronauta sacaba su pequeño banquito al sol y, frente a su puerta abierta de par en par, medio a medio del patio, se acomodaba para empezar a coserle los callapos del día a su cotona y a sus pantalones de trabajo. Con su esquelético torso desnudo y su corte de pelo a lo mohicano, gravemente solemne en su ademán, el Astronauta, sentado en su banquito hecho de un trozo de durmiente —el mismo sobre el cual se encaramaba por las noches para ver más de cerca las estrellas a través de su catalejo—, se llevaba el día entero cosiendo. Y esa mañana, cuando recién daba inicio a su vesánica tarea, en el momento preciso en que la aguja surcaba el aire centelleante, tras la primera puntada al primer callapo del día, su litúrgica labor fue interrumpida por el alboroto y la confusión de las dos prostitutas que salieron disparadas desde el camarote de la Reina Isabel, clamando a gritos, totalmente trastornadas:

—¡Está muerta! ¡Está muerta!

4

Me acuerdo como si hubiese sido ayer no más, y no una punta de años atrás, cuando el mujerío del campamento fue despertado una mañana por la estridencia de una grabación musical emanando a todo volumen desde un parlante instalado en lo alto del destartado camión de la basura. Y me acuerdo clarito porque el zafarrancho musical que desde ese día reemplazó al monótono golpeteo del fierrito, fue inaugurado con los muy mexicanísimos acordes —y los aullidos pertinentes— de El perro negro, la canción ranchera de moda en esos momentos en todos los boliches de la Oficina. Y, además,

cómo no había de acordarme si era en la versión nada menos que del inconfundible Antonio Aguilar, uno de los dos charros mexicanos por ese entonces regalones indiscutidos de la huasada pampina (el otro, por cierto, era el eterno Miguel Aceves Mejía). Esa mañana nosotros, el garumaje más viejo de la Oficina, los que habíamos vivido la paralización, abandono y muerte de tantas salitreras a lo largo de nuestros enterrados años de pampa, veteranos ya en esos crueles cataclismos sociales, al ver aparecer en las calles aquel desvencijado adefesio bullicioso, nos dijimos tristemente que ahora sí, caramba, que hasta aquí no más llegamos. Porque en la bullanga ensordecedora de ese cacharro musical, de ese apestoso wurlitzer de la basura, nosotros, los que teníamos más años que el palqui, reconocimos al tiro la segunda de las tres señales de mal agüero que en la pampa antigua precedieron siempre, fatalmente, al desastre.

Y es que cualquier viejo zorro de la pampa sabía perfectamente que tres eran las señales premonitorias que anunciaban, sin vuelta que darle, la paralización de una salitrera. Como los cantos de gallo de la negación de Cristo, tres eran las señales claves, paisita. La primera, y la más común, era la sorpresiva pintada del campamento —juegos infantiles incluidos— en fechas que no tenían nada que ver ni con el aniversario de Fiestas Patrias ni con la conmemoración de la Epopeya Naval de Iquique ni con las festividades de Año Nuevo. Y es que sólo en vísperas de estas efemérides era que, cada cierto tiempo —no todos los años tampoco, no se lo vayan a creer—, los señores feudales de las oficinas se acordaban de darles una manito de cal —sólo por fuera, claro— a las miserables corridas de casas. La otra, de índole un tanto más esotérica si se quiere, era la aparición de las grandes caravanas de camiones de lata guiados por niños descalzos y de rostros quemados por el sol. Un atardecer cualquiera, desde los cercanos basurales de la pampa, sudando como caballos, estas hordas de niños descachalandrados irrumpían en la Oficina condenada y, en una polvorienta e infernal bullanga de mal agüero, recorrían con estrépito las salitrosas calles del campamento. Los cansados hombres, entonces, sentados hoscamente en una piedra a la puerta de sus casas, exclamaban encorajinados: “¡Por la pita, vieja, mira, otra vez la misma tanda!”. Y desconsolados y enrabiados contra el mundo, prorrumpían en puteadas contra esos pergenios ranfañosos del carajo que no sabían la calamidad que anunciaban con sus cacharros. Mientras sus mujeres, de chalequinas y miradas color de humo, sin dejar de despiojarlos dulcemente, apesadumbradas también por la señal mala de los camiones de lata, se santiguaban neblinadas por sus propios suspiros de resignación. Y la tercera señal, la menos frecuente de las tres, pero que lo mismo se dio muchas veces en la vastedad de la pampa, se relacionaba siempre con el acaecimiento de algún suceso de carácter espectacular. Un acontecimiento insólito que venía a remover como una piedra en el agua la rutina averdinada y hecha nata de la salitrera en cuestión. A propósito, paisitas, a ver si nos llegan las provisiones y el agua uno de estos días, que ya va siendo hora. La poca agua que nos queda en el tonel está infectada de pirigüines. Así deben ser los ángeles, me digo a veces: leves, movedizos, transparentes, pura agua como los pirigüines: ángeles pirigüines o pirigüines ángeles. En fin, leseras que se me ocurren. Mejor nos vamos a hacer la primera ronda del día.

Como les iba diciendo, estos hechos espectaculares venían siendo algo así como el canto del cisne de las oficinas. Y podían darse, por ejemplo, como el nacimiento de un chanco con dos cabezas o el aterrizaje forzoso de un misterioso avión negro en el área grande de la cancha de fútbol (y yo les hablo de cuando ver pasar un avión por los cielos de la pampa era asunto que hacía asomarse a la calle incluso a la abuelita lisiada de la casa). O podía darse también —y se dio muchas veces— como un incendio de proporciones gigantescas, cuyos crepusculares resplandores podían divisarse desde las más lejanas oficinas circundantes. Incendios estos que, en la mayoría de los casos,

arrasaban completamente —sospechosamente les voy a decir— con las dependencias del escritorio, edificio en el cual se hallaban las oficinas de Tiempo y Pago. Y cada vez que una de estas señales acontecía en alguna Oficina, los pampinos que allí laborábamos, curtidos ya por la permanente maldición del éxodo, nos decíamos unos a otros, riendo por no llorar: “Ya, paisitas, a juntar pita y saco”. Y desolados, una vez más, comenzábamos a juntar la pita y los sacos necesarios para retobar los monos. La payasa y las pocas pilchas, nosotros los solteros; y los hombres con familia, para embalar y enfardar sus cachivaches de casados. Muchas cosas no podían tener tampoco ellos por lo trashumante de su situación. Pues, tras cada mudanza, en medio de tanta confusión y jodienda, sus tristes zarandajos misérrimos se les iban desvencijando y desgastando aún más. (Todo su mobiliario se podía resumir en una mesa grande como barco, dos bancas de tabla bruta, un par de catres de bronce, dos o tres maletas de cartón, la imagen de la Virgencita moldeada en yeso, la tinaja del agua, el cajón de té para la ropa sucia, el épico fondo de fierro enlazado, un baúl anacrónico, el chuzo para picar leña, la cola de caballo para las peinetas y la herradura o la moña de ajo para clavar detrás de la puerta). Y por la poronga del mono, paisanitos lindos, que no fallamos renunca. Pues la Oficina en cuestión, al tiempo no más de ser blanqueadas sus calaminas viejas, o de ser invadida por los niños y sus pringosos cacharros de lata, o cuando aún no se apagaban en las pupilas los resplandores apocalípticos del incendio garrafal, invariablemente apagaba su chimenea y dejaba de funcionar. Se desmantelaban sus maestranzas, se remataban sus maquinarias y se desocupaban sus casas. Entonces, ya solitarias, con el viento aullando como perro abandonado por el hueco de sus puertas y ventanas desquiciadas, convertíanse en otra de las tantas ruinas desparramadas a través del desierto. Pueblos fantasmas que a lo lejos parecen barcos perdidos y de cerca sus restos de muros y estructuras oxidadas apegadas a las grandes tortas de ripio son como caparazones de momias planetarias no se sabe si desenterradas o enterrándose. Por eso estas señales llegaron a ser para nosotros tan ciertas e irrefutables como que con agua y harina tostada se hace el ulpo. Como esas infalibles creencias de la pampa antigua que decían que ser cruzado por la sombra helada de un jote era anuncio de muerte, o que atarse los calamorros con alambre de tronadura servía puramente para llamar miseria o condenarse a vivir a perpetuidad en la pampa. Cosa que al final, claro, venía siendo lo mismo.

Lo que sí nos llamó la atención y nos atemorizó un tanto fue que aquí se dieran, fatalmente, las tres señales al hilo, una detrás de la otra. Y, lo más inquietante, que se dieran de la manera francamente perversa como se dieron. Pues, según recordábamos los más viejos, en todas las demás oficinas en donde habíamos trabajado —y la mayoría lo había hecho en más de media docena—, siempre se había dado sólo una; en muy pocos casos se llegaron a dar dos; y en ninguna de ellas, según hacíamos memoria, llegaron a darse las tres juntas. Y les voy a decir que en los últimos días, cuando ya el campamento era poco menos que un cementerio y en los buques los poquísimos viejos que quedábamos más parecíamos ánimas en pena, discutíamos a diario y largamente sobre este asunto. Mientras jugábamos a las damas en algún escaño de la plaza desierta, o nos apanteonábamos a conversar en algún recoveco soleado de los buques, nos contábamos unos a otros nuestros propios casos vividos en tal o cual Oficina de tal o cual cantón. Me acuerdo que en esos tiempos finales, en el polvoriento local de la rayuela, en donde silenciosos y taciturnos, fúnebres casi, tirábamos los tejos con la misma languidez que si hubiésemos estado tirando puñados de tierra sobre el cadáver de la Oficina —el mismo local en donde en los buenos tiempos se jugaron los campeonatos más sonados de la provincia, en donde el vino corría con más caudal que el río Loa y los tejos, pulidos como zapatos de mujer llorando, silbaban su parábola certera rasgando el aire yodado de la pampa, en donde en medio de las rancheras que estremecían la acústica de calaminas, el cortador debía sacar un pie de metro y alumbrar con una vela la lienza para dirimir las

diferencias de milésimas en cada punto disputado en la borra de las canchas—, allí, paisitas, en ese mismo local, el Hombre de Fierro relataba sus experiencias pampinas entrecortado por la emoción. Decía el hombronazo que en la oficina Flor de Chile se habían dado las dos primeras señales, la de la pintada y la de los camiones de lata. Y que él había sido testigo ocular, pues lo había alcanzado a ver antes de tener que partir de allí mal herido por una pena de amor. (Y la historia de esa pena de amor, les voy a decir, paisitas, todos en la Oficina la conocíamos mejor que el cuento del sapo Sarapo cotón al revés te lo cuento otra vez. Porque el hambrón la contaba en cada ocasión que podía, donde podía y a quien podía, una y otra vez). Y ahí mismo también, el Salvaje y el Cabeza con Agua-jun par de cataplasmas que si los hubieran conocido ustedes!—, nacidos ambos en la pampa, contaban que cuando cabros chicos ellos habían participado en las cuadrillas de camiones de lata que recorrieron, uno las calles de la oficina Ricaventura y el otro las de la oficina Cecilia. Que los camiones, nos contaban con senil entusiasmo, los construían a pura lata y alambre: un tarro de manteca cortado a lo largo hacía de carrocería, las ruedas traseras eran tarros de cholgas en aceite y las delanteras (más pequeñas) de tarros de paté marca Pajaritos. Los ejes y el manubrio los hacían con fie— rritos delgados, y que todo eso iba unido con puro alambre de tronadura. Y otro viejo contaba que su padre solía relatarle algo que podría tomarse como una de las terceras señales. Que en la oficina La Patria, un gigantesco remolino había cruzado una tarde el poblado llevándose furiosamente por los aires las aportilladas calaminas de las techumbres y elevando una carpa de circo completita recién levantada. La fuerza descomunal del remolino arrancó de cuajo las estacas clavadas a macho en el duro suelo calichoso y, como si hubiese sido un liviano cambucho de papel, lo elevó por los altos cielos de la tarde. Inflado, sin deshacerse, como un prodigioso espejismo de niño pobre, el circo se fue elevando y perdiéndose como un paracaídas cayendo hacia arriba, hasta desaparecer por completo tras un empañado horizonte de cerros pelados. Que los magros payasos jilibiosos, las esqueléticas bailarinas de zapatillas rotas y los aceitados acróbatas reverenciales, lacios como yuyos, con lo puro puesto como se quedaron, y con la mueca de su sonrisa de comediantes vuelta para abajo, hubieron de mendigar un obólo casa por casa para volver cada uno a su pueblo de origen.

Pero ninguno de nosotros tenía noticias de alguna Oficina en la cual se hubiesen dado las tres señales como estaba ocurriendo aquí. Después caímos en la cuenta y pegándonos en la frente nos dijimos que por cierto, que claro, que no podía ser de otra manera. Y el que nos alumbró esto fue el cabrón del Poeta Mesana. Una noche, después de tirar los tejos, nos quedamos tomando unas botellas y conversando como siempre del mismo tema. Y me acuerdo clarito que el Poeta Mesana, de pronto, emparafinado como piojo, se encaramó en una banca y, solemnísimo, con ese vozarrón de capataz de carrilano que se gastaba, nos dijo que todo lo que habíamos pasado y estábamos pasando era simplemente porque nosotros estábamos asistiendo a la muerte y desaparición de la última Oficina salitrera. Y la última Oficina salitrera no de la pampa, la última Oficina salitrera no del país, la última Oficina salitrera no del continente, dijo, sino que estábamos asistiendo a la desaparición de la última Oficina salitrera que iba quedando sobre la faz de la tierra, hermanito por la concha, como decía él. Que nos grabáramos bien eso en la mollera. La última Oficina sobreviviente de las centenares que llegaron a poblar estas infernales peladeras del carajo. Así que no era ningún moco de pavo lo que nosotros estábamos viviendo; no era ninguna agüita de borraja, puesto que nosotros habíamos sido elegidos para ser testigos protagónicos “de la pasión y muerte del último bastión de una epopeya sin par en los anales del esfuerzo y el valor humano, hermanito, por la concha”, clamaba con su retórica rimbombante y llorando como un Cristo viejo el pobre Poeta Mesana.

La Flor Grande y la Malanoche hallaron esa mañana a la Reina Isabel en su antiguo catre de fierro forjado, repintado una y cien veces de un penitente café moro. Tendida naturalmente sobre la colcha de hilo color yema de huevo, entretejida de florecillas del mismo tono, la anciana matrona lucía su muerte sobria y oficiosamente apercebida, tal si hubiese sabido desde siempre el día y el minuto exacto de su partida.

El cerrado y formal traje de dos piezas que había elegido como su postrer ajuar, muy pocas de sus amigas se lo conocían. Se lo había probado sólo en un par de ocasiones y nada más para reírse un rato de sí misma y para que le dijeran cómo se veía vestida de señora. “Estás como para asistir a un tecito de esos de meñique tieso y lengua floja”, le había dicho la última vez la Ambulancia, mientras ella, ensayando cómicos ademanes aristocráticos, hacía posiciones tratando de verse reflejada entera en su espejo de medio cuerpo.

El traje, de un flemático azul oscuro, de cuello y puños orlados de seda en un tono un poco menos estricto, había sido el regalo espontáneo de un comerciante de puerta en puerta. El foráneo vendedor de ropa de mujer, arrastrando lastimosamente un pie equino y una gran maleta de panza hinchada, había caído por los buques en una de aquellas desoladas tardes pampinas, borroneadas de remolinos y vagorosas nubes grises. Y había pasado por su camarote conmovedoramente urgido de amor y falto de tiempo. Al irse, le había dejado el traje delicadamente doblado sobre la mesita del velador y, sobre él, el dinero exacto de la tarifa. “Por los cuatro minutos mejor empleados de mi vida”, le dijo el rengo al despedirse. Y amortajada de este traje la hallaron sus amigas. Ni un asomo de afeitado coloreaba sus mejillas de cera. No lucía aretes ni collares. Su único perifollo era uno de sus indefectibles pañuelos de seda en la cabeza, cuyos exóticos estampados, como siempre, no combinaban en nada con nada. Un descolorido poncho boliviano de lana de llamo, doblado en cuatro, se echaba mansamente sobre sus pies.

Obnubiladas aún de la borrachera reciente, a las dos niñas les costó un buen rato convencerse de que su compañera no dormía. Su rostro de muñeca vieja mostraba esa apacible expresión de conformidad que da la muerte en el instante final a los que nada tienen que perder, excepto la impuesta tarea de respirar; ese aire de placidez que les estampa en la cara a los que tiene la benignidad de llevarse mientras duermen. Y en el rostro de la Reina Isabel ese aire sólo era empañado por el finísimo polvo de caliche que, por la ventana entreabierta de su camarote, se cernió sobre ella durante toda la noche.

Y a todas las demás niñas de los buques que más tarde, sin poderlo creer aún, fueron llegando para verla, les ocurrió lo mismo. Pasado el primer momento de estupor y de condolidos llantos espasmódicos, se quedaban contemplando largamente la beatífica expresión plasmada en el rostro viejo de la meretriz. La fina capa de polvillo que la cubría le prestaba ese desolado aspecto de desamparo que mostraban las figuras de yeso en los nichos de la iglesia. Atónitas y arrobadas, con la misma dulzura y compunción con que en las procesiones de Semana Santa se asomaban a las puertas de los buques a ver pasar la imagen de la Santísima Virgen; con la misma expresión de respeto en sus ojos intrigados, miraban ahora el cuerpo inerte de la que en vida había sido sin duda la mejor de sus compañeras. Una de las mujeres del ambiente más buenas que hubieran conocido jamás. Y secándose el llanto con el dorso de las manos, y sorbiéndose sonoramente las narices, encontraban que la pobrecita daba la impresión cierta de haberse ido de este mundo soñando con ángeles vestidos de mariachis o mariachis tocando como ángeles esas sentidas rancheras de amor que a ella tanto le gustaba cantar.

Aficionada desde siempre a la música mexicana, la Reina Isabel en su trashumante vida de fondas y camarotes de solteros, era capaz de interpretar cualquier canción ranchera que le solicitaran. Desde esos revolucionarios corridos cucarachentos de los tiempos de Pancho Villa, pasando por los temas de las películas en blanco y negro

de Jorge Negrete y Pedro Infante, hasta los más recientes éxitos del disco y la radiofonía mexicanos. Como, por ejemplo. La Cruz de palo, de Antonio Aguilar. Sin embargo, como todo el mundo en los buques lo sabía, su intérprete preferida era sin dudas la chilénísima Guadalupe del Carmen. Y no porque Guadalupe del Carmen cantara mejor las mexicanas que los meros mexicanos (cuestión que para muchos de sus fanáticos era un hecho indiscutible), sino por el simple y sentimental argumento de haberla visto y oído una vez en persona allá por sus años de infancia. Si hasta se había dado el gusto lindo de cruzar un par de palabras con ella, como gustaba de contarles a las niñas con un orgullo que enternecía hasta el contagio y le iluminaba intensamente el desvalido color de arena de sus ojos gastados. Por esa época, la cantante Guadalupe del Carmen —entonces una muchachita de largas trenzas rubias, achaparrada y tímida—, luciendo dos pistolas al cinto, y casi escondida debajo de su enorme sombrero charro, recorría las ardientes oficinas salitreras presentándose en teatros y sindicatos de obreros especialmente engalanados para ella. Su paso causaba sensación y verdadero delirio entre los hombrones de aquella época. En los más perdidos y miserables campamentos desperdigados por la alucinante extensión del desierto grande, contruidos a puro palo y calamina, esperaban a la popular cantante como a una verdadera aparición milagrosa. Y para verla de cerca, para oír en persona a Santa Guadalupe, como la llamaban entonces sus admiradores más tenaces, llevaban sus propios banquitos de madera a los atestados locales en donde hacía sus presentaciones. Los solteros no tenían ningún empacho en extender sus pañuelos blancos y sentarse en el piso de tierra o de tablas baldeadas a petróleo para poder verla más de cerca. Y espeluznados de emoción, llegaban a bramar de gusto con el repertorio de sus bien gritadas canciones que hablaban de caballos alazanes, de cartas marcadas o de amores malos como castigos de Dios. El paroxismo del entusiasmo devenía cuando Guadalupe del Carmen cerraba su actuación interpretando El hijo desobediente, por esos tiempos el más sentimental y solicitado de sus corridos.

“Yo también canto” fueron en verdad las tres únicas palabras que aquella niña mal vestida, apodada la “Gallina” (primer sambenito que tuvo la Reina Isabel), alcanzó a decirle a Guadalupe del Carmen aquella vez a las puertas del teatro de la oficina Algorta.

La artista apenas alcanzó a obsequiarle la mueca de una sonrisa de lástima, antes de que sus músicos disfrazados de mariachis la rescataran del tumulto de admiradores frenéticos que forcejeaban por lograr el trofeo de un autógrafo garabateado en la carátula de uno de sus discos, o simplemente por llegar a tocarle las cachas plateadas de sus grandes pistolones de utilería.

Por entonces la Reina Isabel era conocida por la mayoría de los vecinos del campamento como la sobrina de la Flores de Pravia, la mocosa que cantaba los corridos mexicanos igualito a Guadalupe del Carmen. Desde siempre había sido número puesto en los escenarios improvisados que con ocasión de las grandes huelgas de aquellas épocas se levantaban en torno a las fogatas de las ollas comunes. Y entre los numerosos artistas del hambre que en tales ocasiones cantaban, bailaban o recitaban Al pie de la bandera, o hacían reír de pura pena con sus conmovedores trucos de magos pobres, a ella le pareció siempre que sus canciones eran las más esperadas. Los huelguistas siempre hacían repetir su número y la aplaudían con grandes hurras y gritos de entusiasmo.

Pero su sueño de niña era cantar alguna vez en las fiestas de la primavera. Pararse en los iluminados escenarios decorados con profusión de aquellas magníficas veladas con que en la pampa celebraban las fiestas cada año. Un sueño que nunca pudo realizar y que recordaba siempre cuando, ya mayorcita y dedicada profesionalmente a la prostitución, los borrachos le pedían que cantara algo en las regadas parrandas de los días de pago. En esos atardeceres se podía oír entonces, emergiendo por la ventana

abierta de algún camarote de soltero, su melancólica voz de calandria sentimental entonando sus canciones como si estuviera sobre el escenario de la más hermosa fiesta de la primavera jamás celebrada en salitrera alguna.

Con el correr de los años su voz plañidera, que le venía como pintada a sus facciones de pajarita retraída, no había sufrido ningún cambio en lo elegíaco de su registro. Y esa universal desolación de su vocecita triste le había servido de fuente de inspiración al Poeta Mesana para escribir una de las más largas y tiernas endechas de amor jamás dedicadas a prostituta alguna. Sólo por oírla cantar a ella, el Poeta Mesana había permitido todas esas jaranas en su camarote y que le habían hecho ganar una apócrifa fama de trapisondista. Y había sido justamente en su camarote en donde la Reina Isabel, sólo tres días atrás, el jueves del pago para ser más exacto, había pedido una guitarra y había cantado por última vez en su vida.

Recordando aquella noche, las mujeres que habían participado de la parranda se repelaban y se mordían los dedos llamándose brutas y dos veces brutas por no haberse percatado del detalle que, ahora, a la vista de los despojos mortales de su compañera, hallaban claramente premonitorio: claro, si la Reina Isabel no sabía tocar la guitarra; si pese al empeño que había puesto por un tiempo —en el que sólo logró que las yemas de los dedos le quedaran sangrando y en carne viva—, la Reina Isabel jamás aprendió a tocarla. Y esa noche había pedido que le pasaran una. “Sólo para sentirla contra mi pecho”, había dicho. Y ninguno de los allí presentes columbró que el pedido pudiera significar algo más que el hecho de querer sentir una guitarra contra su pecho. Y le pasaron una. Y abrazada fuertemente a ella, niña, por Dios, recordaban ahora, gimoteando de pena las mujeres, la Reina Isabel había cantado repetidamente, y casi toda la noche, esa de Cuco Sánchez que dice guitarras, lloren guitarras, violines, lloren igual, no dejen que yo me vaya con el silencio de mi cantar. Y le había puesto tal emoción a su voz de pajarita triste, con tanto sentimiento había cantado la Chabelita aquella noche, niña, por Dios, que nos hizo salir a todas unos cuantos lagrimones ennegrecidos de rímel y nostalgias cabronas. Y hasta la mismísima Carrilana, recordaban en medio de una risa con llanto las matronas, lo que ya era mucho decir porque ésa no había llorado ni con la palmada en el traste que le dieron al nacer, se había emocionado tanto que no había tenido más remedio que destetar su pañuelito de puta vieja para limpiarse las dos lágrimas de tonta grande que le arruinaron el maquillaje y le echaron por tierra el cartel de dura de corazón que tenía y que tan engreídamente, niña, por Dios, exhibía la puta cabrona.

Y que por eso, aunque nada más fuera por eso, repetían condolidas las mujeres; por haber hecho, con sus canciones, que un montón de viejas tarambanas como ellas se sintieran por un rato (los dos minutos que dura una canción) un poco más humanas, más puras si se quiere, la buenaza de la Reina Isabel se merecía el cielo de sobra; aunque más no fuera por esa voz capaz de hacer estremecer a las piedras, si en verdad existía Diosito, la Reina Isabel se merecía la Santa Gloria con fuegos artificiales y todo, con guirnaldas tiradas de calle a calle, con chayas de papel picado lloviendo multicolor y con una gran banda de músicos vestidos de mariachis; que eso era lo más cercano a como ellas se imaginaban la Santa Gloria.

Y algo parecido le dijeron al anciano cura de la Oficina la Pan con Queso y la Garuma, las dos niñas que esa mañana, elegidas por la Ambulancia sin apelación posible, fueron comisionadas para ir a verlo a la iglesia.

—Tendrán que ser ustedes no más —les dijo la mamancona, luego de escudriñarlas una a una concienzudamente—. Porque siendo más putas que todas nosotras juntas, son las que menos cara tienen. ¡Par de mosquitas muertas!

Mirando de reojo a la Garuma, las demás niñas estallaron en risas con lo de mosquita muerta. Y es que a la Garuma, prostituta de piel blanquecina, alta y flaca y

ligeramente encorvada, se le conocía también en círculos más estrechos como la Mosquita Muerta; y esto por una instintiva y poco higiénica afición que tenía de andar cazando siempre estos insectos. Estuviera donde estuviera y se hallara con quien se hallara, la Garuma no podía controlar su manía de sacar el manotazo y atraparlas en el aire. Y era tan ducha en su arácnido ademán que, como en el juego de la payaya, podía atrapar la siguiente sin que se le escapara la anterior hasta juntar cinco o más moscas vivas en el puño de la mano. Su ademán limpio y rápido de dar el zarpazo, era tan súbito y reflejo como un tic. Y no entendía cómo los demás cristianos, con armas tan contundentes como un diario plegado o uno de esos horribles matamoscas de plástico, podían errar sus mandobles a un brazo de distancia, cuando ella, sobre todo en el calor zumbante del verano salitrero, era capaz de apañarlas concentrada en la lectura de alguna fotonovela o de agarrarlas al vuelo caminando tranquilamente entre la gente de la calle. “Ustedes con sus manotazos fallidos no hacen sino dejar a las pobres moscas todas despeinadas o con soplo al corazón”, decía, sin ningún asomo de alarde, la Garuma. En el ambiente de los buques corría el rumor de que en sus horas de trabajo, en medio de los jadeos y resuellos de su cliente, súbitamente sacaba una mano por debajo y, sin perder el ritmo del bamboleo, con la rapidez de una serpiente, se cazaba dos o tres moscas por polvo. Algunos comentaban que cuando no miraba nadie, se las comía.

Y aquella mañana en la iglesia, en el corto tiempo que duró la entrevista, mientras oía con abismada atención las palabras del cura, ante la mirada atónita de éste y la vergüenza ajena de la Pan con Queso, la Garuma se atrapó maquinalmente tres moscas católicas. Recatadamente vestidas, sin un pellizco de pintura en la cara (el único retoque de la Pan con Queso fue cambiarse su diente de gutaperche), las dos mujeres se apersonaron antes de mediodía por la iglesia y pidieron hablar con el padrecito. Su misión era conseguir que el anciano sacerdote accediera a decir una misa de cuerpo presente por el alma de la Reina Isabel, nuestra compañera, que el Señor tenga en su santo reino, le dijeron; porque a pesar de todo lo que se pueda decir y pensar de una mujer como ella, le dijeron, la Reina Isabel era más sana que una copita de vino dulce, créanos, padre, le dijeron. Más buena que una monedita de oro, le dijeron. Y lagrimeando copiosamente, con inocente irreverencia, le dijeron que la pobrecita era más sosegada y quitada de bulla que una estampita religiosa; o si no creía, que preguntara no más en los buques, le dijeron; que hablara con cualquiera de los hombres que allí vivían y averiguara quién era y cómo era en verdad la Reina Isabel. ¡Más livianita de sangre que era la Chabela!, le dijeron. Y besándose aparatadamente los dedos en cruz, con el rostro arrebatado en llanto, le juraron por Diosito lindo, padre, que la finadita había sido en vida poco menos que una mártir. Una verdadera Madgalena, padre, eso es lo que fue siempre nuestra compañera que en paz descansa, redondearon rotundas las dos niñas, tratando de convencer definitivamente al aflautado hombrecito de Dios. Pero éste, con una de sus blanquitas manos mesándose suavemente la barbilla y la otra metida bajo el sobaco, las escuchaba con la expresión conmisericordiosa y lejana con que se escucha a dos niñas tontas que no tienen idea del disparate que están pidiendo.

Y es que ya a la hora de las dos obleas remojadas en una espiritual agüita perra en que consistía su frugal desayuno, el eclesiástico sacerdote se había informado, por boca de la mujer encargada del aseo parroquial, de la intempestiva y muy comentada muerte de la prostituta. “Una de las más viejas de todas esas perdidas, padre”, le había acotado secamente la beata, mientras le acomodaba al cuello una servilleta con la paloma del Espíritu Santo bordada en una esquina, de las que confeccionaban las mujeres de la congregación. Prevista, por lo tanto, la poco honrosa visita de las mujeres, el anciano ministro de Dios ya tenía espigados los correspondientes versículos de las Sagradas Escrituras y listas y dispuestas en la punta de su apostólica lengua las dogmáticas leyes de la muy Santa Iglesia Católica con que sencillamente apabulló a las dos aleladas

emisarias. El interminable como esotérico sermón, cual una extraña ráfaga de vientecillo helado, les fue secando las lágrimas a las prostitutas y endureciéndole a ojos vistas la expresión de sus rostros, encarajinándosela. Con las manos en jarras, sin el más leve pestañeo, oyéndolo como a un ser caído de otra galaxia, la Pan con Queso y la Garuma no supieron nunca de dónde habían logrado sacar tanta paciencia y estómago juntos para tragarse cruda toda esa enrevesada soflamería teológica que el decrepito curita, en calmosos ademanes litúrgicos, trató de hacer lo más suave y diplomática posible, pensando, tal vez, que en cualquier momento el demonio rondador podía despertar las iras prosaicas a esas pobres mujercitas pecadoras.

“Ni al tañado del Astronauta le hemos oído decir tantas chambonadas juntas”, contarían más tarde las mujeres, haciendo mención a los venáticos monólogos que el Astronauta, subido sobre su banquita, se mandaba cada noche mientras observaba el cielo con su catalejo. En esos extraños soliloquios, mascullados en un tono como de plegaria, el estrafalario Astronauta, con sus mamotretos de astronomía amontonados sobre la banquita, hablaba de cosas tan extraordinarias para una prostituta como lo puede ser la precesión de los equinoccios, el movimiento paraláctico o las misteriosas Tablas Rudolfinas.

Cuando la Pan con Queso y la Garuma optaron por retirarse de la iglesia, sin hacer mayor escándalo, salvo la ostensible mirada criminal por parte de una y el descarado escupitajo de desprecio en las baldosas del atrio, por parte de la otra, lo único que llevaban claro en la cabeza era que ni los suicidas ni las rameras tenían derecho al santo oficio.

Viéndolas alejarse, el longevo sacerdote respiró aliviado. En verdad había estado esperando que en cualquier momento ese par de mujercitas desatinadas se salieran de madre. Con sus célicos ojillos de ratón entrampado puestos en blanco, alzó sus translúcidas manos al cielo como pidiendo a Dios que lo vistiera de su santa paciencia. Musitó unas palabras de agradecimiento a su Padre Dulcísimo por lo barato que había resultado salir ileso de tan pedestre embrollo, y antes de terminar el monocorde abejorreo de un padre nuestro rezado con los ojos abiertos y fijándose en el polvo del piso recién encerado, ya se había olvidado completamente del asunto.

6

Hacia poco tiempo que el Astronauta, a través del antiquísimo catalejo con que escudriñaba los cielos transparentes de la pampa-encaramado conmovedoramente sobre su pisito de madera—, había comenzado a ver espigas de trigo y ranas más grandes que su propio delirio saltando entre los charcos de aguas muertas de la Luna cuando, al amanecer de aquel domingo luminoso, dio su último suspiro la Reina Isabel; la más antigua, la más famosa y la más extrañamente anímica de todas las niñas que habían pasado por los buques de la Oficina.

Según la autopsia, la Reina Isabel había muerto a causa de la voracidad de un tumor maligno del cual solamente ella tenía conocimiento y del que nunca se quiso hacer tratar. Ni la Ambulancia ni la Chamullo ni la Flor Grande, tres de sus compañeras y amigas más íntimas, se enteraron nunca de su letal enfermedad. Jamás se la oyó quejarse ni su semblante dejó entrever nunca algún signo que delatara su silencioso padecimiento. Las ramificaciones de planta carnívora de su tumor cancerino, no obstante haberle causado la muerte, no le habían alcanzado a roer un ápice de su lacónica prestancia de aristócrata a mal traer que lució siempre en público. Confundida prestancia que, junto a su peinado a la laca y al encaje más bien desmejorado de sus facciones taciturnas, le valieran el irónico apodo. Uno de los tantos —algunos de una crueldad feroz— que con su ascetismo congénito, y el natural aguante de las prostitutas pampinas, sobrellevó a lo largo de su azarosa carrera.

La imperceptible gravedad de su mal oculto tampoco había sido motivo para dejar de atender, hasta el mismísimo sábado de su víspera, a los más incondicionales de sus parroquianos: una quejumbrosa manada de viejos silicosos que, atraídos por la paciencia santa de su sexo caritativo, se habían llegado a convertir en una cerrada corte de amor senil, olorosa a salicilatos y yerbas medicinales. Entre esos vetustos machos solitarios, veteranos todos de la época gloriosa del oro blanco, los más asiduos eran el Viejo Fioca (su más insistente enamorado), el Huaso Grande (su último compañero de pieza y con el que más tiempo alcanzó a convivir), el panfilo y mentirosazo Caballo de los Indios (del que se decía que acudía a la Reina Isabel porque ésta era la única que lo complacía en su onanismo sin remedio), el huracán Cacha Diablos, el ampuloso y siempre mal hablado Cabeza con Agua, el Hombre de Fierro (llamado así por su brutalidad para trabajar y cuyo talón de Aquiles eran unas almorranas del tamaño de una nuez. En los turnos de noche, acuclillado a culo pelado y llorando, las colocaba sobre los helados rieles de la línea férrea para aliviar por un rato el lancinante dolor insorportable), el Salvaje (capataz de carrilano, de pelo, cejas y mostachos acerados, cuya frase de oro en contra de los ingenieros era que a esos futres “la Universidad les sirvió para puro echarles a perder la letra”), el mismo Poeta Mesana en ocasiones y otros ancianos insomnes, algunos ya jubilados, que por no haber hecho nunca los méritos suficientes como para ser condecorados con la escarapela de un sobrenombre, nadie jamás sabía muy bien quiénes eran, en qué lugar ponerlos y de qué manera tratarlos.

Y la Reina Isabel, amante paciente, madre abnegada y hermana de caridad de todos ellos, los atendió hasta el mismo final de su vida. Y lo hizo con la misma convicción y animosidad de espíritu que pusiera en su primer día de ejercicio profesional. Con la idéntica consagración de puta talentosa con que ejerció a lo largo de casi medio siglo el único oficio que, según sus propias palabras, le venía. Sin perder en ningún instante su entusiasmo ni menguar ese desprendimiento de hembra leal que la caracterizaba, esa especie de virtual filantropía que en su primera juventud la llevara a recorrer decenas de campamentos salitreros perdidos a través del desierto, calmando las urgencias de amor de aquellos bravos pampinos solitarios. Hombrones que medio a medio de la pampa, con el torso desnudo bajo el sol más ardiente del planeta, trituraban estrellas como piojos a puro ñeque, a puro macho de 25 libras. Salvajes capaces de ocupar la dinamita lo mismo para voltear un cerro como para arrancarse una pena de amor con tripas y todo si les jorobaba mucho.

Viejos en cuya mirada torva se reflejaban las masacres salitreras como gigantes crepúsculos de sangre, y que llevaban la muerte colgando como si nada en la curva impávida de sus corvos de acero. Y esta mujer legendaria, esta meretriz de corazón, esta puta heroica, atendía a esos bestias regaloneándolos en su regazo como a crecidos niños sin madre. Y los amaba sin pedir coto y sin el más leve quebranto de ánimo; los amaba hasta quedar sin resuello y tirada como muerta en esos magros colchones desgredados que prácticamente caminaban de piojos.

Y es que ella, como solía decirles en su misma cara a los viejos, había nacido inexorablemente predestinada para eso. Se los decía sin tapujos cuando éstos, atacados súbitamente de un quijotismo sentimental y tardío, le ofrecían redimirla, rescatarla de los buques y ponerle casa. Temblando como colegiales enamorados, los viejos le prometían su corazón y el sobre intacto de sus sueldos miserables. Todo se lo ofrecían a cambio de la posesión exclusiva de sus caricias vivificantes, del roce de pluma de sus manos taumaturgas, de la humedad piadosa de su lengua de cordera y, sobre todo —lo que más enardecía a estos leones decrepitos—, a cambio del ronroneo tierno de sus frases amoratorias inventadas con palabras del color obscuro del corazón y nunca iguales para todos. “Lo que pasa, carajo”, les decía ella, entonces, mientras los veía vestirse sentados, después de haberles encendido el fósforo ya consumido de su vanidad de machos, de

haberlos llevado si no a la gloria ya inalcanzable de sus polvos de antaño, por lo menos a las dulces estepas de harina de un limbo colindante (del que volvían agradecidos hasta las lagrimitas chirles de sus pobres llantos estreñidos). “Lo que pasa, carajo”, solía decirles, entre sentimental y socarrona, mientras les abotonaba los puños de sus camisas afraneladas y les ayudaba a hacer las rositas en los cordones de sus tristes zapatos de muertos: “Lo que pasa, carajo —les decía—, es que yo nací para ser puta lo mismo que una gallina para ser cazuela de ave”.

Y los viejos, al final, habían tenido que conformarse, acostumbrarse a compartirla de la misma manera, absolutamente metódica, con que compartían el tablero de damas en el patio soleado de los buques. Del mismo litúrgico modo con que compartían el vino espolvoreado de arena en las infinitas tardes tierrosas, mientras oían, obsesivos y distantes, tal como oían el traqueteo del tren o el caer de la lluvia allá en sus lejanas tierras sureñas, los mismos corridos mexicanos de siempre. Y habían tenido que aceptar de todas maneras este rito compartido porque el camarote de la Reina Isabel era la única ventana con luz en sus largas noches de ancianos oscuros, desequilibrados por el abandono. Haber dado con ella había sido para muchos de ellos el milagroso levántate y anda de sus amortiguadas existencias.

Y había muerto sola. Ella, la Reina Isabel, que durante toda su vida había sido una generosa y desinteresada tendedora de mano; ella, la Reina Isabel, oidora condescendiente de cuitas y amarguras de amores malos; ella, la Reina Isabel, dueña de un altruismo y una exaltación humanitaria bordeante casi en la santidad misma. (“Si le sacáramos sus faldas cortas, sus blusas escotadas y esos puteriles pañuelitos de seda con que cubre su melena teñida, y la vistiéramos de una penitente saya color café, tendríamos si no una santa con todas las de la ley, por lo menos una beata a un punto cruz de ser canonizada”, solía decir ante las demás niñas, con mal disimulada ternura, el Poeta Mesana). Y ella, la Reina Isabel, había muerto sola. Había expirado en la penumbra fosca de su camarote sin tener quien le hiciera el favor de pasarle un vaso de agua, sin tener a su alcance el barandal de un brazo amigo en donde aferrarse ante el vértigo de asombro del instante final, sin tener siquiera el consuelo de un oído piadoso en cuya caracola dejar resonando el rumor triste de sus últimas palabras. El postrer fagonazo de su mirada sólo registró el desamparo inmenso de su vida y esa parda soledad de patas largas algodónada en los recovecos polvorientos de sus cuatro paredes sin enlucir. Los recortes de bigotudos astros del cine y la canción ranchera, arrancados de cancioneros y revistas Ecran, y los paisajes tijereteados infantilmente de calendarios viejos y cajas de bombones con que adornaba la tristeza carcelaria de su pocilga, fueron lo único alegre que se llevó en el sepia empañado de sus pupilas de vieja, en sus suaves ojos del color del desierto.

El Huaso Grande, minero con quien compartía el camarote y que, al igual que los demás, pretendía desembarcarla de los buques y llevársela a su tierra, se hallaba ausente de la Oficina. Cuatro días antes había partido de viaje al sur del país, a tramitar la compra de un terrenito visto y palabreado en sus últimas vacaciones. Una pequeña parcelita en donde echar a descansar sus derrengados huesos, un pedazo de tierra que pagaría palmo a palmo con el oro blanco acumulado en los sacos de sus pulmones, como sombríamente anduvo ironizando antes de la partida.

Alto como las puertas, de rostro sembrado de lunares y cejas espesamente unidas, este viejo duro como las piedras tenía, al decir de la Reina Isabel, un corazón bueno y alegre como un tambor infantil. Sus manos de cuarzo eran dos aspas en movimiento perpetuo, y en sus ojos semicerrados le andaba una lucecita de astucia que hacía la impresión de estar elucubrando siempre una de las suyas (como ese brillo que uno les imagina en los ojos a los imbatibles zorros de las fábulas).

Él sabía que algunos viejos de espíritu gregario, una vez llegado su tiempo de jubilación, solicitaban quedarse a vivir sus últimos años en los mismos camarotes en donde pasaron toda su vida para ser luego sepultados en los enterrados y tristes cementerios de la pampa. No se atrevían a regresar a sus campos del sur ni se animaban a mudarse al puerto más cercano. Como les había ocurrido a muchos de sus antiguos compañeros de la mina, temían que la humedad les volviera barro los arenales precipitados en los alvéolos de sus pulmones y, azules como arlequines, murieran ahogados antes de tiempo. Él, en cambio, no tenía ningún reparo en marcharse. El sueño que desde hacía un par de años venía masticando y rumiando como una bola de coca, y que le hacía resistir la dureza del trabajo, era echar a descansar sus huesos en las forestales cercanías de Valdivia, su lluviosa tierra natal. Un atardecer cualquiera allá en su tierra (atardecer de un día del que sólo recordaba no había sido muy feliz), había salido a camppear, se había tirado debajo de un sauce a saborear despacito la yerba dulceamarga de una primera pena de amor, se había quedado dormido y se había puesto a soñar que se venía para el norte. Fue un sueño largo y zarandeado como un viaje de cinco días en tren. Cuando despertó tenía la boca llena de una tierra salobre, los cerros a su alrededor se habían pelado rumpo, y en vez del astilloso arado de palo, sus manos, enfundadas en industriales guantes de cuero de cerdo, manipulaban febrilmente las manillas de fierro de una monstruosa draga mecánica. Con ella removi6 a lo largo de más de cuarenta y cinco años corridos un planeta entero de caliche.

Y porque en las capas geológicas volteadas por las explosiones, hallaba cáscaras de pajaritos momificados —que sacaba con sus propias manos, bajándose de la máquina para no dragarlas— y peces y moluscos petrificados que lo hacían pensar en su propia muerte, es que no quería ser sepultado bajo esa extensa mortaja de sal que para él era la pampa. No quería convertirse en un bulto de cuero corrugado en buen estado de conservación desenterrado por el viento en estas infernales peladeras del carajo en donde, sin darse cuenta, se le fueron achicharrando los mejores años de su vida.

Aguijoneado en el último tiempo por el rezongo silbante de sus viejos pulmones enfermos, el Huaso Grande comenzó a gestionar su jubilación por enfermedad profesional. Pero tras un extenso papeleo y exámenes infructuosos, y cansado ya de que los médicos de la compañía, luego de mirar las placas radiológicas con la expresión de estar contemplando las diapositivas de un límpido paisaje de ensueños (“idílico el paisaje si se fija un poco, colega”), le palmotearan el hombro alegremente y, con un cinismo inefable (“casi arcangélico el cinismo, paisa”), lo mandaran de vuelta al cerro aduciendo que sus pulmones estaban más sanos y más limpios que un paño de sacristía; aburrido, según sus propias palabras, de que esos matasanos chuchones le estuvieran viendo mismamente las verijas, y porque sentía que cada noche se le iba haciendo más difícil extraer el resuello salvador desde las dunas de sílice de sus pulmones a medio fuelle, el bueno del Huaso Grande se decidió un día a tomar el toro derechamente por las astas. Ya estaba bueno de tanta jodienda. Qué se habría creído toda esta tracalada de médicos tiñosos. Sin siquiera pasar por su camarote, sin cambiarse su cotona de minero ni lavarse la cara, enterrado de pies a cabeza tal cual llegaba diariamente de la mina, con su lonchero de lata en la mano, el hombronazo se pasó ese día directamente de la mina al recinto del hospital. Iba como desaforado y gruñendo que ahora sí iban a saber esos satisfechos caballeritos de blanco quién era el mentado Huaso Grande.

De propósito, solicitó ficha para ver a “Rodrigo de Triana”, el médico al que los mineros habían bautizado de ese modo porque “ese pendejo jamás ha avistado tierra en pulmón alguno, paisa”. Una vez dentro del consultorio, y antes de que el galeno levantara la cabeza de sus recetarios, sin darle tiempo a ordenarle que sacara la lengua, el Huaso Grande apoyó tranquilamente las manos en el escritorio, echó la cabeza hacia atrás, y el

espeso amasijo de barro que escupió fue a dar certeramente sobre la blancura inmaculada de su hoja clínica.

—¡O me reconoce silicoso o me manda al calabozo! —le dijo con la mayor serenidad del mundo.

Y luego, aguantando a duras penas la risa, no por la cara de idiota con que De Triana se lo quedó viendo por sobre la montura de oro de sus lentes ópticos, sino por la pitorrera rima que se me fue a atravesar por delante, paisita, por la cresta, como contaba después muerto de la risa, agregó enfático:

—¡Y no es ningún maldito verso!

Lo declararon silicoso en tercer grado. Y con el dinero de la indemnización, que la propia Reina Isabel le cosiera a mano bajo el forro de su vestón cruzado, se había ido sólo cuatro días antes de su muerte inesperada. Al despedirse, entre arrumacos de palomo viejo y frases de amor maestramente dirigidas a hacer aflorar el sentimentalismo de tela de cebolla de la Reina Isabel (a despertarle el duendecillo romántico que hasta las putas más perdidas llevan dormido en el rinconcito más muelle del corazón), el Huaso Grande había logrado al fin arrancarle la promesa venturosa, tantas veces negada, de irse con él. Que no estuviera triste, que él se encargaría de buscar un pequeño reino de adobes oloroso a retamos y yerbabuena, con sillas de paja en los corredores sombreados y una gran ventana abierta hacia un arroyuelo lleno de patos y sauces “tan llorones como usted”. Así le había dicho, loador, el bien inspirado Huaso Grande después de hacer el amor por última vez. Su agudo rostro lunarejo resplandecía de sinceridad. Ella, como siempre, había terminado llorando. Pero la Reina Isabel no quería irse de la pampa. Ella había nacido en una de las más pobres y astrosas oficinas que hubiera existido por esos tiempos. La gente la llamaba “La Piojillo”. Se había criado en otra de nombre Algorta, y había ejercido su oficio no se acordaba en cuántas más. Nunca en su vida había ido más allá de esa temblorosa redondela de horizontes mundos que, azules y lejanos, circundaban el desierto. Y aunque más de una vez había bajado al puerto y se había maravillado con sus casas altas y la profusión de sus letreros de luces, y se había sobrecogido de pavor frente a esa otra pampa infinita que es el mar, ni por eso, sin embargo, cambiaba su cabrona pampa la Reina Isabel. Y es que la Reina Isabel no cambiaba su pampa del carajo por ningún otro lugar del mundo. Y es que la Reina Isabel se sentía en medio de la sequedad de la pampa mejor que marino en alta mar. Y es que los sentidos de la Reina Isabel se habían adaptado plenamente a la desnudez lunaria de estos parajes desamparados en donde la única flor es la sombra de la piedra, en donde el silencio de sus blancuras infinitas resuena sencillamente a planeta y donde la soledad es subrayada de pronto, dolorosamente, por el vuelo oscuro de una golondrina sedienta, el portento súbito de una mariposa anaranjada, la visión alucinante de un zorro loco cruzando la fría escarcha de invierno o la raya rápida y nerviosa de la ineluctable lagartija tornasolada.

De manera que marcharse nada más de la pampa ya le parecía a la Reina Isabel algo inverosímil. Irse, ahora, a esos lugares descritos de maravilla por la gracia de payador del Huaso Grande, se le hacía simplemente imposible. Le resultaba algo así como meterse a vivir en uno de esos satinados cromos de calendario que pegaba en las paredes de su pieza, o en una de esas bucólicas películas mexicanas en tecnicolor; únicas partes en donde la Reina Isabel de las eternas pampas —como le decía riendo la Ambulancia que debería llamarse— concebía esa clase de paisajes, aquellas exuberantes vistas que a los arenales tranquilos de su imaginación se le antojaban más bien empalagosas de verdes y pajarería rara.

Y algunas niñas decían que la pobrecita había muerto justamente de eso, de la angustia, decían, de la pena grande, de la profunda grieta, decían, que le había partido el corazón en dos. Esa grieta causada por la disyuntiva de no querer alejarse de estas

pampas queridas que la vieron nacer, decían, pero tampoco herir con el desaire y el menosprecio de una negativa mortal —decían con sentimentalismo exacerbado las niñas—, el alma de mimbre de ese gigante enfermo de amor que tan hidalgamente le ofrecía combatir juntos los últimos catarros de sus vidas y las primeras morriñas de la muerte.

7

El asunto de tomarse la iglesia por asalto surgió sólo como una ocurrencia lanzada al desgaire por una prostituta venida de la cercana oficina María Elena. Enterada por casualidad de la muerte de la matrona, y habiendo trabajado juntas un par de veces en la corrida de tablas de la oficina Alemania, había aparecido por los buques pasado el mediodía.

Era la hora ardiente de la siesta salitrera. Las mujeres, reunidas en pleno en el camarote de la Reina Isabel, trabajaban afanosamente tratando de dejarlo convertido si no en una esplendorosa capilla ardiente, por lo menos en una decorosa pieza mortuoria. Sudando la gota gorda en su empeño, comentaban lo cabrón y patevaca que había sido el cura al negarse a hacerle la misa de cuerpo presente a su compañera, cuando la Dos Punto Cuatro, que era como apodaban a la prostituta elenina, salió de pronto con la patochada de que por qué no recordaban los buenos tiempos e iban y se tomaban derechamente la iglesia. “Hace sólo un tiempito atrás —dijo en un tonito desganado— nos hubiéramos tomado hasta la Capilla Sixtina de haber hecho falta”. Y siguió limpiando los vidrios trizados y quemantes de la única ventana de la pieza con una expresión de indolencia en su rostro transpirado.

La Ambulancia, que por haber sido la más íntima de la Reina Isabel había tomado las riendas de la situación desde el comienzo, replicó, también como al descuido, que a decir verdad la idea no le parecía del todo tirada de las mechas. Y desde su pesada silla de fierro instalada junto a la puerta abierta, con su carne de ballena blanca brillante de transpiración y su melena colorada recogida desesperadamente en un minúsculo tomate risible, siguió impartiendo sus instrucciones. Despatarrada su humanidad tremenda sobre esa especie de trono que un cliente le construyera en la maestranza especialmente para ella, y que había traído desde su camarote con la ayuda de otras dos mujeres, la Ambulancia ordenaba con aire de doliente en primer grado que ninguna de las niñas, por supuesto, le pensaba discutir. Que los espejos había que voltearlos de cara a la pared; que las monas en pelotas del Huaso Grande, si no se podían despegar de las murallas, había que cubrirlas con algo; que esas horribles figuras de salitre fundido eran de mal agüero, que acarreaban la mala suerte, que quizás cuántas veces se lo había repetido a la porfiadita de la Chabela. Que los recortes de las fotos de Jorge Negrete no se les ocurriera tocarlos, por más viejos y amarillentos que se vieran, y, por supuesto, que los de Guadalupe del Carmen, menos. Que habría que conseguirse unos parcositos de asientos más, ojalá de esas bancas largas que trajo el Poeta Mesana y que el calor de mierda, con el permiso de la finada, la iba a terminar por volver loca. Todo en un compungido tonito cresponeado de ayes y resuellos de abnegación, mientras, al borde del sofoco, se soplaba el abismo insondable de su tetamenta suntuosa y se pasaba por la alta frente albisima un pañuelito calado de transpiración y agua de colonia inglesa.

El cuerpo de la Reina Isabel aún yacía recostado en su histórico catre de batalla a la espera del féretro. Tendido sobre las florecitas amarillas del cubrecamas, embutido en un vistoso vestido de tafetán morado, recargado de encajes y vuelitos inútiles (escogido como mortaja por sus compañeras más jóvenes porque les pareció que el cerrado traje azul de dos piezas la hacía aparecer muy avejentada), el cadáver de la legendaria

matrona parecía aumentar hasta lo insoportable el calor de por sí ya alucinante de la pavorosa siesta salitrera.

“Con este calorcito del diantre, hasta los jotes se deben estar tomando su limonadita detrás del cerro”, trató de bromear uno de los dos viejos que, desde la mañana, en cotona de trabajo y con la mirada errática de los perdidos en los espejismos de la pampa, se paseaban por la trifulca de la habitación cambiando sillas de lugar y volviéndolas a poner donde mismo. Las mujeres hacía rato que habían optado por ignorarlos y, en conmisericordiosos movimientos de cabeza, les dejaban hacer y decir llevándoles el amén en todo. Aunque a cada estrellón con ellos, la Cama de Piedra estaba a punto de perder la paciencia y mandarlos de una vez por todas a freír monos a otra maldita parte.

La Ambulancia, más por verse libre de ellos por un rato, los había tomado como niños de los mandados. Los hizo ir a comprar los ingredientes para la preparación del gloriado y, luego de que hubieron regresado, los mandó de nuevo a cambiar la marca del vino. Que de pasada se cambiaran también el pisco por otro de más grados; que se compraran las naranjas que recién se les había olvidado y que, por Dios, dejaran de ser pajarones, que se fijaran bien que las naranjas no se fueran en pura cáscara, porque el clavo de olor que les habían vendido, les dijo nada más por fregarles la cachimba, no tenía ni la más mínima pizca de olor, y que a la canela se le notaba a simple vista que había sido remojada vaya a saber cuántas veces. Después los mandó a comprar los cigarrillos, el café y las galletas para repartir en el velatorio, y, más tarde, de eso no hacía aún ni media hora, les encargó que se trajeran de algún rancho un par de cervecitas de contrabando para matar el bendito calor que ya las tenía medio atontadas a todas. “Ésas corren por cuenta nuestra”, habían manifestado entusiasmados los ancianos.

Al verlos sentados de nuevo a la orilla de la cama, mirando con un triste aire sonámbulo los despojos mortales de la Reina Isabel, la Ambulancia les pidió, ahora un poco más amablemente, usando esa melosa zalamería de las mujeres gordas, simplemente irresistible para algunos hombres, que hicieran el favorcito de limpiar y preparar los aros de alambre para la confección de las coronas funerarias. Pero que lo hicieran afuera, en el patio. Y les alargó un herrumbrado enredijo de redondelas hechas de fierro y de zunchos. Entre los aros con restos de papel requemado modelados en forma de corazón o tréboles de cuatro hojas, venían algunas coronas confeccionadas en hermosas flores de lata; verdaderas obras de artesanía de la pampa vieja que sólo necesitaban una manito de pintura para recobrar su antiguo esplendor funerario. Todas esas oxidadas armazones de coronas las había traído el Caballo de los Indios desde el cementerio de la desmantelada oficina Los Dones.

El pequeño camposanto de Los Dones tenía la misma triste apariencia de corral abandonado que muestran todos los viejos cementerios de la pampa. Aunque éste, encerrado entre los terrenos trabajados de la mina, ese encrespado oleaje de desmontes estériles en que se va convirtiendo la pampa, semejaba más una desvalida balsa abandonada a la deriva y calcinada por el sol. Como ocurría en todos aquellos cementerios olvidados, la mayoría de sus tumbas se hallaban profanadas sin consideración alguna. Lo que se buscaba eran las argollas matrimoniales y el oro de veinticuatro quilates de las fulgurantes dentaduras de antaño. Sus desbaratados ataúdes, flotando a flor de tierra, dejaban ver los restos perfectamente conservados de los sonrientes y flemáticos cadáveres en proceso de momificación.

En invierno, durante los turnos de noche, para soportar el frío transminante de las heladas que cubren de escarcha las inmensidades de la pampa, transformándolas en blancas estepas siberianas, los mineros acudían a este cementerio en busca de leña para hacer sus fogatas. Primero comenzaron por arrasar las reseca rejas del cerco; después iban por las tablas torneadas de los corralitos que circundaban las tumbas de tierra, y al

final, temerarios e insensibles como profanadores de profesión, siguieron con la madera santa de las cruces, sin importarles los nombres, las fechas ni los dolorosos epitafios escritos con letra gótica y conmovedoras faltas de ortografía. Se dice que una noche de invierno un minero viejo, de esos forjados a la antigualla, al no hallar mejor madera para hacer su fuego, dejó sentado un cadáver al borde de la fosa para llevarse las tablas del ataúd. Al poco tiempo este hombronazo, que no se sacaba el casco ni siquiera para ir a sentarse a la plaza en las tardes de retretas, murió víctima de un accidente inconcebible: se hallaba un mediodía defecando confiadamente entre los desmontes, cuando una piedra del tamaño de una nuez, salida de una tronadura hecha en un rajo a más de mil metros de distancia, lo mató instantáneamente. Hacía un calor de los demonios y, acucillado, el hombrón se había quitado el casco por un segundo para enjugarse el sudor de la frente. Con el pañuelo arrugado en una mano y el casco tomado de la visera en la otra, lo hallaron sentado sobre su propio guano, en la misma posición en que dejara al muerto aquella vez a la orilla de la tumba.

Y desde ese cementerio, hasta el que tuvo que caminar su buen trecho subiendo y bajando desmontes, había traído las armazones de las coronas el Caballo de los Indios. Lo había hecho por iniciativa propia, después que en la misma mina, unas horas antes de terminar su turno mañanero, se enterara de la ya difundida noticia de la muerte de la Reina Isabel.

Pequeño y enclenque, pero extraordinariamente ágil para su edad, el Caballo de los Indios poseía una delgada vocecita infantil que iba muy bien con su cara (toda manchada) de niño peinado al limón. Su sonrisita leve, de alba dentadura postiza, era cabalgada por unos delgados y estrictos bigotitos negros, como remarcados cuidadosamente con papel carbónico. De ademanes cuidadosos y presa de un sentimiento de inferioridad galopante, como decía el Viejo Fioca, producto de las manchas que le habían vuelto overa la piel y valido el cinemático apodo, lo que lo caracterizaba entre los mineros (más que sus manchas) era su afición a contar casos, como los llamaba él, y que para el resto de los mortales no pasaban de ser desafortunadas mentiras narradas con la convicción, la prolijidad y la inocencia tierna de un mentiroso congénito. Al Caballo de los Indios nunca se le había visto entrar a ocuparse con otra niña que no fuera la Reina Isabel. Mamita, dicen que le decía en la cama, mientras ella le sobajeaba con ternura su también overa pajarilla. Onanista crónico, se comentaba que acudía a los servicios de la Reina Isabel porque ésta era la única niña de los buques con la paciencia y la comprensión suficiente como para masturbarlo y canturrearle a la vez, monótonamente, la mar estaba serena, serena estaba la mar. Única y melismática manera como el Caballo de los Indios, decían muertos de la risa, lograba alcanzar el orgasmo.

Cuando el Poeta Mesana y el Viejo Fioca aparecieron en el camarote de la Reina Isabel cargando el tosco ataúd de pino, conseguido tras arduos trámites en el Departamento de Bienestar, la consternación hizo presa de nuevo entre las mujeres, y apesadumbradas, gimoteando bajito, volvieron a lamentarse de que no podía ser que su amiga y compañera del alma fuera a ser sepultada sin el mínimo y cristiano homenaje de una misa de réquiem. Que Dios simplemente no podía permitirlo, suspiraban desoladas a medida que las más viejas preparaban los materiales para la confección de las coronas y las más jóvenes comenzaban a emperifollarla y acicalarla para luego introducirla en el cajón. Y a medida que éstas le embetunaban la cara de cremas, y le arrebolaban las mejillas de coloretos, y le acorazonaban de rojo los labios sin sangre, y le ennegrecían las pestañas de rímel, y le demarcaban a lápiz las cejas exiguas y con toda aquella mezcolanza de cosméticos baratos la iban dejando convertida en una crepuscular muñeca fúnebre; a medida que ellas mismas se sorprendían y regocijaban de lo hermosa que les iba quedando la finada (“pero mírenla”, le decían entusiasmadas a las otras. “Si

está quedando más mona que una reina de verdad”), más se convencían todas de que Dios no podía ser tan injusto.

—Dios no puede ser tan patevaca —decía la Carrilana, desplegando los pliegos de papel de seda—. Todo tiene que ser cosa del pollerudo ese del cura.

—¡Ese languciento hijo de la grandísima! —despotricaba la Pan con Queso, probando el engrudo con el dedo.

—Yo creo que hay que hacer algo de todas maneras, niñitas —empujaba la Dos Punto Cuatro desde su rincón, recortando alambritos para los tallos.

Y cuando hubieron terminado de recortar el papel de seda, de encarrujar los pétalos de las flores moradas, de tijeretear las hojas en papel crepé, de cortar (las más inútiles) a la medida de una cuarta los trocitos de alambre de tronadura, de enhuincharlos en papel verde embadurnado de engrudo para hacer los tallos; cuando las primeras flores resplandecían sobre la mesa y, un momento después, la primera corona armada en grandes rosas moradas y blancas, se alzó bella y fúnebremente esplendorosa en las manos de la Ambulancia, ya la decisión de tomarse la iglesia estaba oleada y sacramentada: esperarían hasta que anocheciera y se dejarían caer justo en mitad de la misa de domingo. La resolución fue aprobada por decisión unánime. Y a falta de cerveza para celebrar (el vigilante les había requisado el segundo embarque de cervezas a los viejos de los mandados), las niñas lo festejaron con una primera probadita al gloriado que, en un camarote de la corrida de enfrente, la Garuma y la Chamullo recién habían terminado de preparar. El ponche, según la opinión de todas, les había quedado de chuparse los mostachos. Y la Chamullo, con su verba imbatible, se vanagloriaba de haberlo combinado siguiendo las indicaciones precisas de una receta antiquísima que una vez le oyera a la propia Reina Isabel. Mientras la Cama de Piedra, por su lado, repetía eufórica que la orden del día era tomarse la iglesia por asalto y meter el fiambre a como diera lugar.

—¡A sangre y fuego si es necesario, niñitas! —arengaba intrépida la Cama de Piedra, ensanchando aún más sus anchas espaldas de capataz de carrilanos. Ella era la que más cucharonadas de probaditas le había dado al ponche y se hallaba en un vociferante estado de alborozo.

Gárrula y desfachatada más que todas, la Cama de Piedra era famosa en el ambiente por sus escándalos de borrachera en los ranchos. Tenía cartel de guapa y se lo había hecho trabándose a puñete limpio y zurrando no sólo a una cantidad nada despreciable de mujeres, sino también a varios hombres de pelo en pecho. En las sonadas parrandas de días de pago, los borrachos que la conocían ya no querían ni mirarla. La sabían temiblemente fanfarrona y camorrista, sobre todo con un trago en la cabeza. Su genio malquisto hacía incluso que la relación con las demás niñas de los buques fuera más bien tirante; no tenía entre ellas amigas íntimas. “Yo no me caso con nadie”, decía, escupiendo por el colmillo. La Cama de Piedra tenía, además, una particular y rara afición colindante en la manía: leer historietas de aventuras hasta el cansancio. “Me meto en el culo —decía despectiva— esas cagonas novelitas de Corín Tellado en donde las mujeres se hacen las cartuchas y los hombres son todos unos maricones de a peso”. Y se gastaba la mitad de sus ganancias en caricaturas de Tarzán, de Kid Colt, de Superman, del Hombre Araña, del Llanero Solitario y de todas las revistas que le colgaran con perritos de ropa en la puerta de la única librería de la Oficina, en la cual lo único que no había eran libros. Y las leía al ir a dormir y las leía al despertar; y las leía sentada a la mesa de la cantina mientras comía; y las leía acucillada en las casetas de los baños; y las leía en el cine mientras comenzaba la función y las leía a la hora de la siesta tendida a la talquina (completamente desnuda) sobre la colcha dragoneada de su cama dura. Y las leía también por sobre el pescuezo de sus clientes mientras se ocupaba,

indiferente del todo a los berridos de “esos pobres animales huachos”, como llamaba despectivamente a los solitarios hombres de los buques.

Y fue ella la que le quitó la palabra de la boca a la Ambulancia para responder a la pregunta panfila de la Garuma, de cómo debían de vestirse para ir a la iglesia:

—¡Como putas de carnaval, mijita! —le dijo, tronante, la Cama de Piedra.

El cortejo irrumpió en la iglesia en plena consagración del vino y la hostia del sacrificio ante el estupor de la feligresía y el desconcierto enternecedor del sacerdote. El anciano ministro de Dios, petrificado de súbito por la visión luciferina, se quedó boqueando y con el cáliz en alto “lo mismo que un pelotudo capitán de futbolito mostrando su copita de campeón a la galería”, como compararía más tarde, en el velorio, el Hombre de Fierro, que todo lo alegorizaba en fútbol. El rumoroso cortejo de mujeres anchas avanzó por el pasillo central hasta las primeras corridas de asientos de la colmada nave. Ataviadas de manera mundanal y pintadas como para una farándula de cabareteras caribeñas, las niñas rodeaban en silencio el largo ataúd de pino barato que iban cargando, por turno, las más corpulentas. Los hombres que iban con ellas se quedaron rezagados a la entrada. La Dos Punto Cuatro había aconsejado, en un rápido conciliábulo antes de salir de los buques, que los hombres que las acompañaran no debían comprometerse. “Ustedes podrían perder la paga”, dijo canchera. Y para evitar el posible alboroto al pasar por el centro comercial de la Oficina, se fueron con el ataúd por la parte de atrás de los buques, por los terrenos baldíos y oscuros que separaban el amurallado campamento B del promontorio en donde se alzaban los chaleses del Americano. Los mismos terrenos por donde antaño se paseaban feroces guardias montados a caballo, espantando, huasca en mano, al garumaje que osaba invadir los vedados territorios de los gringos.

El antecesor del anciano sacerdote había sido un cura corpulento y sanguíneo. Un curazo que decía “por la puta”, que hacía guantes con sus feligreses y que salía a correr de amanecida por las calichosas arenas del desierto. El mismo día que desapareció de la Oficina, misteriosamente desapareció también la joven esposa de uno de los gringos más encumbrados del Americano. En su lugar habían mandado a este santo varón de Dios, de vocecita atiplada y finos modales de porcelana china que, ahora, con el cáliz apuntando hacia el cielo, se estremecía de pavor al vislumbrar en los ojos sombreados de malva y oro de las walkirias, un franco e irreverente desafío a su liturgia. Por la mañana, al negarse ante ese par de pajaritas con cara de santas que habían venido a pedirle una misa para su compañera, no había vislumbrado muy bien bajo las patas de qué macho se estaba metiendo.

Sólo ahora caía en la cuenta de que las cosas comenzaban a complicarse y que ni Dios mismo, con todo su aureolado ejército de santos, lo iba a poder librar de esas desfachatadas meretrices salitreras.

La Cama de Piedra, que venía precediendo el cortejo, le pasó la manilla del féretro a una compañera y avanzó sinuosamente hacia el altar mayor. Embutida en una brillante minifalda de cuero sintético, luciendo una espectacular blusa color piel de leopardo asesino escotada hasta casi lo obsceno, haciendo tintinear todo el cargamento de brazaletes, pulseras y collares de fantasía que le prestara la Chamullo (ella no acostumbraba usar esas chacharachas de gitana pobre), en un contoneo afectadamente sensual, que a causa del gloriado o de los tacones demasiado finos para su envergadura resultaba más grotesco que provocativo, la Cama de Piedra caminó hasta una distancia en que el cura pudiera oírla sin problemas. Emulando entonces el efectismo caricaturesco de las frases de oro de sus héroes, le dijo, en un tonito casi beatífico:

—Mire, padre, o le hace una misa a la Reina Isabel y nos sentamos todas más tranquilas que Vírgenes de yeso, o no se la hace y, entonces, le regalamos con una función de estriptís que hasta el mismo Diosito, se lo juro, se baja de la cruz a bailar con nosotras. Usted decide, padrecito.

De modo que cuando esa mañana vimos aparecer el camión basurero musical que, les repito, nosotros los viejos vislumbramos enseguida como la segunda señal de la desgracia, asimilándolo con escalofríos a las fatídicas caravanas de camioncitos de lata que antaño habíamos visto recorrer las calles de las oficinas muertas, no nos cupo ninguna duda de que algo grande se nos venía encima, que los días de la Oficina estaban irremediablemente contados. Y no fue sólo por lo del camión que aquella vez nos ganó el desasosiego y se nos desconsoló el ánimo, sino porque, además, la primera señal, la de la pintada sorpresiva a las casas del campamento (juegos infantiles incluido), no hacía mucho que se había dado, y de una manera furibunda, exagerada y aviesamente extravagante. Si es sólo cosa de fijarse un poco no más, paisitas, pasarles la mano a algunos de estos restos de muros, para que debajo del polvo emerjan los colores de circo con que esa vez embadurnaron la Oficina toda.

Fue un lunes en la mañana, un nublado lunes de aluminio, me acuerdo clarito, cuando estas calles se llenaron de caballetes de madera montados por bochincheros afuerinos contratados en los puertos cercanos. Estos hombrecitos de grajo vinoso, satisfechos y locuaces como ellos solos, dándose facha con sus gorras de papel de diario y sus mamelucos de mezclilla manchados con todos los tonos de pintura imaginables, esgrimiendo sus brochas gordas y sus chorreantes tarros de pintura al agua, entre canciones con variantes obscenas y sonoros silbidos de homenaje a las grupas saludables de las hembras pampinas, se entregaron a su tarea con el fervor y la fogosidad de verdaderos maniáticos de la pintura. Y antes de que hubiésemos tenido tiempo de advertir en ello la más común de las señales, en menos de lo que revienta un tiro, sin tener cerca ninguna conmemoración ni festividad anual (ni siquiera esa última decretada por el Capitán General), estos tipos descachalandrados y locos, ya habían transformado el sobrio campamento de casas blancas en una repugnante acuarela de colores terrosos. Les juro por la Santa que no les miento ni un cachito así. Todo el campamento era una paleta manchada de tales tonos de pintura, paisanitos lindos, que yo creo que ni al más apajarado de los pampinos de entonces se le habría ocurrido usar alguna vez ni para pintar la jaula del loro. Palabra que es cierto. Si se me destiemplan los dientes de sólo recordarlo. Y es que aquí no se conformaron solamente con blanquear las calles a la cal como se había hecho desde siempre en cada una de las oficinas viejas. No, señor. Aquí, en un delirante arrebató artístico, en una disonante fanfarria de mal gusto, les dio la loca idea de embadurnar cada una de las corridas de un color distinto. Y qué colores se mandaron los genios, paisas. No se sabe si lo que pretendieron fue darle un aguijonazo de euforia a la ya postrada Oficina. Lo cierto es que terminaron por dejarla convertida en un verdadero esperpento urbano, en un desafortado mosaico cuya destemplada combinación de colores hizo aparecer como una alpargata desteñida al tan mentado surrealismo pictórico; simplemente lo hizo cagar pila.

Si hubieran visto ustedes la policromía de bermellones, verdemares, violáceos, plomizos, granates, añiles, y toda una gama de derivados de inspiración casera que asaltaban y golpeaban la vista en las calles. Familias que tenían la buena estrella de no quedar atrapadas en alguna de las horrorosas corridas pintadas de un desesperante color plúmbeo, denso hasta el sofoco, se quedaban viendo una mañana (desde sus ventanas de color lúcumá, adosadas a una pared de asqueante rosado leucemia) boquiabiertos, aturullados, zurumbáticos, sin poder creerle a sus ojos, el neurasténico tonito episcopal en que habían dejado encerrados a sus vecinos de la corrida de enfrente, pobres infelices que no se atrevían ni a asomar la cabeza a la calle. Y es que en verdad el espectro de colores con que enmierdaron las casas de los obreros era simplementeapestoso; un verdadero escarnio público.

Y al poco tiempo de concluida la pintada general —para que se den cuenta de lo infalible que eran las señales—, cuando el campamento ya lucía hecho un adefesio (me acuerdo clarito que el Poeta Mesana decía que desde un avión en vuelo la Oficina debía de avistarse como la más extravagante fatamorgana jamás soñada por aviador alguno; explicándonos luego, con su asnal aire doctoral, lo que esa palabrita significaba); cuando los niños de las corridas color plasta de guagua japonesa se burlaban de los que vivían en las de color vómito de borracho colorín, y éstos a su vez de los que habían perdido más feo todavía porque sus casas habían quedado atrapadas en la corrida color pedo de vieja conventillera; al poco tiempo de terminar de colorearse la última casa de la última corrida de la última calle de la Oficina, cuando ni siquiera nos acostumbrábamos aún a los nuevos colores, se echó a volar la primera paloma de la muerte y luego comenzaron a desarmarse las primeras casas. Las palomas —ya les voy a contar con más detalle lo maquiavélicas y perversas que resultaron en nuestras vidas— eran unas cartas que vinieron a reemplazar al famoso sobre azul con que se desahuciaba al trabajador en la pampa antigua, trocando el rubendariano verbo azulear, por el no menos poético —ni menos patético— verbo palomear. Estas palomas de la muerte, como les comenzaron a llamar los viejos, fueron en verdad el primer estertor de nuestra Oficina.

De modo que cuando vimos aparecer el camión basurero musical, ya la Oficina estaba herida de muerte. Ya había comenzado a quedársenos sin habitantes, producto de las palomas que en implacables bandadas asolaban a la población. Una a una las casas del campamento se fueron quedando vacías. Corridas enteras comenzaron a quedar desiertas. La Oficina se fue afantasmando en vida. Si parecía que estábamos habitando un pueblo abandonado. Tanto así, que por la época en que las mujeres ya se habían acostumbrado a sacar sus desechos a los acordes de un corrido mexicano, o al ritmo san— dunguero de una cumbia caliente, dependiendo esto exclusivamente del gusto musical de los diletantes recolectores de turno, eran conmovedoras las escenas que nos fue dado ver a los pocazos viejos que íbamos quedando para contar el cuento. Escenas que ya se las hubiera querido para sus películas el maestro Fellini. Por ejemplo, era patético ver en las mañanas a alguna desvaída mujercita en floreado camisón de dormir, emerger como una rata desde la última casa de una corrida que ya se creía totalmente deshabitada y, dejando un largo reguero de sus miserias cotidianas, echar a correr con su bolsita de plástico negro tras el destartalado camión de la basura alejándose a los compases sinfónicos del grandioso Himno a la alegría, ejecutado a orquesta plena y acompañado de un melodioso coro de voces jubilosas y espeluznantemente célicas. Cuando al poco tiempo el camión basurero musical desapareció de las calles, ya la desolada Oficina parecía una muerta en vida. Primero, como les digo, comenzaron a desaparecer algunas casas. Un día desaparecía una por aquí y al día siguiente otra por allá.

Las corridas, como sonrisas a las que se les iban arrancando los dientes de a uno, empezaron a lucir abominables e insalubres huecos entremedio. Y luego, de la noche a la mañana, como por arte de birlibirloque, comenzaron a evaporarse corridas enteras de casas; calles completitas desaparecían de un día para otro como tragadas por la tierra. El más elocuente testimonio de la calamidad que nos estaba ocurriendo por entonces, era oír contar al deslenguado Cabeza con Agua lo que le ocurrió cierta vez al ir a buscar a un amigo que vivía en la calle Lynch. Resulta que una noche de verano, de esas particularmente calurosas, el Cabeza con Agua pasó a buscar al Casposo, un compañero de trabajo en cuya casa había estado bebiendo y oyendo mexicanas sólo un par de días antes, para invitarlo a capear la canícula (“el calor conchadesumadre que hacía esa noche mierdosa”, decía naturalmente el Cabeza con Agua) con un parcito de Cristales heladas, en alguno de los pocos ranchos que iban quedando, y “cáguense de la risa, que al ir llegando —narraba con ademanes grandilocuentes el Cabeza- me encuentro con la

cagaíta de que no había Casposo, no había casa, no había cuadra, no había calle, no había...

¡Oye, si no había ninguna huevía! ¡Todo el sector era un solo y oscuro volteadero!". Así no más estaban las cosas entonces, paisanitos. La Oficina se moría de a poco, lo mismo que un perro envenenado, y hasta nosotros, los viejos que habíamos visto morir una tracalada de salitreras a lo largo de nuestra cabrona existencia, encorajinados e impotentes, lo sentíamos como una patada con bototos en plenas verijas, por Diosito que es cierto. Y es que había una gran diferencia entre la muerte de las otras oficinas y la calamidad que le estaba ocurriendo a ésta. Porque les voy a decir que aparte de haber sido marcada con las tres señales malditas, lo que no había ocurrido nunca en ninguna, la agonía de esta Oficina fue extremadamente larga y dolorosa. La mayoría de las salitreras a lo largo de los casi dos siglos de historia, había muerto de muerte súbita; en cambio, como si se tratara de una indigente enferma de gangrena, el cuerpo de nuestra Oficina iba siendo cercenado por partes. En verdad era cosa de no creer. Si en donde sólo un día antes existía una bulliciosa calle con niños, con perros, con árboles, con gordas matronas sentadas a la puerta de sus casas tejiendo escarpines para la primera guagua de su hija; con enfurruñados mineros en camiseta cosiendo sus lancheros de lona y oyendo a Antonio Aguilar, al día siguiente, o sea apenas veinticuatro horas después, uno pasaba por ahí y no veía ni los más leves vestigios de vida. Y es que después de los trabajos de demolición, una gigantesca máquina aplanadora se encargaba de no dejar piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo, recuerdo sobre recuerdo; ni la más leve huella. Ni siquiera los algarrobos o pimientos plantados y cuidados con la consagración tenaz con que se planta y se cuida un árbol en el desierto, lograban escapar a la feroz depredación. Y en el centro mismo del campamento, en medio de las casas sobrevivientes, como siniestros hoyos de bombardeos o sonámbulos cráteres de meteoros gigantes, fueron proliferando grandes sitios eriazos. Como este mismo en donde ahora estamos parados. Este es uno de los tantos hoyos negros que fueron apareciendo por aquella época. Aquí justamente les voy a decir que nos birlaron ocho corridas de un solo pailorazo; ocho corridas de catorce casas cada una, incluidos tres ranchos: el Pedro de Valdivia, el Chacabuco y el Santa Luisa. Háganse un poco a la idea. Pero, entre paréntesis, y hablando de lo mismo, les voy a contar que en los tiempos finales, cuando ya se había dado incluso la tercera señal, para los días de aniversario de la Oficina, cuando llegaban caravanas de ex trabajadores y las calles volvían a revivir y en la plaza adornada de guirnaldas cantaban, bailaban y recitaban y tomados de la mano en una gran ronda nostálgica abrazaban llorando al ángel del recuerdo, en esas ocasiones la gente buscaba sus antiguas casas para descansar y merendar. Los que tenían suerte hallaban los muros aún parados y luego de limpiarlos de escombros y perros muertos, merendaban en ellas haciendo recuerdos y buscando algunas viejas leyendas escritas por sus hijos en sus muros. Los de menos suerte, en cambio, sólo hallaban un gran sitio eriazo en donde antes habían estado su corrida y su casa. Esos, entonces, se daban ánimo y levantaban carpas calculando más o menos el sitio preciso en donde estaba el comedor o la cocina, o simplemente departían sentados a pleno sol escuchando los mismos corridos mexicanos de antes en sus sofisticados aparatos a pila. Pero volviendo a lo anterior, les voy a decir que lo más grotesco de todo, paisitas, es que en estos grandes espacios, a la mañana siguiente no más de la destrucción de las casas, aparecían airosos y burlones, sólidamente contruidos en fierro —de exactas medidas oficiales y todo—, dos lindos arcos de fútbol a los que sólo les faltaba ser acomodados tomando en cuenta hacia qué lado corría más el viento y quedaba mejor instalada la cancha.

La iglesia de la Oficina, levantada por los gringos a un costado del hospital y no frente a la Plaza de Armas, como se hizo en la mayoría de las salitreras que nacieron y murieron con la locura del oro blanco, fue la única iglesia que la Reina Isabel conoció por dentro en la única vez en su vida que entró a una. Lo mismo que el perro del acertijo, la Reina Isabel entró a la iglesia nada más porque las puertas se hallaban abiertas y porque, además, adentro no había un alma. Y salió de ella casi corriendo, con el corazón hecho un zafarrancho y entrecortada por los sollozos de un llanto que no le pudieron contener con ninguna de sus agüitas de monte, durante una semana completa.

Esa mañana, luego de su periódico examen sanitario, la Reina Isabel abandonó el hospital poseída de un extraño sentimiento de alegría que se le transmigraba por cada poro de su piel tostada. En uno de los compartimientos de su cartera nueva, flamante, recién estrenada junto a su volandera falda plato a cuadritos azules, llevaba su “carné rosado” puesto al día, y, tal vez un poco por eso y otro por la frescura otoñal de la mañana —era una mañana de otoño—, se notaba tan satisfecha y campante. Aunque su inconfundible pinta de chimbiroquita distraída no se la despintaba nadie. Como siempre, un llamativo pañuelo de seda, esta vez uno estampado en arqueadas siluetas de palmeras recortándose contra repetidos crepúsculos de soles rojos, le cubría la escarmenada melena teñida una y mil veces. De tantas tinturas rubias encabalgadas unas sobre otras, su pelo rebelde, de recalitrantes raíces negras, había adquirido un estrambótico tono café-jaldeambarino-amarilloso: algo entre trigo requemado y azufre humedecido. Amalgama que le hacía exclamar entusiasmado al Poeta Mesana cada vez que coincidían a la salida de las duchas comunes de los buques, que ella había logrado la hazaña increíble de reproducir en sus mechas un vibrante tono de amarillo Van Gogh. “Un tono que el genial pintor de trigos y girasoles, date cuenta un poco, niña, lograba sólo en sus más terribles períodos de esquizofrenia”.

Un jubiloso jirón de brisa tibia, que sacudió con amabilidad el follaje polvoriento de los pimientos y algarrobos del frontis del hospital, acarició su rostro pintarrajeado y le hizo ondear el acampanado ruedo de su falda. Una deleitosa sensación de felicidad le trepó por las polleras, se le arremolinó un instante en el vientre, subió cosquilleándole ásperamente hacia el pecho, le alborotó las hojas secas del corazón y se le asomó, dulce y resplandeciente, por el color de cerro de arena de sus húmedos ojos buenos.

Como traída también por la brisa, se le vino a la mente la escena de un instante de parecida sensación, una sensación de felicidad gratuita y rebosante que casi la sofocaba. También aquella vez, recordó, esa extraña sensación la había invadido a través de la brisa; como si su rostro lacónico, de lámpara a media llama, fuera inflamado de súbito por una oxigenante oleada de gracia. Había sido en el campamento Esmeralda, en una tarde de cielo empavonado igual al de ahora. Al llegar a una esquina, una brisa semejante le lamió de pronto su sucia cara de niña, hinchándole de golpe todas las velas de su frágil espíritu alborozado. Con un grupo de niños de la oficina Algorta, había ido aquella vez al campamento a repartir el programa de propaganda de la exhibición del cine sonoro. La película se llamaba Melodía del corazón y, según anunciaba el volante que embelesada se hacía leer a cada momento por su hermano menor —ella jamás aprendió a leer—, se trataba del romance de un arrogante y simpático militar que se enamoraba locamente de una muchachita humilde y sentimental aporreada por la fatalidad. Un idilio que se transformaba en drama pasional y luego en dolorosa tragedia. Una obra, rezaba el folleto, en que el alma simple de la gente del pueblo tenía su más emocionante y sonoro cántico. Más adelante prometía pintorescas descripciones de la vida animada de los parques de Viena y de sus plazas de diversión; que en el curso de la obra se oírían coros, cánticos marciales, melodías arrobadoras y toda clase de efectos musicales no explotados hasta ese momento por el cine sonoro. Que además se sentiría el ruido del tren, las campanas,

los pitos, los silbidos, el canto del gallo y hasta el golpe de las bofetadas. Y como corolario ofrecía una descripción estupenda de un amanecer en el campo. Todo eso lo recordó en un solo segundo. Suspiró hondamente y, feliz, alzó la cabeza hacia el cielo.

Arriba, nubes pequeñas como peces, lo mismo que en aquella tarde lejanísima, filtraban la ardua luz del día pampino, dándole ese vago aspecto de festividad que en otras latitudes menos ardientes lo da el sol. Se sintió exultante. Se sintió liviana y pura como una de esas ligeras nubes que adoquinaban el alto cielo del desierto. "Son como pescaditos de aluminio", se dijo en voz alta. Y sonriendo en un íntimo gesto de rebeldía, pensó que volver enseguida al encierro asfixiante de su camarote en los buques sería una burrada de las reverendas. No lo pensó dos veces: aprovecharía esa frescura como de carpa grande que le ofrecía el día para darse una vueltecita por la calle del Comercio.

En verdad, todo le parecía glorioso. El mundo era un enorme globo de cumpleaños y ella era la puta más candorosa del mundo; la más pura, la más inocente. Se acomodó su regio pañuelito de motivos caribeños, retocó atolondradamente el encendido colorete de sus mejillas ardientes, y echó a caminar feliz de la vida hacia el otro lado, hacia la animada calle de las tiendas de ropa. Contoneándose con fruición, jugando a balancear su carterita de hule que no pegaba ni juntaba con el color verde reja de sus toscos zapatones tiernísimos, se dejó ir irresponsablemente por el lado de la iglesia. Hasta a las geométricas piedras blanqueadas a la cal que bordeaban en hilera la huella de tierra les encontraba ahora una rara y súbita hermosura.

Al pasar ante la arquitectura de la iglesia, también blanqueada a la cal, algo la hizo detenerse. Las puertas se hallaban abiertas y en el interior de la nave no se veía un alma. Ella nunca en su vida había visto una iglesia por dentro. Según le contaba de niña su neurasténica tía la Flores de Pravia, que los había criado a ella y a su hermano, luego de que su madre los abandonara para irse con un patizorro (la tía haría lo mismo tiempo después, dejándolos solos), ni ella ni su hermano habían recibido los óleos del bautismo. Por lo tanto, ni siquiera de guagua había estado ella en una casa de Dios.

Desde el lugar donde se detuvo a mirar no era mucho lo que se apreciaba del interior del templo. Una penumbra apenas suavizada por la esmerilada luz verde de los vitrales le impedía observar con detalles. Obnubilada de aquella audacia que lleva consigo esa especie de felicidad inconsciente que de pronto nos embarga, subió los tres escalones de losa del pequeño atrio y entró. Un repentino hálito de placidez le lamió inmediatamente el alma. Animososa, con las manos aferradas al arcial de su cartera, y pisando blandamente en puntillas, avanzó unos cuantos pasos por el pasillo central. El silencio sagrado y algo así como una ingravidez cósmica en el clima apostólico de la nave, le hicieron sentir una efervescencia de burbujitas y alfileres helados en el vientre. Tuvo la idea asombrosamente real de haberse asomado de pronto al pretil de otro mundo, a una dimensión diferente.

Arrobada, ensayó una leve genuflexión de respeto; mas no supo cómo persignarse. Jamás había aprendido. Al fondo de la pequeña nave, detrás del sencillo altar mayor, entre dos santos polvorientos, como suspendida en el aire, la figura del crucificado atrajo su mirada. Siempre en puntillas, cuidando de no producir el menor crujido en el piso de madera, avanzó dos corridas más de asientos. La luz verde de los vitrales le prestaba al martirio de Cristo un dramatismo que a ella le pareció humanamente insufrible. Excitada, con los ojos brillantes de lágrimas, se quedó contemplándolo largo rato: esa agonía terrible, ultraterrena, no tenía nada que ver con la de los crucifijos de níquel que la mayoría de sus compañeras se colgaban frívolamente al cuello y que besuqueaban a cada nada jurando por Diosito lindo ante cualquier banalidad. En un raptó de vértigo piadoso, pensó arrodillarse y rezar, pero se contuvo. Aparte de no saber qué decir, seguramente Dios no se acordaba de ella para nada; como no había sido bautizada, tal vez allá arriba no supieran ni su nombre. "Dios no debe haber oído hablar

de mí ni en peleas de perros”, pensó. Además, el solo hecho de hallarse parada ahí, ya le estaba pareciendo de un atrevimiento casi profano. Sentía la sensación como de encontrarse en un camposanto parada sobre el montículo de tierra sagrada de una sepultura de angelito. O de estar cometiendo el desacato irremisible de tener puestos los pies sobre el aristocrático césped recién recortado de un chalet del Americano. Casi como levitando, como moviéndose en cámara lenta, sin soltarse del tirante de su cartera, aferrado a él como un cosmonauta en caminata espacial al cordón umbilical de su nave, retrocedió un par de pasos disponiéndose a salir. Su mirada se fijó, entonces, en los cuadros colgados en las paredes laterales del templo, reproducciones de pinturas sacras que representaban, en escenas sucesivas, la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Sintió deseos de acercarse para verlas mejor. Pero esa angustia de ladrón sacrílego que ya le borboteaba en la boca del estómago, y la gran pureza del silencio zumbándole insoportable en sus oídos gentiles, la hicieron desistir de su propósito. Pensó que ya era suficiente. Se dijo que ya se había sacado el empacho de conocer una iglesia por dentro. Giró entonces para salir y fue ahí que la vio. Y no pudo ser más gráfica cuando me dijo que había sentido como si el corazón le hubiese dado una vuelta de carnero en la caverna del pecho cuando, a un costado de la puerta de entrada, se halló de repente con la imagen de una Virgen que la miraba plácida y directamente a los ojos. Me juró por su madrecita que nunca conoció pero que igual quiso siempre, porque madre hay una sola, que era la misma Virgencita que la atormentó tanto allá en la desaparecida oficina Algorta.

El mismo color del vestido; idéntica la capa; igualitos los adornos y los bordados de hilo dorado en la mantilla. Que la corona, un poquito ladeada sobre su cabeza, tenía los mismos arabescos. Que sentado en sus brazos era el mismo niño Dios con cara de niña que sostenía aquella otra Virgen de su infancia. Y lo más grande de todo, me dijo llorando, era que en el fondo de sus ojos azules había reconocido ese mismo dejo de pena con que la otra imagen, la de la oficina Algorta, la miraba desde el fondo de una animita levantada a orillas de la línea del tren. Esa animita milagrosa en donde ella, cuando niña, a la hora de la caída del sol, se iba a jugar con una pandilla de niños descachalandrados, todos ellos varones, y en donde luego de la acostumbrada cacería de lagartos y del tecito preparado en tachos de lata, con panes franceses robados a su tía la Flores de Pravia, ella tenía invariablemente que subirse las polleras para que los niños, como una torpe leva de perros nuevos, se restregaran uno por uno en su escuálido culito de nueve años. Y debía hacerlo a cambio de las dos bolitas de vidrio —o su equivalente en bolitas de barro— que rigurosamente cobraba por ello su hermano menor, convertido de ese modo en el primer cafiche de su vida. Y eran pues, me dijo, los mismos ojos de esa Virgen que más de una vez le pareció verlos llorar dentro de su casucha de lata, mientras ella era cabalgada por ese tropel de rapaces, los que la miraban ahora ahí, en el interior de la iglesia. Esos mismos ojos —testigos inmensos de sus primeros escarceos de puta— que siguió viendo por largo tiempo en sus pesadillas de niña, los que la miraban “como reconociéndome”, me dijo. “Como acusándome, Ambulancia linda. Te lo juro por Dios”, me repetía llorando. No sabía la pobrecita que todas las Vírgenes se parecen. Y salió de la iglesia corriendo como una loca, entrecortada por un llanto penitencial que la tuvo en receso durante los siete días de la semana, incluido el mismo jueves, día de la plata. Imagínense. Y desde esa vez, me dijo, nunca más volvió en su vida a asomar la nariz por una iglesia. Figúrense ustedes cómo son las cosas: ahora vamos nosotras y la metemos a la fuerza en la misma iglesia. Y para terminar de rematarla, obligamos al cura a cambiar de libreto y a hacerle toda una misa completa para ella solita. Designios de Dios no más, digo yo. ¿No les parece?

Y ostentosa y rebosante, descomunal en su trono de fierro, consciente de ser el centro de la situación en ese instante, la Ambulancia se puso a contar algunos

pormenores del episodio en la iglesia. De cómo, por ejemplo, algunos feligreses, sobre todo varias de esas viejas camanduleras, esa clase de beatas fruncidas y comesantos, habían hecho abandono de la misa escandalizadas por la profanación inconcebible, según ellas, que se le estaba haciendo a la casa de Dios. Y se habían retirado sin siquiera santiguarse las muy cagadiablos. Pero, como que era la puta más gorda del mundo, declaraba enfática que mañana le iban a realizar un funeral con todas las de la ley a su compañera. Como que era la puta más gorda, “pero no la gorda más puta”, como sin duda le acotaría oportuno, de estar presente, el Poeta Mesana (que, entre paréntesis, secreteó misteriosa, ya estaba escribiendo algo para leer mañana en el cementerio); como que era la puta más obesa del globo terráqueo, repitió, que entre todas las niñas de los buques le iban a hacer un funeral, si no de verdadera reina como la Reina Isabel se merecía, por lo menos un entierro como la gente, unas exequias dignas de un cristiano. Y excitada por la emoción declaró sentenciosamente que las honras fúnebres de la Reina Isabel de cualquier modo habrían de hacer historia en esta porquería de pampa. Que de eso podían estar seguros todos los guarisapos babosos de la Oficina que alguna vez la miraron en menos, porque ella misma se iba a encargar en persona de que así fuera. Y solemne como una abadesa, estiró su cetácea mano blanca para dejar el vaso vacío sobre la bandeja que una de las niñas le acercó solícita. Todas las meretrices ya vestían ropa más apropiada para la ocasión, sin la pintura de guerra ni el arsenal de chacharachas con que habían llevado a cabo la operación comando en la iglesia. Unas servían el ponche, otras ofrecían cigarrillos o galletitas de monos, y entre todas atendían diligentemente a las personas que ya ocupaban la mayoría de las sillas y bancas arrimadas a las paredes del estrecho camarote.

Aparte del Caballo de los Indios, que permanecía sentado en un rincón mirando fijamente el ataúd y fumando un cigarrillo tras otro, los viejos que escuchaban a la Ambulancia eran casi todos conocidos sólo de vista. Los más de confianza aún no hacían acto de presencia en el velorio o se mantenían charlando en corrillos en la penumbra del patio. Luciendo oscuros ternos de corte antiguo sacados para la ocasión desde el fondo de sus maletas de madera, los ancianos escuchaban a la matrona con sus sombreros entre las piernas y un aire como de ausencia en sus tristes caras de desierto; como si el velorio fuese en verdad una antesala y ellos estuviesen aguardando su turno con un numerito de cartón arrugado en el bolsillo. Sentadas entre ellos, siúticas y circunflejas, arrebozadas en sendos chales negros, calados, estaban dos niñas llegadas recién desde la ciudad de Calama. Cursilonas, fruncidamente compungidas, las prostitutas afuerinas contaban que habían conocido a la pobrecita de la finada una vez en que, por apuros económicos, ambas vinieron a trabajar un día de pago a los buques de la Oficina. Que en aquella ocasión una de ellas había sufrido un patatús al corazón, y que la Reina Isabel prácticamente la resucitó al prepararle una de sus prodigiosas agüitas de aliento.

En el centro de la habitación, en el ámbito abstruso de la muerte, el ataúd se recortaba negro y sólido entre las llamas amarillas y oscilantes de los cirios. Las coronas y las flores de papel circundaban el féretro en un muelle oleaje de crepé y seda. Algunas de las ofrendas florales resplandecían bellamente fúnebres pendidas en las paredes, sobre las cabezas de los acompañantes. Pero más que adornar las paredes, lo que hacían estas coronas era cubrir algunos recortes de mujeres desnudas que no habían podido ser despegados. Dos ramos de claveles rojos traídos por las niñas de la ciudad de Calama habían sido puestos a los pies del féretro, acomodados y arreglados por ellas mismas en sendos tarros de leche Nido. Como la tapa del ataúd carecía de vidrio, éste se mantenía abierto para las personas que quisieran mirar a la difunta por última vez.

El Caballo de los Indios, que desde su rincón no había dejado de mirar por un solo segundo el féretro, se paró y se asomó a la ventana. Como pensando en voz alta dijo que menos mal aún no se había dejado caer el polvo de los Molinos. Que en cuanto eso

ocurriera habría que cerrar rápidamente el ataúd. Y dirigiéndose a la Ambulancia dijo que habría que servirles una pasadita de gloriado a las personas que se encontraban en el patio. La Pan con Queso se ofreció al instante y, a su vez, le pidió al Caballo de los Indios que mientras tanto él podría apersonarse a la pieza del Astronauta y conseguirse un par de sillas. Que éstas se iban a hacer pocas. Uno de los viejos que conversaban con las calameñas dijo que, ahora que lo mencionaban, le parecía raro que al Astronauta no se le hubiera visto cosiendo en su banca en medio del patio como acostumbraba hacerlo. Que ni siquiera había salido a cocinarse sus cascaritas.

Al oír esto, la Ambulancia se dio una palmada en la frente. Con todo el ajeteo del día se había olvidado por completo del Astronauta. Incorporando su humanidad y pidiendo compermisito, dijo que iba de inmediato a buscar al Astronauta. Que no podía ser que el cabrón no se fuera a hacer presente en el velorio, porque él era el que más obligación tenía de estar ahí. Que por muy malo de la azotea que se encontrara el zanguango zarrapastroso ese, tenía la obligación moral de venir a honrar el cadáver de la Reina Isabel. Como que la llamaban la Ambulancia que ahora mismo iba y lo sacaba retobado de su cochino camarote en donde a estas horas debía estar de cabeza leyendo esos libracos raros que tenía o, encerrado con llave, sacándole brillo a la chorrera de relojes y anillos de oro capote que guardaba en sus rumas de maletas y baúles polvorientos. —De las mismas verijas me lo traigo si es necesario —dijo—. Ya lo van a ver.

Pero el Astronauta no se encontraba en la pieza. Alguien lo había visto salir al oscurecer mientras todo el mundo se hallaba en la iglesia. Había llamado la atención porque el hombre iba trajeado con uno de sus impecables ternos domingueros pero calzado con sus grotescos bototos encallapados. Rápido como nunca, había tomado el tranco avenida abajo, como rumbo a las ruinas del sindicato quemado. Más allá estaba la pampa rasa. La Ambulancia se preocupó. Ella sabía muy bien que algo grave podía pasar. El Astronauta, con sus alambres mentales medio pelados, era bien capaz de mandarse cualquier chapetonada, hacer cualquier barbaridad. Pensó en la Chamullo. De alguna manera había que salir en busca del Astronauta y, de hallarlo, la Chamullo era la única que podría convencerlo de regresar si se ponía difícil. No tanto por el poder de persuasión y el histrionismo insuperable de que hacía gala la pequeña prostituta, sino porque entre ella y el Astronauta existía una relación de amistad cuasi sentimental. La Chamullo, además, era una de las tres personas de los buques (tres nada más) que conocían el secreto existente entre el Astronauta y la finada Reina Isabel.

10

Gorda, soberbia, monumental, lo que se llama una doña puta, desde los recintos enmurallados de los buques, la Ambulancia hace su majestuosa aparición en la calle. Estilante, recién salida de la ducha, relucientes sus carnes alblísimas, la mamotrética matrona emerge ataviada con una de sus características túnicas blancas, vaporosas y velámicas. (Algunos dicen que de ahí el apodo —de la blancura de sus carnes y de lo immaculado de sus túnicas—, aunque otros mal hablados aseguran que es porque le cabe un hombre entero adentro. “Con ella —aseveran serios estos lenguaraces—, del ombligo para abajo es llegar y tirar”).

Y porque hoy no se trata de uno de sus ceremoniales paseos digestivos que acostumbra regalarse diariamente, la portentosa meretriz las emprende directamente en dirección al centro comercial de la Oficina; más específicamente hacia el bullente edificio de la pulpería, alzado frente a la Plaza de Armas. Y como de costumbre, como es lo habitual en ella, lo hace echándose a andar por todo el medio de la ardiente avenida de tierra. Y ahí va, imponente, faraónica, mayestática, íngrima en su blanca ínsula adiposa, sin inhibirse ni titubear un ápice ante el sol paralítico de mediodía: esa hora alucinante de

la pampa salitrera. Y es tan formidable su envergadura, tan henchido de pomposidad su transitar magnífico, que tocada su túnica por alguna leve oleada de brisa tibia, da la impresión de un blanco velero de espejismo deslizándose calle abajo —Nilo abajo— con todas sus lonas, insignias y gallardetes al viento.

A su paso ampuloso, las oscuras mujeres del campamento corren a asomarse a las ventanas, alborotadas e impertinentes. La visión de esta hembra babilónica, exuberante, rotunda de sensualidad y lujuria, las hace imaginar cópulas monstruosas soñadas por ellas en salaces noches de insomnio. Secretas fantasías de dormitorio que de mañana doblan presurosas y culpables y guardan junto a sus percutidas sábanas de sacos en los últimos cajones de sus polvorientas rutinas de esposas abnegadas.

Los niños de pies desnudos encucillados junto a las calaminas, cuya cal reseca crepita al sol en una atroz fritanga planetaria, abandonan por un momento la gravedad de sus juegos para seguirla con la mirada brillante del embeleso. Unos la vislumbran como a un personaje maravilloso extraviado de algún cuento de hadas inverosímil; otros, los de mirada menos inocente y pelo más arremolinado, la asimilan riendo a una insólita bestia polar escapada de un circo siberiano.

Desde el interior de los boliches esquinados a lo largo de la avenida, estentóreos de música ranchera y “cumbias del oeste”, los sublimes beodos nuestros de cada día detienen por un momento la zalagarda de sus oratorias solemnes para obsequiarla con grandilocuentes besos al aire y obscenos requiebros de cama. Impúdicas lisonjas del color del vino que vienen a estrellarse, cual inofensivas pajaritas de papel, contra el escudo radiante de su sonrisa desdeñosa.

En esos momentos ella es la dueña absoluta de la arteria, la madama inexorable del campamento, la soberana taimada de esas pampas epopéyicas. El mundo entero se mueve al compás de sus nalgas espléndidas, al balanceo grave de su andar de paquiderma.

Los rayos del sol atacameño empalidecen en su encendida melena de cobre, aún perlada de las diamantinas gotitas de su reciente ducha; la tercera de las catorce duchas diarias con que esta sagrada hipopótama blanca refocila y purifica su humanidad tremenda. Rituales abluciones de diosa pagana y gozadora que se ve en la obligación de tomar en esas indignas casetas de los buques, recintos cuyas paredes se muestran profanadas de hiperbólicas frases alusivas (dibujo gráfico incluido) al tamaño y ferocidad de su poderosa vulva carnívora.

Pero ahí va, fresca, limpia, magnífica, destellante como un iceberg. Perfumada enteramente de pies a cabeza. Aunque el insulso aroma químico de su agua de colonia inglesa no pueda mitigar por mucho rato esas glandulares secreciones de hembra grandiflora que emanan, fosforescentes, desde los profundos pliegues de su piel lechosa. Excitantes sustancias odoríferas (nauseabundo olor a pescado para los pusilánimes) que en el sopor del mediodía pampino se resuelven en un cuajante llamado de animal en celo. Y porque toda ella es una gran vulva palpitante en permanente estado de celo, hay que ser animal de alforjas bien puestas para acudir a su llamado. Para esta epitalámica hembra de la pampa, los machos se dividen simplemente en dos especies: los intrépidos que alguna vez se han atrevido a gozar de sus favores cinerámicos y los otros.

Y los otros, para esta walkiria exorbitante, para esta hetaira voluminosa, para esta puta garrafal, son esos pobres hombrecitos sin mujer que, apoyados en las esquinas de la avenida Almagro, o en las pilastras del atrio del cine, o en las oxidadas verjas de fierro de la plaza polvorienta, enrollan y desenrollan, interminablemente, en un reseco índice amarillento, la cadenita cagona de sus tristes llaveros de tipos solitarios. Ellos no podrían jamás llegar a meterse a la cama con ella. A la sola contundencia de su aparición en la calle, no atinan sino a escurrirse amilanados como ratas o a bajar hasta el suelo árido sus aguadas miradas de varones sin ánimo. Y son justamente estos “pobres Manuelitos”,

como les llama ella haciendo referencia a las prácticas masturbatorias, los que tratan de cubrir su falta de hombría repitiendo por lo bajo, medrosos y sin ningún asomo de gracia más encima, esos exagerados cuentos que circulan en torno al tamaño y hondura de la caverna de su sexo encarnado. Que para ocuparse con ella, comentan estos tristes macacos amajamados, habría que tener la prevención de dejar los documentos sobre la mesita de luz, por si acaso se corriera el albur de no regresar de esas geografías llenas de pliegues traicioneros, llanuras gelatinosas y desfiladeros sin fondo. O, en su defecto, acotan hiperbólicos los pacatos, hacerlo sin quitarse los calamorros con punta de fierro para que por lo menos éstos queden a la vista y puedan servir de señal o referencia; a la manera de esos montoncitos de piedras que se dejan en lugares más o menos inasequibles y que quieren decir: “Aquí estuve yo”.

Los hombres que sí han gozado los favores de esta hembra desmesurada, en cambio, saben muy bien que sus amores descomunales no son como para llegar y olvidarlos en un bolsillo de perro. ¡No, señor! Y es que solamente la proeza temible de asomarse al interior de su camarote ya es todo un regalo de asombro para los ojos del corajudo.

Blanqueado enteramente a la cal, lleno de pañitos blancos por doquier, adornadas sus repisas de blancas figuritas de porcelana (níveos elefantes sobre todo, obviamente su animal predilecto), el camarote de la Ambulancia es el más pulcro, limpio y oloroso en todos los buques de la Oficina. Y sus tres ventiladores eléctricos zumbando todo el santo día, lo vuelven el más fresco de todos. (“Un verdadero iglú en el desierto”, dicen algunos). En las ásperas paredes blanqueadas periódicamente, ningún recorte de mujeres desnudas atosiga la mirada del visitante. Sólo se aprecian satinados paisajes de nieves recortados con esmero y una verdadera (y extraña) colección de minúsculos espejitos de cara. Su espejo más grande no alcanza a reflejar entera su pecosa faz de elefanta colorina.

Cubierto largamente por una immaculada colcha de hilo, pletórico de almohadones de albísimas fundas bordadas, su reforzado catre de hospital —también blanco—, arrimado a la única ventana de la habitación, se alza por derecho propio como el altar mayor de esta blanca basílica lunar. A los pies de este tálamo sin manchas, pendidos dulcemente del cielo raso, balanceándose con una ternura infinita, se ven sus famosos y muy comentados “trapecios”: especies de caseras roldanas de alambres ideadas y manejadas por ella misma. Y los audaces que por primera vez entran a este esterilizado limbo del amor, asisten maravillados, primero, a la alucinante visión de su desnudez pantagruélica y, luego, al espectáculo grotescamente conmovedor de verla, ceremoniosa y jadeante, manipular el estrambótico sistema de correas y alambres con que levanta y mantiene en vilo su pavoroso parcito de piernas. Única y acrobática manera como esta criaturita de Dios puede llevar a cabo sus jurásicos acoplamientos.

Y ahí va, ahora, la temible mamancona, cruzando olímpicamente la calle de la escuela, entrando a la asonambulada plaza de piedra de la Oficina. Sus blancas zapatillas de valle parecen humear al contacto de las ardientes baldosas blanquirrojas que circundan el poliedro del viejo quiosco de las retretas. Las seis cuadras de candente tierra calichosa, reverberante, recorridas bajo el sol quemando en cruz sobre las cabezas, han deshumedecido por completo su recalcitrante melena de cobre y coloreado rotundamente sus mejillas arrebatada de sudor, las medialunas mojadas de sus sobacos hacen pensar concupiscentemente en los dobleces, alforzas y recovecos más íntimos de su bestial humanidad.

En la plaza, a esa hora ardiente y quieta, sin un miserable sople de viento tibio, los árboles sucios de polvo semejan crispadas esculturas vaciadas en yeso. Sólo unos cuantos mineros jubilados, veteranos de rostros trabajados a rajo abierto, hundidos hasta el sombrero en los escaños caldeados, matan el tedio infinito de la pampa contante y

clasificando gorriones. Viejos cazurros, ellos no beben en los ranchos, no juegan a la rayuela y no les gusta el cine. Se pasan el día entero sentados en la plaza. En las otoñales tardes nubladas, nostálgicos y mutuos, se muestran desvaídas fotografías de muertos en sepia y conversan (los sureños) sobre los grandes terremotos que han asolado el sur de la patria y (los del norte) sobre aquellos legendarios boxeadores que perdieran el título mundial porque la vaca inmensa que era el árbitro les dio un pisotón o simplemente no los dejaron pelear agachados. Épicos mineros estos, que sentados a la sombra caliente de los algarrobos, árboles tan enfermos de silicosis como ellos mismos, al ver aparecer la ingente figura blanca de “la Ambulancita”, proceden a quitarse el sombrero histórico de lamparones y a saludarla afectuosos y reverenciales. Entre ellos hay quienes fueron hasta hace un tiempo, o son aún, sus esporádicos parroquianos. Ella, a viva voz, les responde grandilocua el saludo y hasta se da el tiempo para dedicarles una ancha sonrisa de cariño. Estos ancianos —ella lo sabe bien— pertenecen a esa laya de hombres que ya no se dan en la pampa; épicos hombrones que vivieron y sobrevivieron a la época heroica del salitre. “¡Ellos sí que eran machos, carajo!”, piensa sonriente la matrona mientras los va saludando. No como estos otros jilibiosos de ahora, pobres insectos de rincones como del que ahora va en pos, que, porque le adeudan alguna sesión de sus servicios profesionales, apenas logran avistarla a lo lejos huyen santiguándose como marineros de agua dulce ante la visión apocalíptica de Moby Dick.

Y es que ella, tal como hacen las demás niñas de los buques, también proporciona sus amores de fiado. También, como lo hacen las demás, lleva su cuaderno de cuentas (como cualquier despachito de barrio pobre) en donde, concienzudamente, con su cuidadosa letra de porrona grande, floreada de ringorrangos inútiles, va anotando cada una de sus ocupaciones a crédito. Las simples y normales, con lapicera azul, y las especiales o completas, con lapicera roja.

Y ¡ay! de los animalejos malos de la cabeza que se demoren en pagarle. Porque ella no es ninguna apanfilada como la sentimental de su comadre la Reina Isabel, que medio mundo en los buques le anda debiendo su polvo. Igual que a la malagestada de la Malanoche y a la atolondrada de la Flor Grande. Si hasta la mismísima Cama de Piedra, que se cree tan maldita la puta y se jacta de armar las filas más largas a su puerta, ya debe haber perdido la cuenta de las veces que le han hecho perro muerto. ¡A la Ambulancia no, señor! ¡A la Ambulancia el insecto que se la hace se la paga! ¡Ningún pililo catigoso va a quedarse riendo de ella!

Y justamente a eso se dirige hoy al edificio de la pulpería (cuyo frontispicio ya tiene ante su vista), a tratar de echarle el guante a uno de esos miserables bicharracos desmemoriados. El “Pocas Luces” le llaman a éste. Un tipo de esos que se las dan de fioquentos, que bailotean la ramita o el palito de fósforos entre los dientes, que llevan pañuelo de seda anudado al cuello y que andan trasluciendo el billete groseramente en el bolsillo de sus camisas de nailon. Un cabrón desfachatado y confianzudo que le anda debiendo el favor a casi todas las niñas de los buques; una sabandija resbaladiza como renacuajo que desde hace dos meses se halla tachado con una cruz de muerte en su columna de débitos.

Por fin llega a la pulpería. Su construcción sólida, antigua, de líneas arquitectónicas simples, se yergue frente a la plaza a todo lo largo de la cuadra. A esa hora la vasta bóveda del local se halla atestada y su aparición repentina causa conmoción entre la concurrencia. Las mujeres, que conforman la mayoría del público, se vuelven con descaro hacia ella, cuchichean curiosas y se quedan contemplándola como fascinadas.

Altiya y periscópica, por sobre un mar de cabezas de moñas negras, su mirada de walkiria en acecho otea en el aglomeramiento sin darse por aludida del rumoreo que su presencia ha causado. De pronto parece avistar su presa. El moroso en cuestión (pobre musaraña indefensa) se halla apoyado farolientemente en las vidrieras de los perfumes y

charla animadamente con una muchacha joven (su pose y sus ademanes rumbosos son a todas luces claros finteos de cortejo nupcial). Aún no se ha percatado de la amenaza que sobre su reputación de galán se cierne inexorable. De percatarse, de percibir un segundo antes a su mortal predatora, podría tal vez el pobrecillo insecto echar mano al recurso del mimetismo y esfumarse limpiamente por entre lo populoso del recinto. Pero los iridiscentes colores de su camisa (y su orondo poto luminoso) lo hacen mortalmente visible contra los vidrios del escaparate. Quizás como último recurso defensivo, el desprevenido bicharraco podría hacer (con su fulgurante sonrisita-diente-de-oro) lo de ciertas mariposas provistas de manchas luminosas en el extremo de las alas que, al verse atacadas de pronto, utilizan esa parte luminosa del cuerpo para atraer el picotazo salvando así, intactos, sus órganos vitales. O tal vez podría...

Pero todo ello no son más que vanas hipótesis, suposiciones inútiles. Porque ella, entomóloga erudita, cazadora amazónica, descomunal osa blanca, se le deja caer de súbito y sin darle tiempo a nada. Con las manos en jarras se le planta delante inmensamente. Y sonriéndole en forma zalamera, maternal casi, pero asegurándose la muy zorra de que la oiga claramente toda la concurrencia femenina, procede a cobrarle, como si se tratara de un inocente kilo de berenjenas:
—¡La cachita que debes, pues, lindo!

11

Muy pocas personas sabían en los buques que el Astronauta era hermano de la Reina Isabel. Entre las mujeres sólo la Ambulancia y la Chamullo estaban en el secreto. La Reina Isabel se lo había contado a la Ambulancia como confidencia de amiga íntima y a la Chamullo, por ser ésta la única de las niñas que había logrado granjearse la confianza del Astronauta.

La insólita amistad entre el Astronauta y la pizpireta prostituta había nacido de un hecho simple y elemental: ella era la única que en la cama lo trataba con naturalidad. El apodo de esta jovial meretriz (“mereatriz”, le decía el Poeta Mesana) venía de su histriónico estilo de atender a los hombres. Con un poder de convicción prodigioso que ya se lo hubiera querido una artista del escenario, la Chamullo era capaz de hacer sentirse un Jorge Negrete al más contrahecho de sus clientes, un padrón al más pusilánime de virilidad y un amante de las mil y una noches al más insípido de sus asiduos. Y con la magia de sus recursos teatrales, más una alegría incoercible (“hay que hacerle honor a lo de mujer alegre”, decía muerta de la risa) había logrado resquebrajar la áspera caparazón de quirquincho del Astronauta y romper su hosco ensimismamiento. En un magnánimo gesto de prostitución humanitaria, la entallada chimbiroquita accedía incluso a visitarlo en su propio camarote, cuestión que para las demás niñas era simplemente inadmisibile. “Es como estar tirando con un gato muerto debajo de la cama”, solía decir la Poto Malo contando de la vez en que, necesitada de un dinero urgente, se le ocurrió ocuparse con el Astronauta en su camarote. Que al rato no más, a punto de vomitar el alma a causa de la pestilencia insoportable, hubo de salir corriendo a medio vestir, dejando al Astronauta dando manotazos al aire y gritando como desafortado: “¡Vuelve aquí, puta del carajo!”.

La Chamullo, en cambio, con un toquecito de mentolato en las narices, hasta se daba el lujo de hacer “sobrecama” con él. En su estrafalario catre pata de oso, que se usó mucho en las más paupérrimas oficinas antiguas —un somier apoyado sobre cuatro tarros de manteca—, tendida sobre la colcha adornada con cajetillas de cigarrillos colgándole como flecos en todo su contorno, era capaz de retozar tardes enteras junto a él. Mientras en peripatéticas charlas didácticas el Astronauta le hablaba de la errante cabellera platinada de los cometas o del movimiento paraláctico de las estrellas, la Chamullo, en religioso silencio, se entretenía con el manojo de llaves innumerables que le colgaba amazotadamente del cuello como un grotesco escapulario de fierro.

Las llaves pertenecían a los tres grandes candados de la puerta y a las rumas de maletas, cajones y baúles antiguos que atiborraban la habitación. Se decía que aparte de las decenas de trajes de casimir inglés legítimo de hechuras pasadas de moda hacía más de cuarenta años, y de los gruesos volúmenes de astronomía que a veces se le veía leer en mitad del patio, guardaba en sus maletas herméticos tomos de brujería y ocultismo, y que de tanto leerlos subrepticamente por las noches era que se le habían terminado de pelar los alambres. Que en uno de los baúles mantenía el dinero ahorrado con avaricia suicida a lo largo de toda la vida, y que lo conservaba en los mismos sobres intactos en que le pagaban el salario, y en los cuales había veintes de cobre y coloridos billetes fuera de circulación. Que en uno de los polvorientos cajones en forma de cofre pirata, cerrado con doble chapa y cuatro candados, atesoraba su impresionante colección de relojes, leontinas, anillos, colleras y prendedores de oro. Aunque otros aseguraban que todas aquellas historias no pasaban de ser meras fábulas y que lo que realmente el hombre guardaba con tanto celo y bajo tantas llaves, no eran sino herrumbrosas porquerías recolectadas en basurales y cementerios abandonados, y que de ahí la hediondez inaguantable del camarote.

Pero si bien era cierto que en su camarote la fetidez podía desgarrarse como un visillo podrido, también lo era que en los días festivos y fines de semana al Astronauta se le podía ver vestido con la elegancia de un gran canciller de los años treinta. Además, a la Chamullo, en compensación por la gracia de sus amores filantrópicos, le llevaba regalado media docena de sortijas de oro, entre anillos, gargantillas y aretes (joyas que ella regalaba o vendía enseguida, pues sólo gustaba llevar sus alegres chacharachas de fantasía). El obsequio preferido de la Chamullo era un mamotreto de tapas duras y papel biblia que no versaba precisamente sobre astronomía o magia negra, sino que se trataba de un anacrónico manual de sexo. Un día ella lo vio sobre la cama y se lo pidió en vez de un nuevo anillo. Aficionada desde siempre a esa clase de literatura, la Chamullo era la única niña de los buques capaz de hablar más de cinco minutos sobre sexo sin caer en el dicho soez.

El tercero de los que estaban en conocimiento de los lazos sanguíneos que unían a la Reina Isabel con el lunático personaje era el Poeta Mesana. La propia matrona le había contado la historia en una infinita tarde de domingo en que un súbito viento arenoso había asaltado el campamento. Después de un lánguido coito al fiado, mientras se tomaban unos mates, ella le narró la extensa y triste historia de su vida. En verdad lo hizo un poco por darle ese saborcito de nostalgia necesario a todo mate y otro poco para capear la soledad y el viento borracho que afuera rugía desclavando calaminas, elevándolas a gran altura por sobre los techos y dejándolas caer como atroces guillotinas de zinc.

Abandonados por su madre, se había hecho cargo de ellos su tía la Flores de Pravia, una mujer flaca hasta la histeria que en su juventud, al igual que su hermana, había sido asilada en una casa de tolerancia en Alto del Carmen. La mujer los crió a ella y a su hermano hasta el día que abandonó a su marido (lo mismo que había hecho su madre) para irse con un empleado de escritorio veinte años más joven que ella. Todo lo que la desequilibrada mujer les dejó fue, a ella, las marcas de los cinturonzos en la espalda propinados cada vez que la sorprendía cantando por algunas monedas en la corrida de los solteros; y a su hermano, la eterna pelada al rape con sólo un triste mechón en la frente que le remarcaba aún más su congénito aspecto de desamparo. Lo único loable de la mujer fue el hecho de haberlos iniciado en los secretos de la lectura. Nunca los mandó a la escuela. Ella misma les enseñó a deletrear en un sebiendo manojito de hojas sueltas del silabario Lea, aunque más por desahogar su neurosis en la cabeza de los niños que por mera vocación pedagógica.

La Reina Isabel, de mollera más dura, se había quedado sólo en el deletreo. En cambio su hermano, con una facilidad extraordinaria se aprendía las lecciones más difíciles y deletreaba de corrido —casi cantando— la pipa de mí papá y las manos de mi mamá, y las andaba repasando una y otra vez a toda hora y en todas partes. En la calle recogía cuanto papel impreso se hallaba tirado y se ponía a leerlo en voz alta. Al comienzo lo hacía sólo por la satisfacción de darse cuenta que lo podía hacer, pero más tarde se le fue convirtiendo en un prurito de curiosidad casi malsano por saber todo cuanto decían los papeles.

Al quedar solos, y sin que nadie se lo impusiera, ella se tomó para sí el deber de mantener a su hermano mayor. Y lo hizo de la única manera que sabía: cantando las rancheras de Guadalupe del Carmen en la corrida de los solteros. Al poco tiempo, siguiendo los pasos de su madre, entró de frentón a ocuparse de prostituta. Ganaba mucho más dinero. Una tarde llegó su hermano al camarote en donde ella ejercía. Llevaba un pequeño hato de ropa y su pallasa cruzada a la espalda. Iba a despedirse. Se iría a trabajar a la Oficina de otro cantón. El empleo no era nada muy complicado, consistía en retirar, de noche, los barriles de mierda de las casas de los jefes principales, trasladarlos en una carreta al botadero, lavarlos y reponerlos limpios e inmaculados antes de amanecer. Se despidieron llorando. Al principio él venía a visitarla de vez en cuando; ella lo hallaba cada vez más raro, como asonambulado, y le reprendía el hecho humillante de seguir dejándose el mechón de huérfano en la cabeza. Después de un tiempo ya no se apareció más. La última vez que supo de él fue cuando alguien le contó que había visto su nombre en las listas de reclutamiento. Desde entonces había perdido todo contacto con su hermano.

Al cumplir la mayoría de edad, la Reina Isabel se dio a la tarea de buscar a su hermano. A veces le llegaban noticias de que había sido visto en tal o cual Oficina, de tal o cual cantón. Ella entonces viajaba en cuanto podía hacerlo. En la Oficina en cuestión se pasaba algunos días en los cuales, a la vez de indagar, aprovechaba para ejercer. Cuando su interrogatorio en medio de jadeos y resuellos no arrojaba resultados positivos, se iba a preguntar a la Oficina del Personal; luego, averiguaba en las fondas y en las cantinas del campamento hasta terminar buscándolo, con el alma en un hilo, en las salas de los hospitales y en los pulgueros de las comisarías. Nunca lo pudo hallar. Muchas veces se lo dieron por muerto. Que se había quemado vivo al caer a los cachuchos de salitre fundido en la Flor de Chile, que lo había destrozado un tiro en una calichera de la Piojillo, o que lo habían matado en un pleito de fondas en la Candelaria. Una vez le vinieron con la noticia trágica de que su pobre hermano había sufrido la terrible muerte del palanquero en la oficina Prosperidad; que, incluso, le habían erigido una animita a la orilla de la línea férrea en donde había sido destrozado por las ruedas de los catorce carros de un convoy salitrero; y que, al decir de las ancianas que iban a prenderle velas y a pedirle favores, su hermano estaba haciendo verdaderos milagros de santo. Al final la Reina Isabel, resignada, había optado por desistir de su búsqueda inútil.

El día en que se dio de cabeza con él en el patio de los buques de la Oficina, habían transcurrido treinta y dos largos años. Lo encontró sentado en una banquita de palo de durmiente parchando una cotona de trabajo a la que ya no le cabían más remiendos encima. Pese al tiempo transcurrido y a que el físico de su hermano mostraba un deterioro y una magrura de lástima, ella lo reconoció enseguida. Él, ya con los primeros efluvios de la locura cromándole el cerebro, pareció no reconocerla en absoluto. La Reina Isabel venía esa vez a la Oficina sólo de pasada. Su destino era la Alemania. Hasta allá la había invitado a trabajar la Azuquítar con Leche, una vieja amiga de sus comienzos, famosa en Algorta por su récord que nadie pudo superar. En un solo día de trabajo, esta prostituta de potente grupa, había llegado a ocuparse con noventa y nueve enardecidos mineros recién pagados, y aún le había sobrado alma a esta hija del altísimo,

a esta homérica puta del carajo, para hacerlo por amor —y con amor— con su hombre de turno. Aunque algunos escépticos aseguraban después que la célebre meretriz había llegado solamente, y a duras penas, a los noventa y ocho polvos. El mismo día de su llegada, la Reina Isabel conoció a la Ambulancia. Fue mientras esperaban turno en el hospital que se hablaron. Tal vez fue el contraste —una gorda, inmensa, ampulosa, toda ella ataviada de blanco; la otra, delgada, lacónica y vestida sin que nada combinara con nada— lo que hizo que ambas mujeres se acercaran. Luego, habían acordado seguir juntas haciendo el resto del recorrido. La Ambulancia, que sólo necesitaba poner al día su “carné rosado”, y pese al esfuerzo que le significaba arrastrar su enorme humanidad, la acompañó caminando desde el hospital a la Oficina del Bienestar y desde allí hasta la comisaría. Ésta quedaba exactamente frente a los buques. Y fue al salir de la comisaría cuando ambas entraban a los buques sonriendo y tomadas del brazo, que la Reina Isabel lo vio.

El Astronauta se hallaba sentado en su banquito de palo, enfebrecido en la labor de su costura interminable. Con el torso desnudo, encorvado por el peso de la metálica pelota de llaves colgándole del cuello y esquelético hasta más allá de lo santo, la Reina Isabel lo reconoció porque llevaba el mismo mechón de niño huérfano en la frente de su cabeza rapada, aunque ahora se asemejaba más a un mohicano. Parada a dos metros frente a él, girando en un vértigo de emoción incontenible, sintiendo cómo le saltaba el chorro de lágrimas calientes, la Reina Isabel se lo quedó mirando como a un aparecido. Él apenas levantó su cabeza de orate y siguió absorto en sus vesánicas puntadas. Cuando la Reina Isabel, temblándole la voz, le preguntó a su amiga, sólo por ver, quién era ese hombre tan flaco, la Ambulancia, socarrona de gestos, le dijo que se trataba del Astronauta, “el tipo más chiflado de todos los buques”.

Por aquel tiempo al Astronauta, aparte de la liturgia de su costura, esa manía delirante de pegar callapo sobre callapo hasta dejar su ropa de trabajo convertida en gruesas caparazones de tortuga, y de la lectura encarnizada de sus mamotretos de astronomía, le había dado por estudiar el firmamento a través de un catalejo antiguo que nadie supo nunca de dónde había sacado. En las noches de la pampa, cuando el viento soplaba hacia el otro lado y el campamento se veía libre de su perpetua neblina de polvo, el Astronauta, grave de ceño, con la solemnidad de bronce de los grandes astrónomos de la Edad Media, poníase a escudriñar los infinitos estadios del cosmos con un deleite increíble. Su apodo, sin embargo, no le venía de su emulación de Galileo. El mote le provenía de lo estrafalariamente gruesa y rígida que dejaba su vestimenta de trabajo. Su esquelética figura aumentaba tres veces su volumen metido en esa fortaleza de parches. Y era todo un espectáculo, a la entrada o salida de los turnos de noche, verlo moverse robóticamente, como en una caminata planetaria. Sus bototos con punta de fierro, también encallapados, convertidos en monstruosos zapatos deformes, le daban aún más el aspecto de un astronauta extraviado tanteando cuidadosamente las arenas de un mundo desconocido. Para rematar el cuadro, lo estrambótico de su figura era subrayado por una larga cadenilla de perro que sostenía en una mano (en la otra llevaba el lonchero), cuyo otro extremo, cinco metros más adelante, terminaba en un minúsculo, tierno y risible perro chihuahua.

La Reina Isabel se quedó a vivir en la Oficina. Se consiguió un camarote lo más cerca posible de su hermano y se dedicó a protegerlo y a atenderlo de manera indirecta. Tanto esmero y tantas atenciones hacia él hicieron sospechar a las demás niñas de un enamoramiento fulminante por parte de la Reina Isabel. Pero después de conocerla y de ver que su corazón era una casa abierta para todo el mundo, se convencieron de que sus cuidados y comedimientos para con el “Caballero de la Triste Costura”, como le decía el Poeta Mesana, eran nada más que acciones de buena samaritana.

Lo que más le gustaba a la Reina Isabel era ver a su hermano, los días domingo, luciendo sus flamantes ternos fuera de época. Uno diferente a cada hora del día: de color claro por la mañana; por la tarde, azul o gris, y de noche invariablemente negro o café. Como había adelgazado demasiado en el último tiempo, producto de las sopitas insípidas que él mismo se preparaba en medio del patio, el Astronauta rellenaba las hombreras de sus trajes con papel de diario para que los vestones no le colgaran como pellejo de vacuno flaco.

Una gruesa leontina de oro, con su Longines legítimo, le refulgía en el chaleco de cada uno de los trajes. De oro además eran los prendedores de cada corbata, los gemelos de las camisas y los tres anillos que lucía en cada mano. Y oro había también en su destellante dentadura postiza de uso dominical; para comer tenía otra. Remataba su elegancia ministerial un sombrero de paño que llevaba siempre levantado, el bastón con puño de plata y las anacrónicas polainas que hacían las delicias de los niños en la calle. Ministerial distinción de principio de siglo menoscabada por una sebienta bolsa de papel que cargaba bajo el brazo como la cosa más natural del mundo. De aquella bolsa de papel, como un mago de un cucurucho, el Astronauta hacía aparecer los billetes para cancelar la compra de sus verduras.

Además de preocuparse por la salud de su hermano, preparándole sus infusiones y remedios caseros cada vez que lo notaba achacoso, la Reina Isabel había tratado al principio de alimentarlo y hacer que recuperara peso. Le hacía llegar pasteles, tarros de leche, chocolates en barra o alguno de sus postres de frutas. Pero muy luego se dio cuenta de que era en vano: el Astronauta tiraba todo a la basura sin siquiera probarlo. Su tacañería malsana había terminado por transformarse en una mística manera de vivir entre ayunos y privaciones.

Pero el oficio de ángel de la guarda de la Reina Isabel no concluía en hacer de enfermera o de nutricionista. También lo cuidaba de todo el que pretendiera causarle daño o aprovecharse de su perturbación mental. Y más de una vez se la vio convertida en una salvaje fiera de ojos amarillos —ella que era toda docilidad—, defendiendo a su hermano de alguna descarada puta afuerina que pretendió hacerse la América a costa de su vesania. Constantemente también debía rescatarlo de las manos de borrachos odiosos que querían zamarrearlo sólo porque se sentían humillados de que un loco zaparrastroso, un trastornado languciento, tuviera tanta plata y se sintiera tan eminente el lunático hijo de puta, que no se dignara a dirigirles la palabra. Pero el mayor acto de defensa que llevó a cabo la Reina Isabel en favor de su hermano mayor, fue una noche de sábado, en horas del toque de queda, pocos días después del golpe.

Aquella noche, una patrulla del destacamento militar que ocupó la Oficina se aburría mortalmente. Ya se había allanado todo lo que había que allanar, detenido a todo el que había que detener, fusilado a los que se tenía que fusilar y hecho desaparecer al que irrecusablemente debía desaparecer. Y las silenciosas y polvorientas noches de la pampa se veían demasiado pasivas para sus ímpetus guerreros. Su diversión en aquellas noches consistía en darles un susto a los trabajadores que entraban en el turno de las cuatro de la mañana y, de pasadita, comerles el pan con mortadela. Agazapados detrás de las garitas de la Tarjetera, los soldados aparecían de improviso ante los trabajadores encañonándolos y pasando bala con gran estrépito. Con las manos en la nuca, los obligaban a hacer sapitos y luego les ordenaban desaparecer en tres tiempos ¡y ya van dos! Los viejos, asustados y boqueando, dejaban tirado en el suelo el cambucho del pan que, al momento de ser encañonados, llevaban somnolientamente bajo el brazo.

Aquella noche, luego de requisar algunas botellas de vino en la Cueva del Chivato, al oficial al mando de la patrulla se le ocurrió la idea (humorada la llamó él) de ir a los buques a tirarse unas putas. Eran las 3:30 de la madrugada. Despertaron de un culatazo

al sereno de una garita, le preguntaron en qué camarotes había mujeres y fueron a sacarlas a la fuerza.

Sólo encontraron a la Reina Isabel y a la Carrilana. Decepcionado con la “collera de viejas”, que hizo poner de cara a la pared y sacando culo a ver si lograban calentarlo, ordenó hacer levantar a los viejos de los diez primeros camarotes de cada corrida. “Me los traen con lo puro puesto”.

Los viejos, todos en camiseta y calzoncillos largos, temblequeaban amontonados en medio del patio. El inmutable Astronauta, a torso desnudo, se afirmaba sus afranelados con una mano, mientras la otra la apoyaba doctoralmente en la barbilla. El ebrio oficial los aporreó un rato con carreras y cuerpo a tierra, y luego los obligó a meterse a la ducha. Después, elucubrando algo más divertido frente a la estilante hilera de viejos en posición de firmes, con la lengua traposa del apestoso vinacho de la Cueva del Chivato, comenzó una perorata que quiso hacer aparecer como alocución patriótica y que al final derivó en que lo más que le llamaba la atención de esta puta Oficina salitrera era el gran número de cabros chicos jugando en las calles y la cantidad impresionante de gatos pululando en los tambores de basura; y que como para el actual gobierno los niños significaban el futuro de la patria y no se les podía andar perturbando su dulce sueño a esas altas horas de la noche, no quedaba más remedio entonces que recurrir a los lindos mininos que ahí en los buques abundaban sobremanera para divertirse un rato. Así que cada uno de los veteranos allí presentes tenía que atrapar uno de estos cuchitos y traérselo agarrado de la cola. “El primero que me llegue con un gato —dijo— se va a dormir. Los demás se me van todos detenidos”.

—¡Carrera, marr!

Los ancianos se desparramaron presurosos por la oscuridad del patio. Descalzos y afirmándose los calzoncillos, corrían cómicamente pisando en puntillas sobre la áspera caracha de caliche. A la mayoría de ellos se le había quedado su prótesis dental en el vaso con agua sobre el velador y sus ansiosos ¡cuchito! ¡cuchito!, les salían conmovedoramente gagueantes desde sus bocas desdentadas.

El primero en presentarse ante el oficial fue el Astronauta. Sonriendo de extraña manera, apareció con un gato gordo y amarillo firmemente tomado entre los brazos. Se cuadró ante el uniformado y le alargó el animal. Sus ojos erráticos bailoteaban brillantes. El oficial tomó cuidadosamente al animal, lo acarició un momento y luego se quedó mirando fijo a los ojos del Astronauta. Acercándole la cara hasta casi rozarle la quijotesca encorvadura de la nariz, le dijo calmadamente:

—¿Qué les pedí a los viejos culiaitos que me trajeran?

—Un gato, mi teniente.

—¿Y esto qué es, viejito culiaito?

—Un gato, mi teniente.

—¿Tengo cara de huevón o me han visto las huevas los viejitos culiaitos?

—No, mi teniente.

—¿Y entonces?

—...

—Para tu conocimiento, viejito culiaito —le dijo, sin apartarse un milímetro de su cara—, aunque esto tiene ojos de gato, cola de gato, bigotes de gato y está forrado en piel de gato, y hasta a simple vista parece gato, no es un gato, viejito culiaito. ¡Es una gata! Levantó entonces al gato tomándole dos patas en cada mano y comenzó a sacudirlo por sobre su cabeza, como esos cantores de lota revolviendo y haciendo sonar el tarro con los números.

—¿Ves como no le suenan los cocos, viejito culiaito? Además, me parece que dije que lo trajeran de la cola —gritó enfurecido.

Cuando le lanzó el animal por la cara y la sangre de un arañazo comenzó a correr roja por la mejilla del Astronauta, la Reina Isabel saltó hecha una fiera por entre los concriptos y sin emitir un solo insulto —salvaje pantera muda— hundió también sus largas uñas pintadas en el rostro rubicundo del joven militar.

El soldado que le propinó el culatazo en el hombro, la comenzó a patear furiosamente en el suelo mientras los demás pasaban balas y apuntaban nerviosamente a los ancianos.

El episodio pudo terminar de peor manera si en ese momento no empieza a sonar el largo pito de las cuatro de la mañana que despertaba a los que entraban de turno a esas horas.

El agudo silbido de la sirena hizo iluminar varias ventanas y abrir otras tantas puertas de los camarotes. El soldado se contuvo de seguir golpeando a la prostituta y el teniente, con la pistola en una mano y un pañuelo en la otra, limpiándose la sangre de la cara, ordenó a sus soldados retirarse.

Después de ese episodio, el Astronauta había comenzado a empeorar en sus desvaríos. Encaramado en su atalaya de durmiente, le dio por hacer grandes e inverosímiles descubrimientos estelares. No había noche en que no descubriera algún nuevo cometa, alguna constelación inédita o el nacimiento de una estrella “conspicuamente brillante y nunca vista antes de nuestro tiempo, en ninguna época desde el comienzo del mundo, en esas azules pampas que conforman el inconmensurable universo de Dios”, declamaba rabiosamente eufórico, sin quitarse el catalejo del ojo. Con la humildad de los grandes hombres de la historia, jamás usó su nombre para bautizar sus increíbles hallazgos en la esfera celeste. Sus esotéricos catálogos y cartografías estelares, trazados en papel de mantequilla, lo conformaban astros gloriosamente bautizados con los más famosos apodos de las niñas de los buques. En sus mapas figuraban puntos con nombres como “El Cometa de la Flor Grande”, “La Estrella de la Malanoche”, “El Asteroide de la Reina Isabel”, “La Constelación de la Cama de Piedra” o “La Refulgente Estrella de la muy benemérita Chamullo”.

Y aunque tampoco después de la peripecia con los militares dio señales el Astronauta de reconocer a la Reina Isabel como su hermana, y le seguía aceptando sus atenciones con la indiferencia helada de un asilado psiquiátrico ante la asistencia de una hermana de la caridad, su actitud al enterarse de su muerte no dejaba de ser extraña. Lo que más inquietaba a todos era su reacción de escaparse a la pampa. De sobra se sabía que las innumerables tragedias que coronaban la historia de las oficinas salitreras —como una triste corona de botellas rotas—, todas habían comenzado o terminado con escapes a la pampa.

12

Así no más pues, paisitas, tal cual les digo. En todos estos sitios pelados en medio del campamento aparecieron, así como quien no quiere la cosa, al día siguiente no más de ser demolidas las corridas de casas, férreos arcos de fútbol de exactas medidas oficiales.

Sabedores de nuestra apasionada afición al fútbol, daba la impresión que nos querían aguachar con campos de juego. Pero ya por esa época ni siquiera el fútbol lograba agujinearles el ánimo a los viejos. Además, las palomas habían diezmando también las planillas de los clubes y los lánguidos partidos de los domingos, con siete u ocho jugadores por lado, sin guardalíneas y con las graderías del estadio totalmente desiertas, no eran ni la sombra de aquellos memorables partidos de antaño. Lo mismo ocurría con las pichangas; no se parecían en nada a las de los viejos tiempos. Yo me acuerdo de aquellasgrandiosas pichangas que en las tardes infinitas de la pampa de antes se armaban cada día en las oficinas. Vitales, necesarias, benéficas pichangas aquellas, paisanitos. Si me parece verlas todavía.

Por un lado estaban las pichangas de nunca acabar de los niños. Desaforadas pichangas jugadas a pampa rasa, con pelota de trapo y a patita pelada (los hijos de empleados eran obligados a quitarse los zapatos y a ponerlos sobre los morritos de tierra que marcaban los arcos). Estas largas pichangas febriles se concertaban a dos tiempos de mediodía cada uno, con sólo un breve intervalo para almorzar de carrerita y nada más. Y para no perder tiempo en discusiones estériles se acordaba toda la pampa como cancha. Me acuerdo de la entrañable pelota de trapo; toda una obra de artesanía popular. Se confeccionaban con una de esas ampulosas medias de la mamá (las de calcetines eran para niños más chicos). Se rellenaban preferentemente con trozos de prendas de lana metidas a presión. Una vez rellenas y redondeadas, se procedía a rematarlas no con una amarra cualquiera, ¡no señor!, sino con un impecable nudo poto de gallina; finísimo remate de creación anónima que, lo mismo que el último verso de un soneto redondo, les confería a estas hermosas pelotas categoría de obras de arte. Y niños hubo que yo conocí, paisitas (me acuerdo ahora del Fosforita), que en esto de la confección de pelotas de trapo se merecieron, lejos, el Premio Nacional de Arte. Si hasta bote daban esas pelotas preciosas que los barrabases de entonces llegaban a dominar técnicamente como si se tratara de las mejores esféricas profesionales. Tan diestros eran aquellos niños en el manejo de este balón de trapo, que era una maravilla verlos cachañar a pies desnudos sobre los erosionados terrenos calichosos sin sufrir la más leve magulladura. Y les voy a decir que esas desmedidas pichangas a pampa traviesa terminaban solamente al caer la noche, y siempre y cuando no hubiera luna. Porque en las noches de luna llena, estos ángeles infatigables continuaban jugando impertérritos hasta que, ya alta la noche, un grito de espanto —nunca se sabía quién había gritado— anunciaba la aparición de La Llorona o de La Viuda Negra, las dos ánimas más temidas de aquellos tiempos. El desbande en resollante estampida de pavor no paraba entonces sino hasta el mismo dormitorio del hogar de cada uno, olvidándose por completo de los zapatos nuevos (los hijos de empleados) puestos sobre los morritos de tierra de los arcos.

Por otro lado, en la cancha oficial, estaban las monumentales pichangas de los grandes. Esas sí que eran pichangas, paisitas. No como las pichanguitas cagonas que en el último tiempo lograban armarse a veces en la Oficina y que en verdad daban ganas de llorar. Las pichangas que yo les digo, las tumultuosas pichangas de antaño, se armaban sagradamente todos los días, inmediatamente después del lonche. En la mayoría de las oficinas las canchas estaban ubicadas en las afueras de los campamentos, en plena pampa. Eran rayadas con salitre, a carretilla y pala, y casi todas carecían de un cierre que las protegiera del feroz viento tardero. Y en estas verdaderas trifulcas deportivas, en donde a veces se llegaba a juntar una tracalada de hasta cuarenta animales por lado, jugar contra el viento del desierto, les voy a decir, lindaba sencillamente con lo heroico.

Pero era lindo ver a los jugadores arribando a la cancha desde todas las bocacalles del campamento terminando aún de comerse el pan con mortadela. Me acuerdo clarito que los cracks, los buenos para la pelota, llegaban vistiendo de corto, con sus impecables zapatos recién empuentados y sus aceitosas cabelleras embrillantadas sujetas con multicolores mallas elasticadas. Llegaban haciendo preciosismos con la pelota, ejecutando elongaciones de profesionales o dando innumerables vueltas alrededor de la cancha, en un sobradar trote de pasitos cortos. En cambio, nosotros los malitos, los deportistas por puro entusiasmo, los que no la dominábamos ni con una pita, según ellos, llegábamos a la cancha de alpargatas o con los calamorros punta de hierro. La mayoría se presentaba en ropa de trabajo y luciendo en la cabeza, en vez de la colorida malla de elástico, un simple pañuelo de narices con un nudo en cada una de sus esquinas. A medida que los jugadores iban llegando, se iban amontonando en cada uno de los arcos, a ejecutar tiros libres, ensayar penales o cabecear centros. Y les voy a decir que para cabecear esos antiguos balones de fútbol, de costuras engrasadas y duros como piedra,

había que ser bien machito para sus cosas. Porque si se tenía la mala suerte de cabecear esas pelotas justo en la rajadura por donde se les metía el black y se amarraba el pituto, se quedaba con la lienza dolorosamente marcada en la frente, y, según la potencia del disparo, sangrando como un Cristo recién coronado. En cuanto no más se juntaba el contingente necesario para armar la pichanga, los dos mejores cracks ahí presentes, elegidos tácitamente como capitanes, se congregaban en el círculo central para conformar los equipos. Con la primitiva fórmula de la piedrecita escondida en una mano, echaban en suerte para ver quién comenzaba a elegir jugadores, cuestión esta que se hacía alternativamente, uno y uno. Y les voy a decir que ser elegido en primeras aguas por uno de estos astros era motivo de orgullo y público reconocimiento frente al resto de los jugadores (era algo así como la primera seña para ser nominado a la selección local).

Cuando uno de los dos equipos quedaba en evidente desventaja en cuanto a la calidad de sus integrantes, se acudía a la fórmula de canjear lotes de dos o tres malitos por uno de los buenos (fórmula siempre humillante para nosotros los malitos, claro) y de este modo, terminada la repartija, se procedía a esa otra ceremonia —también con una piedrecita— que era elegir arco o pelota. El ganador siempre elegía lado. Había que salir jugando a favor del viento. Y es que la mayoría de las veces, en la confusión y el fragor de la pelotera descomunal, simplemente se olvidaba cambiar de lado. Todo esto porque a los pocos minutos de haber comenzado la pichanga, a medida que iban llegando nuevos jugadores y se iban integrando sin orden ni concierto a echarle para arriba o para abajo, según se les antojara, y porque, como les digo, cada tarde llegaba a juntarse una garuma de más de cuarenta por lado, la pichanga se convertía en una tole-tole en la que nadie entendía nada. Metidos en medio de esa majamama, echando los bofes corriendo detrás de la pelota, fácilmente se podía pasar la tarde entera sin poder hacer siquiera un miserable saque de costado. A uno como yo, paisitas, que no le pegaba mucho al coco, le podía llegar a salir patilla esperando recibir un pase. Muchas veces en la cantina oí a viejos lamentarse de llevar más de catorce pichangas al hilo sin tocar una sola vez la maldita pelota. Así era de grande la confusión y el bochinche que se armaba. Y como en estas verdaderas batallas campales las llegadas a los arcos podían demorarse su buen rato, los arqueros, mientras tanto, para no morir de hastío o de melancolía, se entretenían con sus defensas armando en sus arcos sus propias pichanguitas aparte.

Estas pequeñas y entretenidísimas pichangas en los arcos, satélites de la pichanga madre, eran interrumpidas sólo de tarde en tarde, cuando alguien gritaba a todo pulmón: ¡Allá vienen! Y lo que venía, paisanitos lindos, se los juro por Dios, más que un simple avance del equipo contrario, era, a contar por la polvareda y la cantidad de atacantes, o una carga de caballería cerrada o una estampida de bisontes salvajes o un estrepitoso y espectacular ataque de indios de esos que, semana a semana, sin faltar por nada del mundo, seguíamos apasionadamente en las seriales del biógrafo. Por supuesto que esas barbaries no aguantaban árbitro alguno. Las faltas las sancionaban los jugadores mismos y sólo cuando eran demasiado alevosas: cuando la víctima era prácticamente fracturada o quedaba hecha pebre en el suelo y sangrando tan visiblemente que no se podía discutir la gravedad del foul. Así que metido en esas trombas humanas les repito que había que ser bien gallo, tener bien puestos los cojones para atreverse a tocar la pelota siquiera en un puntazo de rebote.

Cuando comenzaba a oscurecer y la pelota era apenas el ánima difusa de una circunferencia yendo de un lado a otro, alguien gritaba: ¡último gol gana!, y ahí sí que te quiero ver, dijo Quevedo, porque en ese mismo momento quedaba la pelería. El último gol se venía a hacer de cualquier manera. La sombra redonda era empujada dentro de un arco cuando en medio de la trifulca el arquero ya no se veía las manos y sólo se guiaba por los gritos, los resuellos de cansancio y el nítido entrechocar de los huesos de las canillas.

Después, mientras los jugadores se dispersaban silenciosos por distintas entradas de calle hacia las luces tristes del campamento recortado contra los últimos rescoldos del crepúsculo, se podía percibir a más de una pareja trezada a puñete limpio por una mentada de madre fuera de tiempo o un puntapié con bototo dado en la medallita un segundo después del gol.

Así eran las pichangas de aquellos tiempos, paisitas. Y algunas de ellas incluso llegaron a hacer historia en la pampa. Yo me acuerdo de una fenomenal que se armó una vez en la oficina Astoreca. Fue para una de las huelgas. Duró exactamente seis horas y treinta y dos minutos. Me acuerdo clarito porque a alguien del sindicato se le ocurrió tomar el tiempo. Los trescientos ochenta y dos trabajadores de la Oficina tomaron parte en ella, mientras el resto de la población, que llegaba a cerca de quinientas personas, animaban y hacían barra desde el borde de la cancha. Durante su desarrollo, los jugadores entraban y salían como Pedro por su casa, se tiraban desfallecientes a descansar en el círculo central o se paraban a discutir de pega en las entradas de área en un solo y gran desorden. En un momento llegaron a contarse setenta y dos viejos por lado. Hasta huasos que en su perra vida no habían pateado una pelota se metieron a la cancha aquel día llevados por el entusiasmo y la suave garuga del día invernal, que se prestaba maravillosamente para correr. Gordos, asmáticos, jorobados, cojos, suncos y tuertos participaron de la pichanga. Hasta a un viejo calichero que había perdido una pierna en un accidente, se le vio en el revoltijo tratando de darle a la pelota con una de sus muletas de palo. Algunas mujeres entraban con jarradas de ulpo a tratar de reanimar a sus maridos que caían a tierra cortados de cansancio. El resultado final fue un fragoroso cero a cero.

Pero aquella pichanga se hizo famosa en la Oficina porque fue tal la tole-tole en la cancha aquella vez, que un tiznado (por asunto de mujeres, según se dijo después), en medio de la batahola le clavó un cuchillo en el corazón a un patizorro y nadie se percató de que había un muerto en la cancha, sino hasta media hora después de finalizado el partido.

Así de fanáticos éramos los pampinos para jugar a la pelota en aquellos tiempos, paisitas. Pero, como les digo, por la época en que en la Oficina comenzaron a aparecer todas estas canchas fantasmas en medio del campamento, ya nadie, de los pocos deportistas que iban quedando, se entusiasmaba en armar alguna pichanguita por las tardes.

Ya no había ánimo para nada. Ni siquiera para jugar a las cabecitas en la puerta de la casa. Nos llevábamos todo el día sentados en la plaza o vagando por los alrededores del estadio contando los jotes que sobrevolaban y se posaban impávidos sobre las desiertas graderías. Las tiñosas palomas de la muerte habían acabado con todos los equipos de la Oficina. No habían respetado ni siquiera a esos legendarios viejos cracks que alguna vez, vistiendo la gloriosa camiseta de la selección, habían hecho morder el polvo de la derrota (y pelado las rodillas) a los más pintados equipos capitalinos ¡Qué mierda, paisitas!

13

No había transcurrido todavía media hora desde que se descubriera la desaparición del Astronauta, cuando ya la Ambulancia y la Chamullo habían logrado reunir una cuadrilla de búsqueda de once integrantes, siete hombres y cuatro mujeres (algunos de los hombres engrupidos por la Chamullo y otros conminados por la Ambulancia). Muy a pesar suyo, se disculpó resignada la Ambulancia, ella no podría ser de la partida porque alguien tenía que quedarse a cargo del velorio; y porque, además, la opulencia magnífica de su cuerpada, dijo mostrando en una media vuelta toda la enormidad de su talle, le impedía participar de aventuras tan movidas como aquellas.

Exceptuando a la Chamullo, las otras tres mujeres se habían unido al grupo a última hora. La Poto Malo, agria prostituta de andar amampatado, que apenas se había dejado ver por la capilla ardiente un rato después del almuerzo, y que no había participado en la toma de la iglesia, se integró a la tropa de refilón y sin saber muy bien de qué se trataba el asunto. Y ya cuando todos en la puerta de los buques se aprestaban a partir, había aparecido la Cama de Piedra en compañía de la Pan con Queso. La filibustera Cama de Piedra llegó rezongando furiosa que eran todos unos condenados hijos de mala leche. Que por qué demonios no se le había informado a ella de la búsqueda; que aunque personalmente pensaba que eran demasiadas molestias las que se estaban tomando por la suerte de un pobre chiflado como el Astronauta, de todas maneras ella, la Cama de Piedra, no podía quedar al margen de tal peripecia. Y con grandilocuentes ademanes de heroína de cómic, prosopopéyica, a punto de exclamar ¡rayos y centellas!, comenzó a arengar al pelotón diciendo que en casos como aquellos cada minuto que se ganara era precioso como una pepita de oro; que lo mejor en esa clase de operaciones era rastrear el terreno marchando en abanico, que debían probar todos sus linternas antes de partir y que la Poto Malo tenía que ser tarada la pobrecita para pensar en ir a meterse a la pampa de taco alto y minifalda.

Después exhortó que ya estaba bueno de palabrería y que había que ponerse en movimiento pero ¡ya!, antes de que se hiciera más tarde.

Los hombres que conformaban la cuadrilla eran en su mayoría viejos de la mina, y todos, además de llevar su respectiva linterna a pilas, se habían puesto sus calamorros de trabajo y la chomba más vieja que tenían; algunos se calaron la coipa de lana con que subían a la mina en los turnos de noche. Los más conocidos entre ellos eran el Tococo y el Cura, y un hombrecito desperdido de mente al que las niñas llamaban viejo huachuchero y que lucía una perfecta tonsura de santo y grandes orejas triangulares. Mordisqueando un palito de fósforo, el viejo reía con esa diablura de niño aficionado a las barrabasadas y llamaba chimberas a las prostitutas. Sus ademanes nerviosos y las arrugas de su piel cenicienta le daban un aspecto de lagartija.

Al pasar frente a las ruinas del sindicato quemado, se les ocurrió pasar a revisar el interior de los murallones. “Por si las moscas”, dijo la Chamullo. Mientras revisaban entre los escombros requemados, el Cura —que debía su apodo a su litúrgico modo de modular y mover las manos— recordó algunos pormenores del incendio (él había ayudado a combatirlo). Había ocurrido la noche de un día en que la mitad de la población de la Oficina había bajado al puerto de Antofagasta a celebrar en una gigantesca concentración el segundo aniversario del doctor Allende en la presidencia. El sindicato había quedado desguarnecido y, a la medianoche, se había declarado el incendio cuyos resplandores iluminaron todo el perímetro del campamento. Las investigaciones posteriores no aclararon nunca si el siniestro había sido por accidente o provocado intencionalmente. Uno de los hombres que trataron de salvar algunos enseres, entre ellos una gran cantidad de máquinas de coser de la Academia de Modas que operaba en la sede sindical, quedó atrapado entre las llamas y murió carbonizado. Cuando, pasada la medianoche, venía llegando la caravana de buses de Antofagasta, el sindicato ardía por sus cuatro costados.

Dentro de las derruidas paredes ennegrecidas no se halló ningún rastro del Astronauta. Los expedicionarios salieron en silencio y subieron la pequeña loma existente inmediatamente detrás de las ruinas. Al frente se alzaba el paredón de la torta de ripios de proporciones ya gigantescas, y hacia la izquierda se extendía toda la vastedad de pampa que un par de ojos humanos podía abarcar a simple vista. Al fondo de esta llanura, recortados difusamente contra la luz de una luna recién emergiendo, se alcanzaban a divisar, azulinos, los contrafuertes calameños. Si la pampa bajo el sol de mediodía es algo alucinante, de noche se vuelve fantasmal y misteriosa. Y esa transfiguración se hace sensible y evidente sobre todo en las noches de luna. Y aquella noche aventurera la luna

nacía grande, grávida, magnética. Al contemplar aquella grandiosidad sobrecogedora de la pampa, iluminada por una luna sonámbula que ella nunca había advertido tan cerca ni tan sobrenatural, la Pan con Queso sintió un vago estremecimiento de pavor; simplemente se le encogió el corazón. De niña le había tenido terror a la soledad y eso que se veía delante suyo, extenso, silencioso, latente, no era ni más ni menos que el propio planeta de la soledad.

Angustiada, casi a punto de soltar el llanto, dijo que quería devolverse. Los viejos se mandaron a reír; la Cama de Piedra, con un mohín despreciativo y escupiéndolo por el colmillo, la trató de cobarde. “Eres una cochina desertora”, le dijo. Por su parte, la Chamullo la abrazó solícita y le dijo que no se preocupara, que lo mejor era que se volviera a cooperar en el velorio. Uno de los viejos la encaminó un trecho de vuelta.

Paralelo a la gran torta de ripios, el grupo se fue internando en la inmensidad de la noche. Por instrucciones del Tococo, un minero afable y rechoncho, de redonda cara colorada, que por haber trabajado de topógrafo en su juventud conocía los peligros de la pampa, se abrieron en parejas que no debían apartarse una de otra más de cincuenta metros, y tampoco avanzar demasiado como para perder de vista las luces del campamento. “La pampa es fregada”, dijo. Demasiados casos y leyendas corrían en torno a escapados o perdidos por esas desérticas soledades. Entre las desapariciones más extrañas, se contaba la de dos niños de la Oficina, de cinco y seis años de edad, que luego de tres días y tres noches perdidos en la pampa y tras una angustiosa búsqueda (el campamento completo se había echado a rastrear la pampa), aparecieron al tercer día sanos y salvos, frescos casi, en las peligrosas profundidades de las canteras de la oficina Vergara, distante veinte kilómetros. Los niños llegaron a sus casas contando eufóricos de unos abuelos vestidos con túnicas blancas que los habían llevado de la mano, los habían alimentado y dado de beber; además, habían jugado con ellos durante todo el tiempo de su desaparición. Y uno de los últimos casos ocurridos había sido el del Burro Chato, un hombrecito indigente, de no más de un metro cuarenta y cinco de estatura. Este personaje había sido famoso en los buques de la Oficina por el tamaño de su verga descomunal, la que exhibía para ganar apuestas de cervezas en los ranchos y fondas del campamento. Una noche, escapando de los carabineros, luego de un affaire con una niña de los buques, se había internado en la pampa y desaparecido para siempre.

Cruzando terrenos trabajados, haciendo crujir la costra calichosa bajo sus pies, los grupos expedicionarios avanzaban alertas y silenciosos. Las mujeres, a ratos, como para emerger de ese silencio abismal que las oprimía, llamaban a grandes gritos al Astronauta. Ni siquiera la noche les respondía. Ningún rumor de hojas, ningún frotar de élitros, ningún batir de alas, ningún crujir de ramas inquietaba la telúrica noche pampina. Sólo el silencio y la luna. Y la luna, iluminando ya un terreno revenido de sales fungosas, ya una extensión de pampa cuarteada por la humedad de las camanchacas, ya un suelo de piedras rebanadas en filudas lonjas quebradizas, le prestaba a la noche y al silencio un fulgor onírico de liendre.

Pese a su redondo foco, que hacía casi inútil la luz de las linternas, no se daba con ningún rastro del Astronauta. Después de dos horas de lenta caminata, y habiendo traspuesto ya la huella que unía a la Oficina con la Ruta Panamericana, los buscadores decidieron reagruparse a descansar un rato. Sentados algunos en un bolón de caliche y otros acucillados, encendieron sus cigarrillos que aspiraron a grandes bocanadas. Las tres mujeres, luego de sacarse algunas piedrecillas de los zapatos y con sus puchos aún a medio consumir, se concertaron cuchicheando para ir a orinar. “Vamos y volvemos”, dijeron, perdiéndose luego en un desnivel del terreno, veinte metros más allá. El viejo de las orejas geométricas, cuya tonsura brillaba a la par con la luna, nacido y criado en la pampa, al ver a las mujeres alejarse tomadas de la mano, comentó con su risita infantil que aquello le recordaba cuando en las oficinas antiguas, carentes de servicios

higiénicos, las viejas se juntaban en patotas en las noches para ir a mear a la pampa. De ahí, dijo, había nacido el conocido dicho “donde mean las viejas”, para referirse a un lugar no muy distante.

El Cura, que mientras fumaba no había dejado de contemplar la luna, dijo que ésta, a propósito de pampa antigua, le recordaba las fichas de la oficina Alemania. Que así eran de grandes, parecían medallones. “Si andaban por ahí no más con los tejos”, dijo. Y didáctico, entrando más en detalle, agregó que la mayoría de esas fichas era de ebonita y hubo algunas que llegaron a medir hasta 70 milímetros de diámetro.

—Hablando de fichas —dijo uno de los viejos—, yo conocí las de la oficina Cala Cala, que están consideradas como las fichas más hermosas de la pampa.

—El dueño de la oficina las mandaba a acuñar a París —dijo el Cura—. Eran de níquel. Y por el reverso aparecía grabado el hermoso perfil de su hija. Eran unas verdaderas joyas. Había también otras, de aluminio, en que por una de las caras traían veleros, coronas y flores de lis. Para qué les digo, paisitas, que en comparación con las fichas de otras oficinas, éstas eran verdaderas obras de arte. Si en algunas oficinas de las más pobres llegaron a circular fichas de género y hasta de cartón. Yo tengo un amigo que tiene varias de esas. Es profesor. Me ha mostrado algunas que dicen: “Vale por una libra de carne”, “Vale por un hectolitro de agua”, “Seña por dos panes”.

—Yo no sé si será cierto —terció el viejo de la tonsura de santo—, pero he oído decir que en algunas oficinas llegaron a circular fichas para pagar a las chimberas. Me han contado de una que dice “Vale por una noche”.

—A lo mejor —respondió sabihondo el Cura—. Lo que sí les voy a decir es que en algunas oficinas, además de fichas, que las había de todos tamaños y formas: circulares, cuadradas, ovaladas, rectangulares, hexagonales, etc., circularon también vales. Y para hacer estos papeles más alegres a la vista de los pobres viejos de esa época, estos cabrones los adornaban con figuras de ángeles rodeados de estrellas y otras alegorías por el estilo.

El Cura había empezado a agregar algo sobre las injusticias que se cometieron con estos adminículos maquiavélicos, que se podían gastar sólo en la Oficina que los había emitido y que para cambiarlos cobraban un porcentaje, y estaba contando el caso muy común de personas a las que les daba por ahorrar y juntar sus fichas y de pronto la Oficina paralizaba sus faenas sin previo aviso y los pobres viejos se veían con sus montones de fichas ahorradas convertidas en simples trozos de caucho sin valor, cuando un agudo grito de mujer interrumpió la charla. Enseguida aparecieron las tres niñas, muertas de la risa. La Cama de Piedra y la Chamullo traían casi en andas a la Poto Malo. Ésta, que sólo había alcanzado a cambiarse sus zapatos de tacones altos por un par bajo, maldiciendo la hora en que se le ocurrió venir a meterse a la pampa, se quejaba de que se había caído al agua.

Entre las diversas contexturas que presenta el suelo del desierto (superficies arenosas, terrenos ásperos o extensiones cubiertas, ya de piedras grandes como bloques de catedrales o de millares de pequeños guijarros que dan la impresión de uniformes cositas puestas con la mano), se encuentran unas pequeñas pozas de un polvillo finísimo, conocido en la pampa como chuca, y que es de una densidad tal que llega a parecer metal líquido, como el azogue. Y era en una de estas extrañas pozas que se había caído la Poto Malo. Y no era extraño que hubiese sido justamente ella la accidentada; en los buques se comentaba insistentemente que la Poto Malo tenía la pava, siempre le andaban ocurriendo cosas.

Después de la ráfaga de hilaridad, se decidió continuar la búsqueda, pero ahora irían todos juntos y haciendo un viraje hacia la izquierda para no alejarse demasiado del campamento. Más allá, hacia el frente, quedaban la oficina Vergara y el cementerio, en donde al día siguiente sepultarían a la Reina Isabel; la Oficina carecía de camposanto.

“Haremos un recorrido en U para aparecer más o menos por el cerro de la Viuda”, dijo el Tococo.

Durante esta parte del trayecto, ante la obvia experiencia del Tococo, la Cama de Piedra abandonó su pose de capitana y caminaba sumida en un huraño mutismo. Pero hacía rato que se iba fijando en que el viejo de las orejas de triángulo no cejaba de llevarse las manos a las verijas. En un provocador arranque de fanfarronería, como para recuperar un tanto el terreno perdido, le lanzó una bravuconada.

—¡Por los clavos de Cristo —le dijo—, deja de una vez por todas de manosearte las huevas!

El viejo, que tenía cartel de taller, que en su juventud había formado parte de la famosa murga Harry Roy y que fuera varias veces Rey Feo en las Fiestas de la Primavera, tomado de sorpresa por la Cama de Piedra, no hizo más que pelar apenas sus dientes nicotinosos y esbozar una sonrisa opaca.

Al verlo apequeñado, la Poto Malo quiso aprovecharse de la situación y, como para rematarlo, exclamó ufana:

—¡A lo mejor el viejo huachuchero es hermano del Caballo de los Indios! —Y se echó a reír a grandes espasmos. Como nadie le siguió la corriente, paró de reír de golpe y se abroqueló de nuevo en su acostumbrada agrura.

La Chamullo, versada como nadie en lo referente a los temas sexuales (poseía toda una colección de revistas Luz), terció en defensa del viejo. Como toda una experta técnica en el asunto, explicó, doctoral e ilustradísima, que en realidad el problema del caballero era una enfermedad llamada peotilomanía, nombre con que el léxico de la sexología designaba el tic de llevarse repetidas veces, inconscientemente, la mano a los genitales para tocárselos o hacerse un pequeño pellizco. “Se interpreta también como falsa masturbación”, dijo.

—¡Qué falsa masturbación ni que ocho cuartos, este viejo es un pajero con todas sus letras y punto! —bramó la Cama de Piedra.

Entretanto, uno de los viejos sin apodo, de cuerpo un tanto contrahecho (un tronco demasiado corto para sus piernas largas; tanto así que la correa del pantalón parecía quedarle a la altura del pecho), se le había pegado al Cura, y con un aire de misterio le preguntaba si acaso él sabía algo que se contaba de la oficina Alemania, donde había existido un sector de la planta vedado para los chilenos, una especie de laboratorio químico al que, además, tenían acceso sólo algunos alemanes. El Cura, con su característica voz de homilía, y adoptando un tono confidencial, le dijo que aunque eso había llegado a convertirse en una especie de leyenda, él creía firmemente que así no más era. Que ahí, en esos laboratorios secretos, se habían llevado a cabo los primeros experimentos para crear lo que luego vendría a ser la ruina de la industria salitrera nacional: el salitre sintético.

Cuando llegaron al cerro de la Viuda, la luna ya estaba alta y había empequeñecido. De nuevo se sentaron todos a fumar. Desde la pequeña cima se abarcaba visualmente casi todo el campamento. Las mujeres le preguntaron al Cura si él sabía por qué a esa pequeña loma la llamaban el cerro de la Viuda.

La leyenda, de ribetes más bien melodramáticos, había sido recopilada y escrita por su amigo el profesor, que en verdad era el que lo proveía de todos los conocimientos históricos sobre la pampa de que él hacía gala. Este profesor, que por su aspecto de pajarito apodaban el Piolín, además de recopilar leyendas, historias y testimonios orales de viejos pampinos, en sus fines de semana recorría las ruinas de las oficinas viejas desenterrando verdaderas reliquias de la pampa antigua. Su sueño era llegar a formar algún día una especie de Hermandad de la Pampa, una cofradía que se preocupara de rescatar y preservar el pasado histórico salitrero. La leyenda decía que un joven matrimonio de los primeros tiempos de la Oficina, acostumbraba ir por las tardes a

contemplar la puesta del sol a la loma del cerro. Desde allí, sentados amorosamente, miraban además la enorme estructura de acero del edificio de la Granuladura, lugar de trabajo del hombre. Junto al edificio se alzaban también las tres grandes usinas, siempre humeantes. “Si algún día muero, ven a sentarte a este lugar y yo vendré a saludarte en las volutas del humo”, le decía él, grave y premonitorio. Después del accidente en que perdió la vida, su viuda, rigurosamente vestida de negro, sumida en una locura de amor y desolación, se iba a sentar todas las tardes en el cerro a contemplar las gigantescas chimeneas industriales. En las volutas de humo decía ver dibujado el rostro moreno de su marido que cada tarde llegaba a besarla. Una mañana la encontraron muerta en su atalaya. Estaba sentada en la tierna y milenaria posición de las momias atacameñas, los ojos abiertos y su mirada sin vida clavada dolorosamente en dirección a las usinas. Según se comenta entre las vecinas que van de romería al lugar, a veces, en las tardes, cuando sopla el viento sur, el humo se viene en dirección del cerro y baja hasta besar dulcemente el lugar en que se sentaba a esperar la viuda.

—¡Pucha máquina, qué triste! —comentó emocionada la Chamullo.

Pero lo que ellos ahora veían claramente desde el pequeño promontorio no era el humo amante de las grandes chimeneas, sino la inmensa polvareda cerniéndose apestosamente sobre el campamento. Lo curioso es que desde allí se observaba claramente que la nube de tierra cubría nada más que el sector del campamento B. La Chamullo dijo que alguna vez a ella le habían contado que el polvo, como un niño bien enseñado, no se iba a meter jamás por los chaleses de los gringos; ella no lo había creído.

—Ahora veo que es la purita verdad —dijo.

Desde el pequeño promontorio del cerro de la Viuda se veía claramente la neblina de polvo transmigrada de la luz de la luna, y bisectada como por un bisturí, marcando una estricta línea divisoria entre el campamento B y los altos recintos del Americano, cubriendo sólo las tristes hileras de casas de los obreros.

—En verdad, estos gringos de mierda se las traían —escupió la Cama de Piedra.

Y retomando por fin la voz cantante, dijo que ya era hora de regresar. Antes de echar a andar a grandes zancadas, rezongó que a lo mejor el tañado del Astronauta a esas horas de la noche se estaría cagando lindamente de la risa a costillas de ellos, echado sobre su cochino catre de tarros.

14

Rubia, pequeña, delgada, en cuanto la vea la va a reconocer, ganchito, con un lascivo alfiler en sus ojos verdes y una gran risa de puta feliz. Una risa ancha, prolongada, flotante, toda ornada de flecos y del mismo color de azafrán de su colcha magnífica; exuberante colcha (de puta feliz) que nunca deja de alisar prolijamente entre polvo y polvo. (Entre cópula y cópula, dice ella, que para darle un barniz científico a su discurso erótico se la lleva espigando la nomenclatura sexual de una muy cuidada colección de revistas Luz, empastada y todo). Son las siete de la tarde —día de pago—. Frente a su gran espejo ovalado, ese espejito sí que le va a gustar, gancho, se da los últimos toques de colorete, repasa el rojo carnaval de sus labios de mimo y se signa el revés de las orejas con dos gotas más de su agobiante perfume. De manera casi ritual, tanteando unos pasitos de baile por la estrecha pista que ofrece su camarote, comienza a ceñirse sus coloridos collares de vueltas, sus aretes, sus pulseras, sus dijes, y todo un tintineante paramento de fantasías. Con el brillo de los oropeles reluciéndole recargado contra su transparentísimo baby doll negro, casi ilusorio, melindroso de encajes y vuelitos calentones, se entarima sobre el charol aceitado de sus altos tacones de aguja y ya está

lista. Lista, preparada y dispuesta. Pero no para comenzar a ocuparse como tan abyectamente dicen —y hacen— las demás niñas de los buques.

No, señor. Ella está lista, preparada y dispuesta para gloriosamente salir a escena, para deslumbrantemente dar inicio a una nueva función de la magistral obra —drama y comedia a la vez, opereta y epopeya a la vez— creada, dirigida y actuada por ella misma; interpretándose ella misma.

Dicen que antes de aparecer por estos lados, su nombre de guerra (su “seudónimo artístico”, dice ella, pronunciando graciosamente la p) era algo así como “La Gitana de Oro”.

Lo cierto es que en su primer día de ejercicio profesional en los camarotes de los buques pampinos, los lacónicos pero rotundos viejos de la mina le estamparon, sin vuelta, el poco delicado sobrenombre que ahora lleva. “La Chamullo” le pusieron, gancho, los viejos chuchones y ponenombres de la mina. Apodo más bien prosaico para granear la verba y la teatralidad sublime de esta verdadera histrionista del amor; espectacular artista del orgasmo fingido, que ha llegado a convertirse en una de las más celebradas prostitutas de las salitreras.

En el reducido ámbito de su camarote-teatro sobresalen como muebles en perspectiva su muy envidiada cama de dos plazas (único ejemplar en todos los buques), la mesita de noche sobre la que descansa el tocadiscos y una mesa cuadrada, como de boliche, de color verde nilo. Esta mesa, desnuda de mantel y con solamente dos sillas, acomodada inmediatamente hacia los pies de la cama, es lo único del mobiliario que pertenece al dueño de pieza, un viejo molinero, ya silicoso en tercer grado, que trabaja por turnos y con el cual convive a la manera pampina: él le facilita la habitación para ejercer y ella, a cambio, le lava las cotonas y le reconoce el derecho a pernada en las dos o tres veces por mes que el fuelle de los pulmones enfermos del viejo se lo permite.

Adosado a la pared de enfrente a la que se arrima la fastuosa cama, hay un mueble construido de madera bruta que hace las veces de tocador, en cuya repisa de abajo se asoman blancas, enlozadas, castas aves cohibidas, el pichel y la palangana de las abluciones genitales, como se deleita en decir ella. Instalado sobre este mueble, apoyado contra el único muro de la habitación al que se le aprecia su color vagamente rosa (los demás están todos empapelados de mujeres desnudas), descuella impávido, concupiscente, veteranamente cabaretero, el vetusto espejito de medio cuerpo que pese a su ya amarillenta luna hace las delicias de sus parroquianos. Ellos no se cansan de admirar el tallado en relieve de su macizo marco de madera, en donde gráciles ninfas de mohínes impúdicos, en una ovoidal ronda, danzan empaladas en los miembros grotescos de sátiros con barbas y patas de chivo. Este sicalíptico espejito, más su colcha de raso azafranado, son herencia de una legendaria tía abuela que fuera regente, dicen, de por lo menos siete de los veinte burdeles que conformaban la famosa calle Larga de Pampa Unión, uno más de los centenares de pueblos salitreros muertos a lo largo de este alucinante cementerio de pueblos que es el desierto de Atacama.

Toda esta escenografía —cuya decoración de fondo viene a ser el clásico muestrario de majas desnudas que los dueños de cada uno de los camarotes recortan, pegan y cuidan con una veneración digna de bendecidas estampitas religiosas— está suavizada por la luz de una ampollita de 25 watts, someramente bañada en pintura roja. Luminotecnia ni tan baja que no se pueda apreciar el virtuosismo gestual de sus clímax apoteósicos ni tan alta que se pudiera notar alguna instintiva musaraña de repugnancia hacia la halitosis de catafalco o el escabechado olor corporal de algunos de sus galanes de turno. Calculada penumbra que, de paso, viene a disimular las estrías y repliegues de unos ijares jineteados ferozmente hasta la extenuación y el exterminio; hasta el pedorro y la baba, ganchito, en cada una de sus innumerables funciones a lo largo de sus más de veinte años en cartelera.

Otra de las delicadezas de esta prostituta festiva es la música de fondo con que acompaña siempre sus actuaciones. Mexicanísima banda sonora a cargo de la guitarra y la voz gemebunda del muy sentido Cuco Sánchez, en el único de sus viejos long plays que le va quedando. Disco famoso este dentro de las murallas de los buques, pues ha pasado a convertirse en una especie de cronómetro musical para sus seguidores más adictos. Y aunque ella jamás apura a nadie en la cama, gancho, al contrario, le voy a decir que son contaditos los fulanos que pueden vanagloriarse de haber durado más allá del segundo tema.

Y es en medio de esta escenografía, que esta gran estrella de los buques recibe y agasaja a su público. Siempre en ropa interior negra, perfumada hasta lo oleaginoso y su rizada cabellera rubia orquestada en un aleonado desmelenamiento de musa jovial y putona. Sus pulseras, aretes y collares (misteriosamente, anillos no usa) se los ciñe y cuelga por algo que alguna vez leyó en su sapientísima colección de revistas Luz. Desde entonces exhorta a sus compañeras para que utilicen como ella el tintinear de sus joyas, que actúa como un verdadero estimulante en el oído del macho; un excitante auditivo que vendría a reforzar el efecto natural de sus jadeos y resoplidos onomatopéyicos con que decora y ornamenta cada una de sus ingentes venidas de opereta. Y sus más incondicionales seguidores, no obstante saberse al dedillo el libreto de su obra erótica — nunca tanto, eso sí, como para no ser sorprendido siempre por alguna de sus felices improvisaciones—, prefieren la teatralidad de sus coitos aparatosos antes de que en otros camarotes menos ad hoc, en colchones escarpados de tulucos y floreados de manchas de chinches aplastadas con el dedo, sean apurados por gordas rameritas agrias. Adiposas matronas que echadas indolentemente relojean los cuatro minutos rumiando y haciendo globitos con sus inmundos bolos de chicles renegridos o leyendo sobajeados novelones de amor, mexicanos y con monitos. Mientras los pobres infelices que las ocupan, en su mayoría (al igual que usted y yo, ganchito) gente llegada de los campos sureños y no acostumbrados a estos trotes en el comercio del amor, lo único que quieren en esos momentos es evacuar lo más pronto posible sobre esos verdaderos cuartos de reses y mandarse a cambiar a la cresta del mundo.

Con ella, en cambio, es otra cosa. Porque desde los prolegómenos mismos, de entrada no más, gancho, ella los trabaja como si cada uno de ellos fuera el último pampino en la pampa, y los buques un fastuoso harén abandonado en el desierto. Con melindres de odalisca atolondrada, combinados con arrumacos de favorita urgida, los recibe y atiende.

Y si el que entra es un cliente habitual, familiarizado ya con su dramaturgia amorosa (como el mastodonte que en estos mismos momentos acaba de entrar), su actuación de ninguna manera desfallece en matices ni pierde en entusiasmo. Muy al contrario. Porque ella sabe bien que debajo de esas épicas camisas a cuadros, desabotonadas, bajo esos rudos pectorales abrasados a sol lento, bien al fondo de sus corazoncitos de machos —y por más que se las quieran dar de mineros inconmovibles y duros como la piedra—, los pobrecitos siempre están que se derriten por creerse esos epítetos lisonjeros que ella, erudita en la materia, les regala pródigamente y al por mayor. Con ella todos terminan sintiéndose potros salvajes, toros de las pampas o hiperestésicos sexuales (“¿No sabes lo que es un hiperestésico sexual, cariñito? Deberías leer la revista Luz, pues, mi cielo”).

El que entra ahora es un extraño. Ella nunca antes lo ha visto. Pero lo saca por la cara que se trata de un pajarito nuevo de aquellos que se avergüenzan de ponerse a las filas (en esas filas, gancho, rigen las mismas leyes que en las filas de la pulpería: se deja cuidando lado, se grita cuando el despacho va lento, se embroman obscenamente a medida que van saliendo y hasta se llega a las manos cuando algún badulaque se quiere colar por delante). Estos ejemplares (ella los conoce bien) son los que se parapetan en

las paredes de los baños y desde allí, conturbados, con las manos perdidas en los bolsillos del pantalón, atisban el terreno estudiando solapadamente la calidad y cantidad del ganado a disposición. Y, aguiluchos aún en prueba de vuelo, se desmoralizan terriblemente ante las piezas demasiado voluminosas para la torpeza de sus garras tiernas, o demasiado desfachatadas para sus chirles rubores de lirismo. Rubores que devienen irremediadamente en náuseas cuando alguna de las niñas, dejando por un rato su respectiva fila aguardando a la puerta, semidesnuda, brillantes de sudor sus carnes sobajeadas, se allega hasta los lavandines de los baños a cambiar el “agua pesada” de sus floreados picheles de aseo. Lelos, lívidos, encogidos hasta la arcada, estos inocentes pajarracos no alcanzan a comprender aún cómo esas cristianas, paisita, por la cresta, pueden llegar a ejecutar esa labor tarareando muy sueltas de cuerpo, muy forongas, hasta románticas se diría, alguno de aquellos sublimes boleros de amores imposibles. Pero puede más el llamado de la selva y, repentinamente, elegida ya la presa a embestir, estos pajaritos se dejan caer en aturcidas picadas de depredadores en práctica, de cazadores primerizos, sin dejar de dibujar en el aire, un segundo antes de aterrizar (detalle siempre conmovedor para ella), alguna finta o pirueta pretendidamente canchera y viril.

Veán entonces a la Divina entrar en acción; observen a esta Gretita Garbo de la pampa quedar como catatónica, como paralogizada en el ademán de estirar los pliegues de su colcha. Como si al volver la cabeza hacia el que acaba de entrar, éste le hubiese contado sorpresivamente el ¡un-dos-tres-momia! Fíjense un poco en la expresión facial, en la carita con que se lo queda viendo, mientras que yo, paisita, perdido el impulso inicial, con la mano pegada a la manilla de la puerta, no hallaba qué pito tocar ahí parado. Y luego de ese verdadero alarde escénico, cuando el pajarito está a punto ya de salir huyendo, en un espeso batir de pestañas (como el de esas muñecas que dicen papi) y como si despertara de un fugaz encantamiento, con el timbrecito galvánico de su voz vulvosa, le dice toda sofocada:

—Adelante, cariño.

Solácese con la sinceridad a prueba de tormentos cuando, al acercarse con mohínes de niña buena (de esas que dicen mami), se disculpa ronroneante por haberlo quedado mirando como una tonta. Pero es que, aunque él no lo crea, se explaya convincente (atención con la mirada clitorílica mientras se explaya convincentemente), es idéntico, igualitoigualito, a quien fuera el primer hombre de su vida, su grande y trágico amor primero. Y aquí la historia, verdadera o falsa, pero contada eso sí en un delicioso dejo de voluptuosidad, trata de un fornido minero de la oficina Buenaventura al que una noche, detrás del telón de un improvisado escenario levantado en el local del sindicato de obreros, luego de los ensayos para una velada huelguística, ella se le entregó con toda la inocencia y la fuerza de su himen intacto. Que en esa noche memorable, ella vestida de flor de añánuca y él enfundado en un premonitorio disfraz de vela de dinamita (dos meses más tarde moriría trágicamente despedazado por un tiro), dio su primera lección de amor, gozó su primer recreo de besos, sufrió su primer castigo de sangre, rindió su examen final de mujer y —todo en menos de cinco minutos— obtuvo su graduación de puta con la más alta de las calificaciones. Que ella tenía once años recién cumplidos, un esqueleto de pajarito descalcificado y una fuerza de voluntad inquebrantable. Y que él, tranqueando ya por los veinticuatro, poseía una triste sonrisa de niño bueno y un sexo descoyuntador de burras que daba pavor. “¡Dios mío, cómo amé a ese hombre!”, concluye dramática, estelarísima en su pose hamletiana. Pero ya basta de añoranzas cabronas, corta suspirante, y ya puedes comenzar a desvestirte, cariño. Y en un desplazamiento escénico previamente calculado le vuelve la espalda, se dirige hacia la mesita de noche y se acuclilla a devolver la aguja del tocadiscos.

Hagan aquí, por favor, un acercamiento, un close up para mirar y admirar mejor esa expresión de arrobamiento insuperable cuando, al volverse, tras hacer un distraído arco en el aire, su mirada se posa fulminante en la entrepiernas del hombre. Eva contemplando el apéndice de Adán —luego de la manzana afrodisíaca— no habría sido capaz de juntar tanto asombro en el rostro, ni tanta lujuria reflejada en ese asombro, como esta puta del carajo, paisita, que tal cual usted me lo dijo, se me acercó como hipnotizada, como caída en trance se le acerca, como sonámbula, y dejándose caer de rodillas se lo toma delicadamente entre el pulgar y el índice. Con el gesto extasiado pero diligente de un perito en piedras preciosas, lo tasa, lo pesa, lo sopesa; con el fervor y la reverencia de una sacerdotisa pagana ante el más venerado de sus tótems, lo considera y manipula (nadie pensaría que lo que en verdad está haciendo es cumplir con la profiláctica tarea de revisión). Hasta que en un aleluya sensualísimo, como en un inspirado raptó de admiración, termina exclamando enardecida:

—¡Por Dios, mijo, qué lindo bálano tienes!

Y ante la expresión de extrañeza del otro comienza una improvisada pero bien aprendida lección de anatomía genital (esto es el bálano, querido; esto otro se llama prepucio, y todo esto forma lo que se llama el escroto). Deliciosa lección que concluye en un dulce amago de fellatio, un par de lamidos voltaicos que no te vayas a creer que se lo hago a todos, mi cielo, y que vienen a ser como la venia, la anuencia, el visto bueno consular para ingresar a la fiesta. Porque, enseguida, en un gesto que en cualquiera de las demás niñas resultaría de una afectación insufrible, lo toma de la mano idílicamente y, como paseando, se lo lleva a través de los cuatro pasos que lo separan de mi tálamo nupcial. Qué delicadeza oriental la suya, qué sutileza de paloma en desmayo cuando, desnuda ya como una ola, se deja ir de espaldas sobre el jardín azafranado y pulcramente estiradito de su colcha invitándole a cubrirla, voluptuosísima, con el solo brillo de su mirada.

Cómo cruje entonces, cómo crepita, cómo rechina; qué histrionismo insuperable el suyo en la interpretación de doncella en sacrificio; qué martirologio sublime su expresión al ir siendo penetrada. Con qué dulce cadencia comienza luego, ya rendida, a ondular, a sumirse mansamente al ritmo sinuoso de la quilla que la surca, que la horada, que la desflora —virginal púber de los castos buques— y le va haciendo nacer, tiernas y susurrantes, sus primeras hipérbolas de amor. En una maniobra sorpresiva (de eso usted no me había prevenido, paisa), algo así como un corcoveo cortito seguido de un rápido giro encabritado, se zafa de su condición de montura y, anhelante, pasa olímpicamente a tomar las riendas.

Con la técnica y la destreza de una amazona lesbica, lúdicamente marimacha, pero mostrando una especie de bien fingido bochorno que le torna gracioso el semblante, comienza a galoparlo. Primero es un galope suave, dulce, cadencioso, como si en cámara lenta y de cara al viento fuera atravesando el incendio amarillo de un triguero atardecido. A puro pelo, ciñéndole los flancos con los muslos y rozándole la cara con la picana perversa de sus pezones erectos, la cabalgata plácida se va convirtiendo gradualmente en galope tendido, en carrera desbocada, en estampida espumeante de corceles salvajes, chicoteados por el tintineo creciente de su alocado cargamento de joyería. Y era como si todas las monas peladas, paisa, todas esas minas ricas pegadas en las paredes del camarote, se me hubieran dejado ir deliciosamente encima. En serio que sí, paisita. Como si todas esas rubias, esas morenas, esas colorinas de piel satinada y cara de gozadoras hubiesen tomado cuerpo y, urgidas y calientes, ávidas de placer, con sus culitos respingados y sus grandes tetas duritas, se me hubiesen montado en patota en el que te dije. Y entre la alharaca de sus gemidos, mis propios resuellos de asno asmático y la endiablada sonajera de sus chucherías, a través de las brumas de su

perfume oloroso, paisa, en un lejano punteo de guitarra oí al cabrón de Cuco Sánchez entrar en el segundo tema del long play.

Cuando advierte que las ventanillas de las narices del otro comienzan a dilatarse, para ella signo inequívoco de eyaculación inminente (la revista Luz, pues, mijito), le ruega casi llorando que no sea precoz, que no sea cabrón, que no fuera pendejo, me gritó histérica; que por su mamacita se aguante otro tantito, le susurra apasionada, trágica, conmovedora la muy actriz; para que alcanzáramos juntos el orgasmo, me dijo acezante, para que nos viniéramos juntos, para que ambos dos a la vez alcanzáramos, rozáramos, rasguñáramos, algo así como las entretelas de la más alta gloria divina de Dios, me repetía, más loca que una cabra. Y de súbito, sorprendiéndolo de nuevo con otra de sus volteretas de equitación acrobática, acuciante, vuelve a su posición original, retorna a ser montura, cabalgadura, yegua resoplante. Y arqueándose desesperadamente entonces, con la piel brillante de ese sudorcito amelcochado que rezuma el placer, entre sollozos o suspiros de bestia arcangélica, viene en reclamar roncamente el dedo en el esfínter, vocablo que el otro primera vez en su vida que oye:

—¡En la roseta del culo, pues, huachito!

Y comienza, entonces, la mejor parte de su papel, el clímax de su obra, la apocalíptica representación de sus venidas ululantes, apoteósicas, a todo trapo. Con una lastimosa carita de cordera degollada, tal cual usted me la pintó, paisa, comienza por entornar los ojos y estremecerse como tomada por una onda sísmica, como asida por una descarga eléctrica, como tocada por el sagrado y terrible fuego de Pentecostés. De entrecortado anhelo, su respiración se le va haciendo silbido, bramido, estertor de moribunda; de su garganta borbotean, ahora abisales, humeantes, ya espumosas, sus fermentadas frases amorosas: obscenidades de puta loca chilla enardecida, lirismos de poetisa ninfómana declama transportada, tecnicismos de profesora pervertida repite delirante, blasfemias de monja posea aúlla convulsa y desfigurada, hasta quedar de pronto muerta de muerte súbita completamente rígida, pálida, etérea, extenuada hasta la lástima, lánguida hasta la hermosura. Y tras este brevísimo lapso de quietud —vértigo del verdugo antes del golpe de gracia, epifanía del mártir antes del fuego— renace y estalla en veloces besos de basilisco, en morbosas mordidas de rata hambrienta, en sangrantes arañazos de leoparda herida.

Tempestuoso ataque de amor incontenible, desmedido, escandaloso, que va disipándose gradualmente en somnolientas brisas de playas lacustres, esfumándose en tenues suspiros de animalito satisfecho, deviniendo al fin en un teatralísimo y deleitoso desmayo de paroxismo, algo así como el broche de oro o la reverencia triunfal de una diva tras el último cuadro de su ópera magna.

Le juro, paisanito lindo, que me dieron ganas de aplaudir, de rogarle un bis, de pedirle un autógrafo, de hacerle entrega de un galvano de reconocimiento, dan ganas; de prenderle una medalla al mérito. Dan ganas de obsequiarle un bouquet de flores como se estila en los grandes escenarios del mundo con la artista principal; de extenderle un contrato millonario a esta espectacular actriz salitrera, a esta chimbiroquita prodigiosa que, tendida de espaldas sobre su cama, plasmada aún en su rostro la expresión alelada de los que vuelven a la gloria (tenía los ojos llorosos y la piel de gallina incluso, paisa, se lo juro), mientras el hombre termina de asearse, de vestirse y de marcharse, piensa que de seguir así, de continuar perdiendo la cabeza por cada pailón con cara de niño que entre a verla, no va a durar por mucho tiempo más en cartelera. “Estoy igual que esas malas actrices que terminan llorando de verdad”, se dice riéndose sola en el camarote, incorporándose apenas, comenzando a estirar prolijamente los pliegues azafranados de su putañera colcha.

Cuando golpearon a la puerta, el Poeta Mesana pronunciaba la palabra colchas, tendido completamente desnudo sobre la frazada áspera de su tosco catre de tubos. En una mano sostenía un pucho a medio quemar, papiroteando la ceniza sobre el piso, y con el dedo medio de la otra recorría sensualmente las suaves espirales de la oreja de la Dos Punto Cuatro. La prostituta, con la cabeza apoyada en el pecho hundido del Poeta, y también como su madre la echara al mundo, lo oía hablar entretenida en enroscarle rulitos en el ralo pelo de su pubis canoso.

El llamado era para avisarle la noticia de que el Astronauta se había arrancado hacia la pampa, y que entre los viejos de los buques se había formado un grupo de voluntarios para salir en su busca, y que si él deseaba ser de la partida que se apurara porque ya estaban por salir. Todo esto hubieron de decírselo a los gritos porque la puerta no se abrió en ningún momento. Gritando a su vez desde adentro, sin quitar el brazo con que rodeaba el cuello de la mujer, el Poeta Mesana les dijo que se adelantaran, que él enseguida vería si los alcanzaba.

El Poeta Mesana, luego de cumplir con su presentación en el acto de la plaza, había trajinado todo el resto del día, bajo un desollante sol de azufre, haciéndose cargo de todos los trámites pertinentes a un sepelio. Con su oscuro ternito de los desfiles, puesto como ad hoc para cumplir con las luctuosas diligencias funerarias (la corbata roja apelotonada en el bolsillo), se había presentado en cada lugar como un pariente en grado lejano de la difunta; de ese modo hacía todo más expedito y evitaba, además, las posibles suspicacias. Se encargó de solicitar el tosco ataúd de pino que la empresa facilitaba a sus trabajadores en casos de defunciones. Finiquitó los engorrosos papeleos de la autopsia, hizo la adquisición de la sepultura en el camposanto de la oficina Vergara y firmó todos los documentos correspondientes para que le expensaran los gastos por planilla. Ya en la tarde, a la hora de la oración, llegó al desorden de su camarote agotado y como sonámbulo. No había tenido tiempo —amanecido como andaba— de darse una pequeña siesta y tampoco había retirado su vianda de la pensión. Dejó la puerta entreabierta para cambiar el tibio aire de encierro de la pieza, y sin siquiera quitarse los zapatos, se dejó caer pesadamente sobre su catre. Cuando la Dos Punto Cuatro, después de la sonada misa de la Reina Isabel, fue a verlo a su camarote con un vaso grande de gloriado y a contarle los detalles de lo que se había perdido, lo halló tirado de bruces sobre su cama dura. Tenía la cabeza metida bajo la almohada sin funda y uno de sus largos brazos le caía trágicamente hasta el piso, a la manera de esos imprevistos muertos de las películas de misterio.

El Poeta Mesana y la Dos Punto Cuatro eran viejos amigos. Se conocían de la oficina José Francisco Vergara, de cuando él era el poeta laureado de todas las fiestas de la primavera y ella, recién iniciándose, la prostituta más solicitada de los buques. Era en esa Oficina que le habían colgado a ambos sus respectivos apodos. Apodos que los habían hecho más conocidos aún de lo que hasta entonces ya eran, y los habían revestido de una jovial aura de fama que alcanzaba hasta más allá de los lindes de la Oficina.

Al Poeta lo habían bautizado en un 21 de mayo en la pequeña plaza de piedra de la Oficina en pleno acto cívico. Premiado en cada uno de los concursos de Canto a la Reina (motivo que lo hacía ufanarse de ser el mortal que más soberanas había besado y coronado en la historia de la humanidad), era además el vate oficial de todas las efemérides de la patria celebradas en el pequeño centro salitrero. Las tronantes odas con que loaba las gloriosas hazañas nacionales hacían henchir de bríos patrióticos hasta a los flemáticos gorriones de la plaza. Ese recordado 21 de mayo, esplendoroso de sol y vibrante de sonos marciales, alguien cayó en la cuenta de que en sus encendidos poemas a la gesta de Iquique, un año rimaba palo mesana con clara mañana; al siguiente, palo mesana con roncas campanas; después, palo mesana con clara mañana de nuevo, y así

alternativamente, año tras año, sin fallar una sola vez. De ahí a crearle el sobrenombre, a moldearlo como una bola de salitre húmedo entre las manos, a sopesarlo diestramente y a lanzárselo en mitad de la alocución patriótica, no se habían demorado ni un tiro.

La fama y el apodo de la combativa Dos Punto Cuatro habían nacido de una situación un tanto más trágica si se quiere. Fue en una de las más largas huelgas llevadas a cabo en las salitreras de la época. Aquella vez, todas las otras niñas abandonaron la oficina Vergara desbandándose en distintas direcciones. Unas se fueron a trabajar en las oficinas cercanas, y otras a hacer la calle en los puertos de Tocopilla o Antofagasta. Ella fue la única que se quedó. Y junto a las actividades artísticas y deportivas organizadas para hacer más llevaderos el hambre y el tedio de la huelga, junto a las épicas porotadas de las ollas comunes, junto a los campeonatos de rayuela, de brisca y de dominó, ella, en su camarote, por su sola cuenta y riesgo, instauró su olla común del amor. En una de las reuniones en el sindicato, luego de tomar la palabra ofrecida a la asamblea, en un discurso celebrado con alborozo por parte de los varones solteros, se comprometió a solidarizar con los sacrificados compañeros huelguistas, fiándoles sus prestaciones amorosas hasta cuando se arreglara el conflicto. Y durante los casi noventa días que duró la huelga, la Chica, que era simplemente como la llamaban hasta entonces, se convirtió en la mujer de todos. Piedra del tope, pila de agua bendita o muro de los lamentos, el tropel de machos llegaba diariamente, de mañana y tarde, a desahogar sus riñones y sus frustraciones en su pródiga cama crujiente; a aferrarse de ella como de una piltrafa divina, a poseerla con una especie de ansia y saña animal que dan el hambre y la injusticia de la vida. En ese largo e intenso período repletó dos cuadernos escolares marca Torre, de cuarenta hojas cada uno, con las anotaciones de sus hazañosas fornicaciones a crédito. Cuando al fin se arregló el conflicto, con apenas un escuálido 2.4% de aumento en los salarios de los trabajadores, la pobre se llevó dos noches en vela multiplicando y sumando con los dedos, hasta terminar de aplicarle el mismo porcentaje a cada uno de los polvos anotados prolijamente en sus sobajeados cuadernos de copia. Y de aquella incondicional proeza erótica había nacido su apodo.

Por esos tiempos fue que se habían hecho amigos. Hasta habían convivido un par de meses. “El poeta y la puta, pareja clásica en la literatura universal”, acostumbraba comentarle él en la cama, sardónicamente amoroso.

Cuando al Poeta Mesana lo trasladaron a trabajar a la Oficina todo se había acabado tal como había empezado: naturalmente. Durante un tiempo se siguieron viendo pero nada más que tres veces al año: los 21 de mayo, los 18 de septiembre y los años nuevos, fiestas que él prefería ir a pasar allá con sus viejos amigos. Después, la oficina Vergara había paralizado. Y aunque ambos sabían perfectamente en dónde encontrarse, no se habían vuelto a ver hasta esa misma mañana en que ella se apareció sorpresivamente por los buques para ver a la finada.

Después de sacarle los zapatos y hacerle cosquillas con las uñas en la planta de los pies, la Dos Punto Cuatro terminó de despertarlo del todo ofreciéndole el licoroso vaso de gloriado que le llevaba. Incorporado apenas en la cama, el Poeta Mesana se mandó el vaso de un envión urgente, eructó a toda boca y luego se despabiló en un estirón tremendo que le hizo tronar todas las articulaciones de su larga armadura esquelética. La Dos Punto Cuatro, sentada a los pies de la cama, comenzó a contarle muerta de risa los detalles más importantes y jocosos de lo que ella vino en llamar “asalto y toma de la iglesia”. Él, luego de escucharla en silencio, meneando la cabeza en un gesto paternal, le dijo que no sabía por qué sospechaba seriamente que la gestora de todo eso había sido ella, que no podía haber sido otra. Que pese a todo, le dijo, haciéndose el serrote, tenía razón el Capitán General cuando, en su primera visita a la pampa, se quejó de que por aquí todavía quedaban muchas cabezas de piedra que ablandar, incluidas las de algunas

putitas del carajo que se hacían las carmelitas y eran más coloradas que el culo del diablo. “Hermanita, por la concha, cuándo se te va a quitar”, le dijo.

—Tú sabes que eso no se quita con nada, Poeta chuchón —le respondió la Dos Punto Cuatro, tomando el almohadón y lanzándoselo por la cabeza. Y que no se viniera a hacer el leso el cabroncito de mierda, el Pablo Neruda de pacotilla, contraatacó luego, risueña, que para su conocimiento, ella estaba muy al tanto de la clase de versitos sediciosos que el muy ídem deslizaba en sus rebuznos de los domingos en la plaza.

Después se preguntaron mutuamente dónde se hallaban y qué hacían el día del golpe. Que ella se encontraba trabajando en la corrida de tablas de la oficina Alemania, y que salvo un culatazo en un hombro el día que le fueron a allanar la pieza (ella no quería de ninguna manera que le rasgaran el colchón recién comprado) y el polvo gratis que se mandaron, como castigo, el oficial y uno de los soldados de la patrulla, nada más grave le había ocurrido. Que él ese día, tal como hoy, había salido del turno de nochero y se hallaba en el camarote preparándose su mazamorra de harina con leche cuando empezaron a dar las primeras noticias por la radio. Que al comienzo nadie lo podía creer, que los viejos lloraban por su Presidente como niños chicos. Que en la Oficina había pasado lo mismo que el resto del país: detenciones, fusilamientos, unos cuantos desaparecidos y algunos que alcanzaron a huir. Aunque por ahí se decía que bajo la torta de ripios estaban los cuerpos de varios de los que se suponía habían huido por la pampa hacia la costa. Lo que sí había sido digno de verse fue la escena que protagonizara el obeso capitán de Carabineros al tercer día del golpe, cuando atronadores aviones de guerra comenzaron a sobrevolar, rasantes, sobre las indefensas casas del campamento y se corrió la voz entre la gente de que iban a bombardear la Oficina porque en Antofagasta se decía que los pampinos —con ancestral fama de comunistas acérrimos— se habían tomado el retén con todas sus armas y municiones adentro; y mientras los niños salían a la calle a saltar y a hacer señas de júbilo a los negros aviones de combate, el rollizo capitán, desesperado ya y totalmente fuera de sí porque no le contestaban sus mensajes de radio, no halló mejor modo de demostrar que la Oficina estaba bajo control que tomar una sábana blanca y salir corriendo por todo el medio de la avenida Almagro agitándola como loco, tratando de que los aviones la avistaran.

En verdad fue digno de antología. Dos veces se había enredado en la sábana y dos veces había rodado espectacularmente por tierra. Gordo y colorado como era, y sudando y jadeando como un animal, con la sábana blanca pegándosele al tonel del cuerpo, era como ver a la puta de la Ambulancia corriendo detrás de un moroso.

Contagiados de risa por lo tragicómico del relato y cosquilleándose y dándose de manotones infantilmente en la cama, comenzaron a abrazarse y a desprenderse de la ropa a tirones, como jugando, hasta terminar completamente desnudos y acoplados con desesperación en un arrebatado acto de amor inconsciente. Ella, montada a horcajadas sobre él, galopándolo con delirio de amazona moribunda, hacía años que no lo hacía sin pensar en los minutos transcurridos ni en cuánto iba a cobrar. Él, dejándose galopar ufano, con la desfachatez de un alegre amante mantenido, lamiendo con fruición la redondela oscura de sus pezones y amasándole los globos de las nalgas, hacía largo tiempo que no echaba un polvo sin ninguna clase de apuros ni pensando en la siempre humillante tarifa final.

Cuando sudorosos y lánguidos recobraron la conciencia, ya se estaban fumando el lentísimo cigarrillo poscoito, mientras él deshilachaba una erótica conversación sobre colchas y mujeres. El tema surgió porque ella en un momento se quejó de hallar demasiado picosa la frazada que hacía de cobertor, insinuándole que ya era tiempo de que se comprara una colcha. Él le dijo que a lo mejor se la compraba alguna vez, pero lo complicado para él era elegir el color. Ella le dijo que el color era lo de menos. Que no se creyera, le dijo él, que el color y la textura de las colchas era algo esencialísimo, tanto así

que ello servía incluso para conocer la personalidad de sus dueños. Que la colcha de ella, por ejemplo, la imaginaba ancha, aunque sin rozar el suelo, de cretona o de algún otro género fuerte (nunca de hilo ni de raso), sin flores ni flecos y de un color rojo adornado con motivos oscuros. Ella se rió fuerte y le dijo que solamente había fallado en los motivos oscuros. Él, en afectado gesto de orgullo, jactose de que eso venía a confirmar una vez más su particular teoría de las colchas puteriles. “Dime qué clase de colcha tienes y te diré qué clase de puta eres”, dijo semiserio. O si lo prefieres más gráfico: “De tal colcha, tal concha”. Ella, que en ese momento había comenzado a hacerle rulitos en los pelos del pubis, le dio un fuerte tirón. Él, entre risas y lágrimas, trató de afirmar su teoría describiéndole las colchas de algunas niñas que conocía. Le contó de la exacerbante colcha dragoneada de la Cama de Piedra; de la vasta y espectacular colcha de flores azafranadas de la nunca bien ponderada Chamullo; de la albísima y finísima colcha immaculada de la albísima y gordísima Ambulancia; de la colcha color yema de huevo de la Reina Isabel, tan suave y benigna como sus medicinales pañuelitos de seda. Y le confió, además, que estaba extendiendo su teoría al solteraje masculino de los buques. Que ya tenía varias colchas vistas y estudiadas. Que, por ejemplo, estaba la estrambótica colcha adornada de cajetillas de cigarrillos del Astronauta, prenda tan estrafalaria y loca como su mismo dueño; la colcha cortita, cagona y de color ratón que usaba el Caballo de los Indios; y la floreada y eternamente arrugada colcha color verde, con grandes lamparones de vino, del cabroncísimo Viejo Fioca. Que le dijera ella misma, le dijo, ahora que conocía a casi todos los ejemplares que acababa de nombrar, si sus personalidades no graneaban y avalaban su teoría de las colchas. Y fue ahí, al pronunciar la palabra colchas, que llamaron a la puerta.

—Sólo sé que tú eres un zarrapastroso ególatra de mierda —alcanzó a decirle ella antes de que de afuera comenzaran a hablar—. Y eso sin que ninguna colcha me lo tenga que decir. Después de que le avisaran lo del Astronauta, el Poeta Mesana se embolsó en una socarrona clase magistral tratando de convencer a la Dos Punto Cuatro de su vasto conocimiento sobre el género femenino. Ésta, que lo oía con un mohín de burla, comenzó a vestirse y a reconocer detalles de la habitación. Aún andaba vestida y adornada con los perifollos de meretriz en oferta que le prestaran las niñas para acompañar la procesión hasta la iglesia. Haciendo un esfuerzo, recordó que su ropa había quedado en el camarote de la que llamaban la Chamullo.

Qué hembras había en la bendita viña del Señor, predicaba entretanto el Poeta Mesana, que a primera vista prometían el paraíso terrenal con serpiente alcahueta y todo, y que a la hora de la verdad no pasaban de ser unas pobres caperucitas rojas miedosas del lobo malo. Y que, en cambio él, el Poeta Mesana, había conocido mujercitas en su vida que parecían ser bucólicos jardincitos de patios solariegos, con una que otra avispa loca zumbando en sus rosales, pero una vez llevadas al ring de cuatro perillas resultaban verdaderas junglas enmarañadas, hermanita, por la concha; selvas exuberantes de flores carnívoras, densas de olores afrodisíacos y electrizadas de un incesante tam-tam de tambores guerreros.

Y que había que ser un macho bien alforjado, se lo decía él, el Poeta Mesana, para sobrevivir a una sola noche de amor, a un solo safari carnal con estas rugientes fieras cuaternarias; estas bestias de pupilas fosforescentes y piel de terciopelo acalorante que, atigradas por los resplandores rojos de rojas fogatas misteriosas, arañaban y mordían hasta llegar a la sangre.

La Dos Punto Cuatro ya no ponía la menor atención a la aparatosa retórica del Poeta. Mientras se abrochaba el sostén, se había fijado en el retrato en sepia de Gabriela Mistral.

Le preguntó por los bigotes pintarrajeados con lápiz de ceja y, con la blusa a medio abotonar —una escotadísima blusa de color solferino—, sin interesarse en la

respuesta, se arrimó a leer la Cantata de las oficinas salitreras abandonadas colgada junto al severo retrato de la maestra del valle de Elqui. “No sabía que eran tantas”, exclamó como para sí, emocionada ante el largo listado de nombres de oficinas escritos en la lonja de papel café.

—No son tantas —le dijo el Poeta Mesana—; son muchas más. Éstas son sólo las que yo he podido recopilar.

La Dos Punto Cuatro se puso a repasar la lista en voz alta recargando el nombre de las que había conocido. A lo largo de su vida había ejercido en más de diez oficinas, aparte de José Francisco Vergara, que era en donde se había iniciado. Ahora estaba de residenta en los populosos buques de la oficina María Elena. Leyendo la Cantata recordó la tristeza y el abandono sobrecogedor de algunos de aquellos lugares en que más de una vez había estado. La paupérrima corrida de tablas de la oficina Alemania, por ejemplo, plagada de chinches y ratones tan familiares que, lo mismo que los angelitos de la canción infantil, al levantarse y prender la vela se les veía de carrera por la cabecera; la triste y desolada corrida del medio de la oficina Algorta, en donde una tarde viera a un manco desangrarse y morir como durmiéndose, como sonámbulo, con una lezna clavada en el corazón; la magra corrida de las estudiantes de la oficina Flor de Chile; la corrida de los braseros de la oficina Prosperidad, en donde a la única prostituta estable le decían la Churrera. Era una puta vieja y apachachada que luego de hacerles la profilaxis a sus clientes con el agua mantenida tibia en los braseros rojeando a la puerta, les tomaba graciosamente el miembro en la palma de la mano y, a la manera de un churro, escrupulosa y tiernamente, lo rociaba todo de polvos de talco.

Pero el lugar más triste que recordaba era, sin duda alguna, el desértico buque de la oficina Coya Sur. Constituido de un solo pasaje largo, enteramente de calaminas, el buque de nombre Caupolicán, el único de la pequeña Oficina, era el lugar más desolado de los que había conocido. Estaba levantado en la última calle del campamento; más allá se extendía la llanura de la pampa con sus eternos remolinos de arena. Muchas de sus compañeras de oficio le habían dicho que no se fuera a meter en ese buque, que los pocos hombres que habitaban en él, o eran misóginos o contaban todos con un amor por fuera y carecían, por lo tanto, de humores urgentes que desfogar. Ella fue un día de pago, sólo por conocer. El tipo que le facilitó el camarote, del cual llevaba referencias, apenas si le habló lo justo y necesario; le dijo que no lo hiciera sobre las sábanas, que no aplastara los puchos en el piso y que podía usar la cocinilla eléctrica. Luego, le hizo entrega de la llave de la habitación, le encargó que al irse la dejara colgada en la garita del vigilante, y no lo vio más. Ni siquiera cobró su derecho a pernada. Ella estuvo la tarde entera posando y mostrándose en la puerta del camarote; retocó su maquillaje ocho veces; se cambió los baby doll que siempre llevaba consigo, uno rojo y uno negro, en tres oportunidades; escuchó todos los discos larga duración de Lucho Barrios que el dueño de pieza coleccionaba y mantenía flamantes en sus respectivas carátulas; releyó tres veces la fotonovela mexicana que se había llevado en la cartera; durante dos horas y media hojeó una ruma de revistas Pampa que halló en un cajón de té, tratando de reconocer a alguien en las borrosas fotos de las farándulas de las fiestas de la primavera, en las de los bailes de sociedad y en los retratos de bautizos y casamientos; en el intertanto agotó su provisión de pastillas de menta y se preparó y manducó media docena de sándwiches de mantequilla con mortadela. Al anochecer, hastiada hasta el arrepentimiento, se encontró sentada en el vano de la puerta leyendo una hoja de la revista Vea traída por el viento, amarillenta de meadas de perros, en donde aparecía en dos fotografías disímiles el Chacal de Nahueltoro, en una decía antes, en la otra ahora. Los escasos hombres, pulcros y presurosos, que haciendo girar la cadena de sus llaveros metálicos, entraron o salieron del buque en todo ese tiempo, ni siquiera la miraron demasiado. “Me sentía tan humillada y tan fuera de foco, Poetita, por la cresta, como tú no te imaginas”, dijo. El

Poeta Mesana le comentó que él había estado alguna vez por allí, y que también le había parecido un lugar más bien abúlico, casi apanteonado.

“Y a propósito — dijo, sentándose a la orilla de la cama—, ya debemos prepararnos para asistir al velorio”.

Mientras, apoyada en la mesa redonda, la Dos Punto Cuatro lo contemplaba vestirse, le preguntó si él creía que hubieran encontrado al Astronauta. El Poeta Mesana le contestó que la cuadrilla de buscadores ya tendría que haber vuelto con él agarrado de las verijas. Que no se preocupara. Y mientras se afanaba en acomodar sus calcetines de tal manera que no se le fuera a asomar el crónico agujero del talón, le dijo que a esas horas el viejo tañado estaría en el patio mirando la luna o, muerto de hambre, se hallaría en su camarote preparándose uno de sus exquisitos guisos de restos de verduras. “Ya vas a ver”, le dijo, mirando consternadamente el rebelde agujero del calcetín asomado sobre el contrafuerte del zapato izquierdo.

16

Lo mismo que en ese tiempo ocurría en el campamento, ocurría dentro de los buques. Las cabronas palomas terminaron también por vaciarlos y afantasmarlos hasta dejarlos convertidos en una especie de silenciosos y semiabandonados presidios abiertos (si ya ni vigilantes había, paisitas).

Después de que estos pequeños camarotes, ahora semiderruidos, llegaron en alguna época a albergar hasta a ocho viejos entre sus paredes, después de que estos anchos patios bullían de un solteraje variopinto que los colmaba a todas horas, de día y de noche: ovallinos lavando y colgando su ropa de parada, talquinos afeitándose desnudos en los lavandines, santiaguinos cantando canciones de doble sentido bajo las duchas, porteños amontonados clandestinamente en un rincón jugándose a las chapitas todo el miserable sueldo del mes, copiapinos llegando de la mina enterrados de pies a cabeza, temucanos saliendo a pasear a la calle de las concesiones embrillantados y lustrados hasta el destello, chilotes de mirada torva llegando de los ranchos borrachos como tencas, cucarras curicanos bramando como toros y bochincheando de lo lindo en esas míticas colas que se formaban a las puertas de los camarotes de las niñas, niñas en camisones transparentes gritándose alegremente puerta por medio y toreando a medio mundo con sus tontas piernas rosaditas, todo eso condimentado con alegres corridos mexicanos saliendo desde todas las ventanas abiertas, y después de haber visto todo aquello en los buques daba no sé qué verlos en los tiempos finales. Los últimos viejos que íbamos quedando albergados en ellos andábamos como bola huacha y al garete por estos ventosos patios resechos. Y para qué les voy a decir de las dos o tres putitas viejas que se quedaron viviendo aquí hasta el final: sentadas a las puertas de los pocos camarotes habitados, se morían perezosamente de hastío y soledad sin remedio, lo mismo que esas tristes gatas amarillentas que se echaban a dormir al sol con los ojos legañosos y el pelaje lleno de polvo.

Y es que las palomas, paisitas, para que lo vayan sabiendo de una vez por todas, fue lo más perverso que nos pudo pasar a los habitantes de la Oficina. La maldición de estas siniestras aves de papel de oficio no sólo afectó a los trabajadores, sino que fue tremendamente nefasto para la familia pampina toda. Les voy a decir que de la noche a la mañana palomear se transformó en el verbo más temido entre la gente de la Oficina.

Anteriormente, como ya les dije, en la pampa antigua había sido el verbo azulear el que dejaba sin pega a los pampinos. Pero con el azul no había mayor problema. Cuando a uno lo azuleaban, uno sabía perfectamente el motivo, la razón y la circunstancia por el cual se había hecho acreedor al famoso sobrecito azul. No les voy a salir ahora con que por esos tiempos no se cometieron injusticias. Se cometieron, sí,

señor, y muchas. Pero a uno no se le daba tanto. Había oficinas de sobra adonde irse a trabajar. En ese entonces, por cualquier motivo, ya sea de trabajo o de amoríos clandestinos, uno se cargaba la pallasa al espinazo y con un pan y una botella de agua forrada en un trozo de saco gangocho, atravesaba caminando la pampa rumbo a cualquiera de las tantas chimeneas que se veían humear a lo lejos.

Además, comúnmente, para qué vamos a andar con cosas, cuando se recibía el sobre azul, era lisa y llanamente porque se había caído en sanción; porque uno mismo le había buscado el cuesco a la breva, había arrastrado el poncho o se había botado a pucho. Lo más corriente entonces era que a los paisas, aquellos con buen declive étílico, se les calentara el hocico en el copeo de un fin de semana y, desde el mismo mostrador del rancho o desde una mesa de la cantina, tirados completamente a la bartola, mandaran el trabajo a la punta del cerro y se quedarán diez o quince días corridos tomándole el viento a las botellas y tallándole a cuanta escoba con faldas se le pusiera en la mira. O solía también suceder que algún huaso parado en la hilacha, de esos que no aguantaban pelos en el lomo, un lunes temprano, con la mona todavía bailoteándole depravada en los ojos, se le fuera en collera a alguno de esos jefes hijos de puta que nunca faltaron en las salitreras —más bien sobraron—, y después de darle su buena fresca, se sacudieran las manos, se calaran el sombrero y ellos mismos se apersonaran al escritorio a retirar el sobredio azul. Así de simple.

Pero con las palomas fue otra cosa. Con las palomas, paisanitos, ni Dios estaba seguro en la pega. Porque cuando estas peludas aves de mausoleo se echaban a volar, lo mismo podían dejarse caer sobre las calaminas agujereadas de una casa de obrero o, con menos frecuencia, claro, sobre un chalet del Americano. “De la muerte, de los cuernos y de las palomas nadie está libre, ganchito”, era el dicho de moda en ese entonces. Y tan tristemente famosas se hicieron las palomas, que hasta los niños en la escuela les dedicaban largos poemas y composiciones de quebranto. En los ranchos los viejos las ironizaban cambiándoles el sentido de la letra a los corridos y cumbias que hablaban de palomas, y en el trabajo muchos de ellos, los más osados, llegaron a confeccionar sus propios “espantapalomas”. Medio en broma, medio en serio, los vestían de overol, le calaban un casco, los amononaban con antiparras viejas, respiradores en desuso y guantes rotos. Luego, los instalaban en algún sitio alto y visible tal como lo habían hecho de niños en sus tierras del sur. Lo mismo que las composiciones y poemas de los niños o el acto de los borrachos de cambiarles la letra a los corridos que hablaban de palomas, estos monigotes venían a ser algo así como una catarsis para todos nosotros, como un espantatemores, un espantaangustias, un espantaimpotencia.

Y es que se dio cada caso con estas avechuchas del carajo, paisanitos. Casos conmovedores hasta las lágrimas y casos que lindaban simplemente con lo grotesco.

Trabajadores, por ejemplo, que por años habían estado fregando la cachimba para que les pintaran las calaminas de la cocina de su casa, de repente una mañana se les dejaba caer una trepidante cuadrilla de pintores, carpinteros y plomeros. Y no solamente les pintaban las latas de la cocina, sino que les cambiaban la taza del baño, les tapaban los agujeros del techo, les reponían los vidrios rotos, les colocaban la puerta que le faltaba al dormitorio y, a los tres días de haberles dejado la casa como nueva, cuando aún no se desvanecía el olor a pintura, caían entre los palomeados de la semana. Otros, después de veinte o treinta años de servir en la empresa, eran al fin ascendidos de puesto. Con gran aparato entonces los cambiaban desde la destartalada casa del campamento a un espléndido chalet en el Americano. Y a la semana siguiente no más, cuando la familia aún no terminaba de ponerse de acuerdo de qué manera acomodar los muebles y cuáles de sus cuadros de pobres desentonaban menos en las paredes de su nuevo hogar, eran palomeados a mansalva, sin asco ni consideración alguna. Viejos de los buques que jamás en su vida se había dado el lujo de quedarse un día en la cama y faltar al trabajo,

que subían al cerro todos los santos días del año, con sus domingos y festivos, y que nunca habían acudido al hospital por licencias médicas o a pedir una depirona (la panacea universal por mucho tiempo en la pampa); viejos que llevaban una hoja de vida impecable, una mañana cualquiera al ir a levantarse para asistir al trabajo, se quedaban sentados en la cama, boquiabiertos, con los pantalones a medio poner, mirando fija y psíquicamente a la blanca, flamante y siniestra paloma que durante el transcurso de la noche, cobardemente, le habían deslizado por debajo de la puerta. Y por la poronga del mono que eso no es nada, paisitas, porque en un momento dado se llegó a actitudes de corte tan obscenamente infames, tan aviesas y malintencionadas como por ejemplo hacer llegar las palomas a domicilio poco antes de la medianoche de un día 31 de diciembre. Dense cuenta ustedes un poco hasta dónde fueron capaces de llevar la infamia. Con la copa de champaña en la mano, en el mismo instante en que el destinatario se aprestaba a brindar con su familia por un feliz y próspero año nuevo, llegaba una sospechosa carta sin estampillas. Se bajaba el volumen de la música; el hombre, rodeado de su mujer y sus hijos, en un silencio frío, tal si hubiese pasado un ángel de hielo, rogando que de ninguna manera fuera a ser lo que todos en ese momento estaban pensando, rasgaba el sobre (color blanco paloma), desplegaba la hoja con dedos temblorosos y... comunico a Ud. La determinación de la empresa, de poner término a la relación laboral en virtud de lo dispuesto en el artíc... Y ya no había para qué seguir leyendo. ¡Feliz año nuevo, ñato, estás palomeado hasta las recachas!

Otra de las obras maestras de la infamia y la canallada (una verdadera joyita), y que no le pasó sólo a uno o dos trabajadores, sino que fueron varias las víctimas, tenía que ver con las actividades de aniversario de la empresa, específicamente con la elección del mejor trabajador del año. Al viejito elegido lo homenajearon en una ceremonia a toda pompa, en donde le regalaban un aparato de radio y el gerente en persona le hacía entrega del diploma que lo acreditaba como el trabajador distinguido del año. Luego, se mandaba un cóctel con los pescados grandes y sus bellas secretarías personales. Los pescados, copa en mano, le sonreían displicentes, le palmoteaban el hombro y le preguntaban, paternales, por la salud de su mujer y el estudio de sus niños. A la semana siguiente el mejor trabajador del año era palomeado sin misericordia alguna. El viejito, con la paloma en una mano y el flamante diploma de mejor trabajador en la otra, sin poderlo creer todavía, con una patética expresión de sonámbulo en su rostro reseco, recorría las oficinas pidiendo una explicación imposible, tratando de convencer a secretarías y administrativos de que indudablemente se trataba de un error. Y esgrimía su diploma recién enmarcado, con su nombre escrito en doradas letras góticas, en el cual el Gerente de Operaciones y el Gerente de Recursos Humanos, con el testimonio de sus rúbricas rimbombantes aún frescas en el pergamino, acreditaban y daban fe de que se trataba, en efecto, de fulano de tal, con más de treinta y cinco años de servicio, elegido como el mejor trabajador del año en reconocimiento a su valioso aporte y trayectoria en la empresa. ¿Lo ve, señorita?, gemía lastimosamente, ¿Se da cuenta de que a mí no me pueden hacer esto? En tanto que un par de lagrimitas de perro apaleado se le deslizaban por las mejillas como quemantes gotas de salitre fundido.

Así fue de nefasto el paso de las palomas. Algo como jamás antes se vio en ninguna de las viejas oficinas. Todas las masacres salitreras, todas las injusticias cometidas, todo el dolor de las huelgas interminables de aquellas épocas, no habían logrado mellar el espíritu de los pampinos como lo hicieron estos cabrones pajarracos de papel.

Y con una psicosis de esa envergadura, ¿quién cresta, díganme ustedes, iba a poder trabajar tranquilo? Los pobres viejos andaban todos sobresaltados. Se les veía todo el día angurrientos y malhumorados, apretándose las manos a cada rato, cortándose los dedos, tropezando en las escaleras, quemándose con salitre fundido, arrastrados por las

correas transportadoras, accidentándose, en fin, a todo momento y de la manera más inverosímil.

En las noches no dormían conversando con sus mujeres.

— Si me llegaran a palomear, vieja.

— Ni Dios lo permita, viejo.

— Adónde diantre nos vamos.

Algunos simplemente no soportaban la presión reinante y, antes de acriminarse por cualquier cosa, encorajinados como andaban, optaban por mandar todo a la mierda. Se cancelaban voluntarios y se las envelaban adonde fuera. Preferían pasar hambre en sus tierras antes que seguir viviendo las veinticuatro horas del día con esa obsesión metida en el alma. “Es lo mismo que andar pisando huevos con los punta de fierro, paisanitos”, decían. “¡Que me lleve el demonio, pero yo me largo!”.

17

Es pasada la medianoche cuando comienza a soplar el viento sur. La nube de tierra que día y noche emana de los molinos de caliche, hace un lento viraje en cuarenta y cinco grados y, silenciosa y densa, orillando la gran torta de ripios, se va dejando caer sobre el dormido campamento. Como un inmenso dragón ingrátido, sonámbulo, desintegrado en flotantes partículas de sal sucia, la polvareda va cubriendo completamente las calles, los árboles y la noche; apestando mórbidamente la luz de la luna llena; colándose al interior de las casas por todos los agujeros imaginables, por las hendijas más estrechas, por las trizaduras más ínfimas, por los increíbles resquicios. Imperceptible como una enfermedad, la nube de polvo se va cerniendo nocivamente sobre los seres y las cosas: espolvoreándose sobre los pisos recién encerados, sobre el tevinil de los sillones, sobre el brillo del mantel de hule de las mesas de tablas, sobre los anaqueles, sobre las repisas con pañitos almidonados, adhiriéndose al plumaje de lana de los impávidos cisnes de los gobelinos, destacándose sobre las insomnes rosas de plástico, sobre el óvalo vacío de las fruterías de yeso, sobre la bamba roja de la negrita de yeso, introduciéndose en las tristes alcancías de yeso.

Implacable, la neblina de polvo va penetrando en los pequeños dormitorios afantasmado la luz de la única lámpara encendida, deslustrando el pelaje de los ositos de peluche, filtrándose en la respiración azul de los niños dormidos (neblinándoles hasta los mismos paisajes de sus sueños), llegando hasta los dormitorios matrimoniales, cubriendo con su finísima colcha de sal los cuerpos desnudos de los esposos trenzados en un abrazo exánime sobre las blancas sábanas de sacos harineros, entrándoles por los oídos, entrándoles por las narices, entrándoles por las exangües bocas abiertas (de mañana amanecerán gustando un sedimento amargoso y escupiendo del mismo color y consistencia del adobe), entalcándoles las negras cabelleras desmelenadas, las cejas, las pestañas, el rizado triángulo de sus pubis negros. Blanqueándolos va la bruma morbosa, encaneciéndolos, envejeciéndolos prematuramente tal si quisiera regresarlos al polvo bíblico antes de tiempo (en el oscuro cuarto del fondo el abuelo insomne hace rato que yace transfigurado en enharinado espectro).

Y la pavorosa nube de tierra, el letal hongo de sílice, continúa precipitándose perniciosamente sobre el inerme campamento dormido, borroneando los azules perfiles de la noche, difuminando los contornos del mundo, eclipsando mortecinamente el duro universo del hombre salitrero.

Geófagos resignados, los viejos que en el velorio de la Reina Isabel conversan en grupos en el patio de los buques, a la puerta de su capilla ardiente, no se dan siquiera por aludidos de la malsana polvareda que ya los cubre por completo, que los desdibuja, que los diluye hasta hacerlos aparecer como habitantes del fondo de un mar de secas aguas

sucias. A dos pasos de distancia no se reconocen entre ellos; a cuatro ya no se alcanzan a divisar ni las siluetas, pese a la roja lumbre de sus cigarrillos que en medio de la mefítica bruma siguen fumando como si nada, impávidos, inhalando humo y polvo a la vez.

Pero se lo toman con humor los hombronazos. “Hay que respirar pues, señoritas”, les dice el Hombre de Fierro a las dos prostitutas de Calama que, al borde del sofoco, han salido del camarote fúnebre con la ilusión de hallar afuera un aire más limpio. Con un leve pañuelo bordado cubriéndose las boquitas de fresa, las mujeres han salido comentando que no podían entender de qué modo ellos podían tragarse todo ese polvo como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Y no se enferman ustedes, pordiositosanto? —preguntan con afectada inocencia las hetairas calameñas.

—No se les dé nada, señoritas —le dice, semiserio, el Tococo—, que aquí en la pampa está comprobado científicamente que hasta las mismas guaguas ya vienen con un porcentaje de sílice en sus pulmones pequeñitos.

—O sea, linduras mías —fataliza rotundamente el Salvaje—, se puede decir que desde el mismo vientre materno de nuestra madre, nosotros los pampinos ya venimos fritos.

—Con decirles, señoritas —tercia de nuevo el Hombre de Fierro—, que si a los mismos gorriones de la plaza se les hiciera una radiografía, los hallarían a todos enfermos de silicosis.

—Siempre y cuando a los pajaritos no les diera por cobrar indemnización —salta irónicamente el Salvaje—. Porque entonces los doctorcitos de por aquí capaz que los manden a tirar pala a la mina de puro sanos que los hallarían.

Las prostitutas, luego de comprobar que afuera es el mismo cocho de tierra a respirar, se acomodan sus calados chales negros, y en un andar balanceadísimo, frunciendo siúticamente sus boquitas poto de gallina, vuelven a entrar a la habitación. Allí el polvo ya ha velado totalmente la atmósfera. A través de la ventana abierta, bajo la difusa luminosidad de la ampolleta de 25 watts, las siluetas de los acompañantes se ven moviéndose como en un triste acuario rebasado de la misma agüita turbia del sonámbulo mar de afuera.

Los distintos grupos de viejos en el patio reanudan sus conversaciones interrumpidas brevemente por la presencia melindrosa de las niñas. El grupo del Hombre de Fierro continúa con el tema motivado por el cambucho de pan que el Cacha Diablos, silencioso e inescrutable como siempre, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero café, todavía paseaba bajo el brazo a esas horas de la noche. El cambucho con un pan untado apenas de margarina y amarrilleándole una traslúcida lámina de queso cortado como con hoja de afeitar, más los pequeños envoltorios de té y azúcar con las porciones rigurosamente medidas para una ración —su desayuno para llevar a la mina—, había hecho recordar al grupo de viejos la abundancia atorante de la antigua mesa pampina.

El Hombre de Fierro, que en sus andanzas de patizorro viejo recorriera diecisiete oficinas arrugando pampas, continúa evocando, con los grandilocuentes gestos de manos que lo caracterizan, los memorables atracones que se daba la gallada de antes y las legendarias cantinas de aquellos tiempos. Bravas mujeres aquellas, de ánimo siempre jocundo, que en prehistóricas cocinas de ladrillos, abrasantes como calderas del infierno, manipulando inmensos fondos de fierro enlozado, preparaban diariamente sus épicos banquetes proletarios. En comedores de calaminas y piso de tierra (ardientes en verano y mortalmente helados en invierno), en pródigas mesas a tabla desnuda, grandes como barcos, estas grandes mujeres pampinas, secundadas por sus saludables hijas mayores, daban de comer en sus casas a centenares de hombres extenuados y hambrientos, enrabiados y furiosos contra la explotación. Y más encima debían preocuparse de atender

en mesas lo más distantes posible a tiznados y patizorros para evitar sus eternas riñas de niños grandes. En los tiempos de González Videla debían velar, además, porque a ninguno se le ocurriera ponerse a leer el diario en la mesa; tan feroces lectores eran catalogados de inmediato de comunistas, y por el solo hecho de dar pensión a un comunista, a ellas se les cerraba inmediatamente la cantina.

Aun en los tiempos más difíciles, recuerda el Hombre de Fierro, cuando en la pampa se anduvo a patadas con los piojos (en las plazas los rotos se entretenían tirándoles bichos disimuladamente en la cabeza a los suches de escritorio), la comida fue siempre esencial, suculenta y abundante: sagrada. El desayuno, por ejemplo, se servía en platos, y el bistec no podía fallar de ninguna manera, y con doble acompañamiento: cebolla frita y sémola o cebolla frita y cabellos de ángel o cebolla frita y cocho con sal (o San Martín, como también se le denominaba a esta humeante mazamorra de harina tostada preparada con grasa, con sal y orégano, y sustanciosamente oleada con el jugo de la carne). Cuando el desayuno estaba pobre, el boliviano y olorosísimo café a granel, con leche, acompañado de unas sopaipillas más grandes que el mismo plato, era más que suficiente para empachar el apetito épico del voraz obreraje.

El almuerzo era grandioso. Si la gallada llegaba con apuros de trabajo lo podía pedir en convoy, entonces les traían todos los platos de una sola vez, los que, en hilera sobre la mesa, formaban un convoy humeante, apetitoso, rebasado. Si sólo faltaba que les pusieran barandas a esos platos, paisanitos. ¡Y qué platos! Vayan tomando nota: deprimero venía una epopéyica cazuela de vacuno enjundiosa como ella sola, con una tumba más grande que la de los libres, una redonda papa de esas de Coquimbo, un tercio de choclo con sus dientes completitos y apretaditos, el áureo trozo de zapallo y el buen manojo de porotos verdes; todo esto olorosa y gloriosamente emperejilado como Dios manda. De segundo, el proletario plato de porotos burros o bayos, con riendas o con mote, adoquinado suculentemente de una lluvia de chicharrones y servido con una picante y geográfica mancha de ají color que hacía bramar de gusto a la gallada. El tercero, o postre que le llaman ahora pretenciosamente las veteranas, y que en la mayoría de los casos no pasa de ser sino un feble vaso de jugo en polvo, consistía comúnmente en esos tiempos en el delicioso y chilénísimo huesillo con mote —en verano mantenido fresco a puro saco de gangocho mojado— que servido también en plato hondo y con cuchara grande, era la gloria misma para esas erosionadas gargantas salitreras. El lonche también venía en platos; y la ensalada a la chilena, con la cebolla sin amortiguar (porque en esos tiempos la cebolla amortiguada era cosa de maricones), acompañada del grueso bistec ensangrentado, era infaltable. En la noche la comida llegaba haciéndole el peso al almuerzo. No como las anémicas sopitas en sobre de ahora, pues, paisanitos, que lo dejan a uno ofreciendo concierto de tripas toda la santa noche. En esos tiempos el charquicán espesito, las pantrucas tiradas o los aromáticos chunchules, eran comidas que verdaderamente afirmaban el pulso a esos hombrones que el en infierno de las calicheras machacaban la piedra de sol a sol.

Los domingos eran una fiesta aparte. La cazuela de ave, la empanada de horno picantita o el exquisito pastel de choclo, le daban el sabor distinto al esperado día de descanso.

La sandía (en época de sandías), riéndose avergonzada sobre la mesa, toda empolvadita de harina tostada, iluminaba el rostro de los comensales como rojas lámparas de frescura, las victrolas sonaban con las mejores canciones de Jorge Negrete y las hijas de las cantinas, recién lavaditas ellas, atendían con delantales nuevos y cintas rosadas en el pelo.

Ángeles en ese mágico cielo dominguero, las niñas hacían desfallecer de amor a los pensativos pensionistas enamorados. Ellos sabían que esas sanas mujercitas de trenzas largas, duchas en tácticas y escaramuzas domésticas, que se levantaban a las

cinco de la madrugada a encender la cocina a carbón, que sabían preparar un causeo o un banquete tan gloriosamente como sus madres, y que lo mismo tocaban la guitarra como despiojaban a sus hermanos menores o partían a hachazos un durmiente enterito sin perder en ningún instante la gracia floral de sus catorce o quince años, eran las mejores hembras que existían para tomar un día como esposas.

Y aquí el Hombre de Fierro hace un aparte en su narración para entrar a contar — de nuevo— su romántica historia de amor con la bella hija de una de estas cantinas. En verdad, la única historia de amor romántico ocurrida en su monótona vida de pampino solo. Fue en la oficina Flor de Chile. Él era uno más en el callado tropel de pensionistas jóvenes enamorado de la niña. Como sus padres pertenecían a una congregación evangélica, a la niña se la conocía en la oficina como la Canutita. Tenía quince años aún no cumplidos, tenía la piel soleada de la quena, tenía una risa de dientes blancos como el salitre y era dueña de un cuerpo de mujer a punto, enverado por el clima tórrido y el natural fertilizante que es la pampa toda. Diariamente, al recoger la mesa, la niña recolectaba decenas de papelitos doblados debajo de las alcuasas o dejados estratégicamente entre las alargadas botellas de agua. Apasionadas misivas de amor que ella, después de leer con cierta pena y un vago sentimiento de culpa, dejaba olvidadas entre los trastos en algún rincón de la cocina. En la Oficina era sabido de todos que varios hermanos de la congregación religiosa a la que asistía con sus padres, hacían consagrados ayunos de penitencia por amor a la niña; que, desaforados de pasión, se iban a orar a gritos en el silencio eclesiástico de los duros cerros de la pampa pidiéndole a Dios les concediera la gracia de hacerla su esposa.

Aunque la niña prodigaba sus sonrisas a todos en general cuando servía a la mesa, el Hombre de Fierro se había forjado algunas ilusiones. Era compañero de trabajo y amigo personal del padre. Un viejo minero que tenía la virtud de haber aprendido a leer en las Sagradas Escrituras y que sólo podía hacerlo en sus versículos; en las páginas de un diario o en cualquier otro libro de tono mundanal, el abecedario se le volvía nomenclatura indescifrable, críptica. Este santo varón no perdía oportunidad para hablarle de la Palabra de Dios y tratar de sacarlo del ancho camino que lleva a la perdición y encauzarlo por el angosto y lleno de espinas de la salvación eterna. Y el Hombre de Fierro, con el buen pretexto de conversar y conocer mejor el nombre de Dios, se dejaba caer por la casa de la cantina a esas horas de la tarde en que el ajetreo se detenía por un rato y se podía ver entonces a la niña en toda su esplendorosa adolescencia. A esas horas de la caída del sol, mientras los mayores se sentaban a la puerta de sus casas de latas, y el día moría en el horizonte como en una de esas lentas películas de pueblos perdidos, un enjambre de niños se iba juntando en la calle para armar sus rondas y sus juegos bulliciosos. Sus mandandirundánicas canciones, que como en todas las aldeas del mundo hablaban de príncipes buscando esposas y otras atávicas historias de amor, apaciguaban el paso cósmico y sobrecogedor del bíblico crepúsculo del desierto. Y era en estas ocasiones en que el Hombre de Fierro, un taciturno jovencito en aquel tiempo, de zapatos estrictamente lustrados, pantalón negro y aplanchadísima camisa blanca, languidecía de amor viendo jugar a la pequeña mujercita con esa entrega y pasión frenética que sólo ponen los niños en sus juegos y los amantes en el amor. Sus vestidos de organdí, sin embargo, sus cintas de seda atadas a las trenzas largas hasta la cintura, sus calcetines blancos y esa luminosidad pura en sus ojos evangélicos, llevaban al Hombre de Fierro a encontrarla aún muy niña y a seguir esperando un tiempito más para declarar su amor y hablar de ello con sus padres.

Hasta que un quemante domingo de mayo en la mañana apareció en la cantina el Rucio, el hombre que dejaría con un palmo de narices a todos los pretendientes de la niña, gentiles y religiosos. El Hombre de Fierro recuerda perfectamente el día porque fue el mismo en que el Cristo de Elqui llegó a predicar a la Oficina y comió sentado junto a

ellos en la mesa, invitado por el cantinero. Venerado por algunos y vituperado por otros (había quienes le prendían velitas y quienes lo corrían a piedrazos de sus calles), el Cristo de Elqui apareció por la Oficina en un lamentable estado de miseria. Su burda saya café, larga hasta los tobillos, atada a la cintura con una pita de saco, se veía rezurcida una y mil veces y llena de lamparones de grasa espolvoreados del salitre de los caminos. Y tal vez porque sus cristianas sandalias se le habían desbaratado o perdido, andaba calzado ese día con unos resechos calamorros mineros. Abiertos, inmensos (como tres números más grandes), con las puntas torcidas hacia arriba, los calamorros asomando por debajo de la saya le daban una estrambótica facha de loco desatado, facha acentuada por el grotesco modo con que los fieros bototos le hacían caminar. Seguido por una jauría de niños, el Cristo recorrió la Oficina predicando y dando testimonio de cuando él era un pecador impenitente, un bebedor empedernido y un mujeriego sin remedio. Cuando entró al comedor acompañado del padre de la niña, los perplejos pensionistas se quedaron con la cuchara a medio camino y, con una reverencia inconsciente, se pusieron de pie prestamente. Ahí en el comedor hizo el Cristo de Elqui su primer milagro. Con su voz aguardentosa y una firmeza en sus ojos llameantes que nadie pudo resistir, pidió juntar las tres mesas e hizo compartir el pan como hermanos a tiznados y patizorros. Él se sentó a la cabecera mesiánicamente y bendijo la mesa con una tronante oración corta. Su desgredada y sucia barba negra, su piel cuarteada por el sol y el agrio grajo que despedía su cuerpo cansado, le daban un auténtico aire de profeta, de afiebrado predicador en el desierto. A la cantinera le pidió por favor que le ofrendara con puro segundo. De primero había cazuela de carne vacuno y él no comía carne de ninguna especie. Hablando de Dios y de su santa madrecita, a quien había hecho la promesa de predicar la Palabra, se manducó bestialmente tres platadas de porotos con mote. Su barba quedó repugnante, embadurnada de ají color. Cuando la hija de la cantinera le preguntó si el señor se iba a servir tercero, él le dijo que no. Llenó, en cambio, un vaso con el agua pura de una de las botellas de la mesa y mientras la bebía no dejó de mirar a la niña con una lujuria vidriosa, como de sus mejores tiempos de pecador.

Pero la niña, cristiana y todo, no había hecho mayor asunto de la presencia del Cristo de Elqui en su casa. Ella en esos instantes tenía ojos solamente para el pensionista nuevo. Aprendiz de electricista, el Rucio había llegado esa misma mañana a la Oficina en busca de trabajo y se hallaba sentado en el otro extremo de la mesa. Como un felino anticristo, sus ojos verdes dejaban una estela fosforescente tras el sinuoso trajinar de la niña. Ella, que de pronto había perdido su natural dominio y compostura, presa de un sonrojado atolondramiento de amor, no sabía cómo andar ni cómo desenvolverse entre el, ahora, complicado laberinto de mesas. Desde ese día, más peinadita y modosita que nunca, exquisitamente erubesciente, la Canutita comenzó a servir las mesas casi bailando. Al Rucio le servía su alborozado corazón abierto en rebanadas rojas, enmielado y espolvoreado todo por la llovizna blanca de su sonrisa radiante. Haciendo de su estado de merecer una evidencia repentinamente incuestionable, la niña se hizo desaparecer las cintas del pelo, ahorcó su cintura, soltó las palomas de sus caderas nupciales y dejó de jugar indefinidamente por las tardes al Pajarito a tu jaula. Sólo dos meses después se casaron.

Una semana antes de la boda el Hombre de Fierro arregló sus monos, pidió el sobre azul en la empresa y se marchó a trabajar a la Oficina de otro cantón. El único recuerdo que se llevó de su amor inconfesado fue la Biblia que le había regalado el padre de la niña y que tantas veces leyera junto a ella. Encerrado en la soledad de las piezas de soltero, la siguió leyendo por algún tiempo en las tardes después del trabajo, pero solamente, el libro del Cantar de los cantares, que una tarde descubriera por casualidad y del cual tenía subrayado con un lápiz de carbón los versículos más hermosos y ardientes del gran poema de amor del rey Salomón. Al correr de los años había extraviado la Biblia

en el ir y venir de una Oficina a otra, pero nunca más se olvidó de aquella niña hermosa como el lirio entre los espinos y a yegua de los carros de faraón comparada.

Adentro, mientras tanto, a causa del espeso polvo ambiente, las meretrices han optado por cerrar el ataúd. Prácticas tanto en alegría como en el dolor, han puesto sobre la tapa, entre dos blancos floreritos de loza, un pequeño portarretrato de baquelita que encierra una fotografía en blanco y negro de la Reina Isabel. En la fotografía, la Reina Isabel, luciendo uno de sus talismánicos pañuelos de seda en la cabeza, aparece sonriente, de medio cuerpo y veinte años más joven. Da por pensar que la leve sonrisa que le aliviana la expresión siempre taciturna de su rostro, no es tanto por el pajarito en sí como por la ingenua pose de artista de ca baret que en un festivo impulso de última hora se le ocurrió fijar en el bromuro de plata. El retrato se lo había hecho una tarde de aburrimiento, a una semana de haber llegado a trabajar a los buques de la Oficina, y tiempo después se la regaló en señal de amistad eterna a su mamotrética amiga la Ambulancia, con portarretrato de baquelita y todo.

A los pies del cajón, en tanto, se han ido acomodando las coronas llegadas durante el transcurso de la noche. Adornadas con largas cintas de papel, las ofrendas fúnebres, confeccionadas casi todas en las pensiones de los viejos, en su mayoría siguen siendo de flores moradas y azules. Algunos de los hombres que habían participado en la búsqueda del Astronauta, ya bañados y mudados de ropa, comentan con desgano sobre lo inútil de la búsqueda. Al regresar al campamento, alguien los había conformado con que no debían tomarlo muy a la trágica. Que sabido era de todos que no era la primera vez que el hombrecito se echaba a la pampa en la noche; que frecuentemente se estaba internando en ella con el ánimo de hacer contacto con naves extraterrestres, objetos voladores que por estos diáfanos firmamentos boreales, ahítos de estrellas y luminosidades misteriosas, se veían aparecer con más frecuencia que los mismos aviones.

18

La tarde en que el Burro Chato desenvainó su verga de animal cerrero y la depositó, parsimoniosamente, sobre una mesa del Gran Vía —ante el jolgorio de los ebrios y el asombro legítimo de mesoneras y prostitutas—, no hizo más que refrendar públicamente el apodo que le colgaran el mismo día de su llegada a la Oficina.

Los que así le bautizaron —sin presentir el acierto tautológico entre el sambenito y su asnal apéndice— no habían tenido que devanarse demasiado los sesos para hacerlo. Y es que el pequeño hombrecito, que a los palmoteos y bromas socarronas no hacía sino arrugarse y pelar las encías en una mueca que a duras penas podía llamarse sonrisa, tenía la piel cenicienta de los burros, olía como burro, caminaba con ese trotecito corto característico de los burros y su pelo, duro y apelmazado, le caía como verdadera crin sobre sus estópidos ojos de burro. El calificativo de chato habíale sido agregado por su exiguo metro cuarenta de estatura, logrado a duras penas por los altos tacones de huaso con que acondicionaba sus zapatitos de niño.

Pávido, silencioso y mal vestido, el Burro Chato cayó por la Oficina en uno de los últimos enganches que se hicieron a las salitreras, poco tiempo después del golpe militar y antes de la muerte de la Reina Isabel.

Para atraer mano de obra a la pampa, esta vez no se necesitó de la lengua narcotizante de los enganchadores de antaño; esos rumbosos profesionales del embaucos que, luciendo obscenamente el oro de sus anillos, de sus relojes, de sus leontinas y pitilleras (y de sus relumbrantes dentaduras postizas), recorrían los campos de Chile engatusando con sus cuentos de riquezas fáciles a cuanto campesino mal parado hallaban por esos lares. Esta vez un escueto avisito en los diarios fue anzuelo más que

suficiente: centenares de cesantes del sur del país, en un último manotazo de sobrevivencia, dejaron sus casas y sus familias para venirse a un norte que se les hizo mucho más largo y arduo que aquel pintado de color café y recorrido tantas veces con el dedo de los impávidos mapas de la escuela primaria.

Al contrario de los enganches de antes, compuestos en su mayoría por campesinos analfabetos que arrebañados en las cubiertas de vapores de carga se venían soñando despiertos con El Dorado, esta vez el ganado venía más revuelto. Empleados de fábricas en quiebra, albañiles flacos como sus llanas, pálidos burócratas meditabundos que habían perdido sus puestos por el color encarnado de sus corbatas y sólo uno que otro campesino de mirar vago. Hombres que se habían hecho a la aventura sin pensar en vellocinos de oro, sino simplemente por reencontrarse con algo tan esencial y cotidiano como es el golpeteo de la cuchara. Y al contrario también de los enganches de aquellos otros tiempos, cuando tras la desilusión de un sueldo miserable, un trato de animales y un trabajo de forzados en planeta ajeno, los enganchados no tenían cómo ni en qué volverse a sus tierras, esta vez fueron muy pocos los que se quedaron. Los que no desertaron el mismo día de su llegada lo hicieron al recibir el sobre de su primera paga. Simplemente no pudieron resistir un paisaje en donde no hallaron sino soledades sin coto y una tristeza trazada por calles como sumidas en el sopor desesperante de una siesta perpetua. Las largas corridas de casas adosadas, idénticamente iguales una con la otra, y esas enmuralladas ciudadelas en donde los amontonaron hasta de a diez por camarote, les oprimían el corazón en una espantosa ansiedad carcelaria. Del sol terrible de mediodía y del frío glacial de las noches, y más que nada de esos tierraes eternos que, arremolinados y ásperos, se les metían por las hendijas de sus pensamientos espolvoreándoles de arena el recuerdo de sus lejanos valles verdes, era contra lo que más despotricaban al partir. El color del vino y el sentimiento de las canciones rancheras fue lo único familiar que vinieron a encontrar.

Uno de los pocos que se quedaron fue el Burro Chato. Cuidador de cabras en un caserío perdido al interior de Ovalle, casi al pie de la cordillera —desde donde no había salido jamás—, el silencio y la soledad habían sido su traje cotidiano. De modo que el abandono casi lunario de la pampa no le hizo menor impresión. Al contrario, la atmósfera festiva de los numerosos ranchos y fondas con su música mexicana, el jolgorio frenético de los días de pago y las caderas tramoyantes de las mujeres ajetreando entre las mesas, risueñas y palpables, le maravillaron sobremanera. Deslumhrado por aquel ambiente de parranda que le embotaba los sentidos y lo hacía estremecer con una alegría casi irracional, el Burro Chato comenzó a beber y a fumar como condenado. A veces acodado en el mesón, a veces sentado en la más arrinconada de las mesas, enigmático y retraído como un gato de techo, se pasaba horas y horas agazapado tras la humareda azul de un cigarrillo encendido con la lumbre del anterior, oyendo cantar a Yolanda del Río y auscultando de reojo el nalgatorio alegre y exuberante de las mesoneras. En poco tiempo el Burro Chato se convirtió en uno de los más empedernidos parroquianos de cada uno de los boliches de la Oficina. Sus tomatinas se fueron tornando cada vez más frecuentes y calamitosas. Se emborrachaba diariamente, mañana y tarde. Faltaba al trabajo, no se aseaba, comía apenas y cada día amanecía durmiendo a la intemperie, arrinconado como un quiltro contra las tablas de cualquier gallinero de callejón. Antes de cumplir los seis meses en la pampa, renunció definitivamente al trabajo.

La tarde de la apuesta se hallaba acodado en el mesón bebiéndose el último vaso de la última botella adquirida con el dinero de la venta de sus zapatos de seguridad. Mientras tiritaba y masticaba los postreros sorbos del vinacho, no cejaba en mirar hacia el bullicioso rueda de mineros ebrios instalados en una de las mesas del fondo. Con el vaso ya vacío en la mano trémula miraba hacia la mesa con el mismo vértigo de fascinación con que se mira un abismo. Los borrachos, acompañados de las mesoneras y de algunas

niñas de los buques, se hallaban en ese momento enfrascados en uno de sus frecuentes torneos fálicos. De pronto, sin dejar su vaso vacío, aferrándose a él como a una lámpara apagada, el Burro Chato se acercó a la cáfila de apostadores. Se abrió paso tímidamente hasta el centro del ruedo, se desabrochó el marrueco y, sin decir palabra, sin el menorgesto de presunción o exhibicionismo, sino más bien con la actitud de un jugador de naipes extendiendo el peor juego de su vida, vino en depositar sobre la mesa la extravagancia lánguida de su sexo descomunal, esa especie de tótem africano con que Madre Natura, en un alarde de equidad insana, le quiso retribuir a cambio de su esperpéntico enanismo y que al final había llegado a convertirse en la peor de sus tragedias. A causa de ella, a lo largo de sus cuarenta y cuatro años de vida, jamás había conocido mujer.

A los aplausos y palmoteos que el Burro Chato recibió de la alborotada concurrencia —sin un asomo de triunfo en su expresión asnal—, siguió una ininterrumpida lluvia de cervezas y una eufórica tanda de bromas y chascarros obscenos que duró hasta la misma hora de cierre del local. La celebridad ganada esa tarde, aunque le abrevó la sed hasta el último día antes de desaparecer intempestivamente de la Oficina, lo obligó, en cambio, a repetir el acto en cada invitación que se le hacía por ese interés. La gran popularidad que llegó a alcanzar en el ambiente de los boliches le sirvió además para que los dueños comenzaran a ocuparlo en algunos servicios insignificantes a cambio de restos de comida y, sobre todo, de la urgente caña para calmar los turururos de un delirium tremens que ya comenzaban a recorrerle la piel.

Pocos sabían, sin embargo, que en sus borracheras, sobre todo después de hacer su numerito, el Burro Chato era atacado por una especie de melancolía fálica que hacía crisis cuando iba al baño. Allí, después de sus largas y absortas meadas de caballo, se quedaba contemplándose con una consternación infinita para terminar después acuclillado entre los charcos amoniacales de los mingitorios pringosos, acunándolo tiernamente entre las manos y sumido en un lastimoso llantito de perro chico. Su tragedia era la de un niño que habiendo recibido un juguete demasiado grande para su edad, se da cuenta de que el armatoste no le sirve en verdad para nada, salvo para alardear frente a otros niños del barrio y, cuando está solo, para sentarse sobre él a imaginar desaforados juegos de hombre grande.

Con la anuencia de los vigilantes de los buques, el Burro Chato dormía tirado sobre diarios viejos en uno de los camarotes en reparación. Se cubría con los retazos deshilachados de una manta que alguna vez había sido a rayas rojas y verdes, y una derrengada maleta de cartón le servía de almohada. En esa maleta guardaba los restos de lo que debió ser alguna vez una camisa blanca, las piltrafas de unos calzoncillos largos, algunos calcetines huachos apelotonados y endurecidos como crisantemos y papeles de documentación ajados, firmados con la huella azul de su pulgar de niño. Eso era todo su patrimonio. Las niñas de los buques, que habían terminado por acostumbrarse a su presencia silenciosa, a su retraída actitud de quiltro apaleado, lo acogían y trataban con aquella chancera superioridad que gastan los payasos con sus mascotas de circo. Ellas lo proveían de cigarrillos, a veces le invitaban una cerveza y de vez en cuando le dejaban caer algunas monedas que él trataba de ganarse a costa de un servilismo perruno. En los días de pago se ofrecía, incluso, para cambiarles el agua a los picheles del aseo, cuando las largas colas de clientes obligaban a hacerlo tan seguido que para las emprendedoras niñas resultaba una pérdida de tiempo precioso ir hasta los baños. En sus ratos de ocio, cuando se juntaban a matar las horas lentas de la siesta salitrera, las niñas lo abrumaban de palmoteos y pullas de grueso calibre, relativas a su apodo, pero cuidando muy bien, eso sí, de no abrirse mucho de piernas delante de él. Sobre todo después de que se corriera el rumor del famoso papelito: una licencia para fornicar burras, decían, que una noche, en una tomatra en la Cueva del Chivato,

mostrara llorando a todo el que la quiso ver. El documento en cuestión dejaba entrever que allá en su tierra, después de varias denuncias por bestialismo en su contra, y tras una estupefacta inspección ocular a su arma del delito, en un gesto de compasión un tanto desatinado una autoridad le había timbrado un papel que lo facultaba para ayuntarse con animales, “preferentemente del género equino”, como decían que rezaba la licencia, certificado o permiso municipal, los que habían podido leerlo. Y que a continuación se explicaba que dicho documento se le extendía con el único y sano propósito de salvaguardar la integridad física de las esposas, hermanas y madres del lugar.

Algunas de las niñas creían en el cuento del papelito y, convencidas de que no podía ser para tanto, lo andaban chacoteando a todas horas: “Miren al perla —le decían—, con licencia para tirar burras. Ni James Bond que fuera el chicoco piñufliento”. Y no creyeron hasta una tarde de calor libidinoso, cuando a la Ambulancia, embotada por el sopor y los vapores de un par de cervezas tibias, no se le ocurrió nada mejor para demostrar sus agallas de hembra que llevarse al Burro Chato a su camarote.

Apiñadas aquella tarde a la puerta del camarote de la Reina, en paños menores y sentadas en el suelo, las matronas trataban de capear la canícula con la docena de cervezas que habían mandado a comprar al Burro Chato, que casi quemaban de calientes. Luego de abrir las botellas y servirles, el hombrecito se había sentado con ellas en el suelo, con los ojos bizcos ante la profusión de tetas y muslos al aire. Azuzadas por el calor, las mujeres comenzaron a torearlo fingiendo un repentino ataque de libidinosidad. Impúdicas y obscenas, le pedían al Burro Chato que por favor les rascara la espalda (“pero más abajo pues, huachito”) o que les desabrochara el sostén que las sofocaba. Mientras las más atrevidas lo toqueteaban y le rogaban que no fuera malito, que qué le costaba mostrarles aunque más no fuera la puntita. Y tentadas todas de la risa hacían la comedia de que iban a desenfundárselo a la fuerza, mientras el Burro Chato, trastornado, sudando melaza, ronroneaba nerviosamente su risita de encías peladas y se defendía sin mucha convicción. Hasta que la Ambulancia, con las mejillas encendidas de calor y las pupilas viciosamente empañadas por el fermento de las cervezas tibias, se incorporó densamente del suelo, se alisó sus anchas enaguas blanquísimas y dijo que ya estaba bueno de joder al pobre enano. Que si ninguna de las ahí presentes se atrevía a enfundarle la herramienta al hombrecito, ella sí.

Pues si en el mundo existía una hembra como Dios manda, esa no era otra que la Ambulancia, su segura servidora. Y argumentando socarronamente que si alguien no le hacía el favor, el pobre infeliz se iba a morir pasado a burra, lo tomó imperiosamente de una mano, y en un sublime gesto de resignación, tal una abnegada madre arrastrando a su hijo idiota, se lo llevó tironeándolo a su aposento. “No puede ser tan bravo el burro como lo pintan”, les fue diciendo a sus compañeras que en una bullanguera comparsa la acompañaron hasta la puerta misma de su camarote.

—Aquí se encontró con su Princesa Rusa el pollito este —dijo antes de cerrar la puerta.

Pero ni esa verdadera bahía de puta que era la Ambulancia pudo acoger el acorazado que piloteaba el enano. Porque después de quince largos minutos de maniobras inútiles, de escaramuzas desesperadas, de barquinazos y cabeceos terribles, de oscilaciones y tumbos; después de soportar voluntariosa y firme los fieros espolonazos de tan grotesco destroyer, la formidable hembra, bañada su exuberante humanidad en su propia grasa derretida, resoplante sus fuelles poderosos, terminó desparramándose exánime sobre su impoluta cama blanca admitiendo para sí la humillante verdad de que en toda su inmensa ensenada, puerto hasta ahora de colosales navíos de guerra, no había de ser capaz de fondear tan desproporcionada eslora sin sufrir daños irreparables en sus dársenas.

Entonces, de pronto, descontrolaba y furiosa, en un último coletazo de ballena varada, desembarazó sus piernas pavorosas de las roldanas, se caló los refajos blancos, tomó al vidrioso Burro Chato en vilo y lo defenestró violentamente de su camarote. “Que

se vaya a pisar yeguas no más este burro marciano”, les dijo a las mujeres que, apiñadas a la puerta, no se habían perdido quejido del ciclópeo intento de acoplamiento. “Aunque habría que denunciarlo a la Sociedad Protectora de Animales por abusador. ¡Pobres bestias!”, terminó declarando enfáticamente la Ambulancia.

La noche en que el Burro Chato desapareció tragado por la oscuridad de la pampa, era fecha de pago en la Oficina. Había pasado toda la tarde bebiendo en el Chacabuco a cuenta de su siempre ovacionado numerito. Aunque ya habitual en los boliches, su acto resultaba tan atrayente que cuando no había contendores simplemente se le pedía una exhibición de feria. Su recompensa, como siempre, era una verdadera lluvia de cervezas. Y es que su sola manera, grave y ceremoniosa, de desenfundar su contundencia —los cuidados y arrumacos de guagua con que lo tomaba entre sus manos, y la delicadeza de puérpera con que venía en depositarlo sobre la mesa— era un espectáculo que hacía bramar de júbilo a los borrachos, cortarse de risa a las mesoneras y espeluznar de escalofríos a la infaltable vecina licenciada que, provocada por las narraciones impúdicas de la garzona amiga, se colaba al boliche para verificar con sus propios ojos desorbitados tan inquietante portento.

Casi al anochecer de aquel día, el Cabeza con Agua entró al Chacabuco con la novedad de que en los buques había llegado una chimbroquita nueva que estaba causando sensación (que estaba dejando la cagá, dijo). O si no que fueran a ver no más la mensa fila de huevones que tenía a la puerta. El Burro Chato se hallaba bebiendo esa tarde en compañía del Negro y Medio y del Paitaco, dos conocidos sablistas de la Oficina que le estaban ayudando a beber las cervezas ganadas recién en una apuesta. El contendor había sido un curicano al que apodaban el Tarro de Paté, de aquellos que les daba por bramar y agarrarse a cabezazos en sus borracheras temibles. Rechoncho, de rostro hundido y con un grueso cuello de toro, sus compinches lo habían convencido para que se midiera con el Burro Chato. Pero el Tarro de Paté, después de apreciar la animalidad brutal del enano, se había dado por vencido sin siquiera presentar batalla y, buen perdedor, le había llenado la mesa de botellas de cerveza. Y a esa mesa se allegó el Cabeza con Agua con el cuento de la putita nueva que estaba haciendo estragos en los buques. En esos momentos el Burro Chato se encontraba en el baño.

A una señal perentoria del Negro y Medio, un matón de aquellos que piden “un cigarro pa mí y otro pa la oreja”, el Cabeza con Agua guardó silencio, dejando para luego su relato. El Paitaco le estaba tratando de explicar al gorila su atravesada teoría sobre el tamaño del sexo de las mujeres. El cuento, vulgar carnada del boliviano para acercarse a las mesas y beber gratis, era la explicación aimara, según él, del porqué las mujeres grandes la tenían chica y las chicas grande. El mastodonte no lograba captar bien el asunto por el enrevesado modo de hablar del boliviano que, con la lengua traposa, entre el rebullido ensordecedor de las mesas y el corrido del Caballo prieto azabache sonando a todo volumen por los parlantes, decía o trataba de decir que “en los tiempos de la génesis al Diosito se le había olvidado hacerle sexo a las mujeres evas y como los hombres adanes pusiéranse a patear la perra, el tatita Dios vino en solucionar el problema del siguiente y rápido manera: enterró en la arena un espada con el punta para arriba y les ordenó a todas las paitoquitas pasar de una en una por sobre el punta filuda. Las paitocas más altas, de piernas largas como las grullas, apenas si rozaron el puntita filuda; en cambio, las paitoquitas chicas, cortitas de piernas, se quedaron con su tremendo tajo no más pues, hermanito”.

Cuando el Negro comenzaba a captarle la gracia a la fábula, se acercó a la mesa una de las garzonas a decirles que el Burro Chato estaba llorando hecho mocos en el baño y que por favor lo fueran a buscar. El Negro dijo que al enano había que dejarlo llorar, que así desahogaba en parte la gran tragedia de su vida. “Ya que ninguna de

ustedes tiene las agallas suficientes para desfogar al pobre muchacho”, dijo con expresión irónica.

—¿Y por qué no le haces el favor tú mismo, si tanto te enternece? —le contestó la mesonera, recogiendo algunas botellas vacías y retirándose con un burlesco meneo de nalgas.

El Cabeza con Agua, entonces, con su muy zafio estilo de siempre, procedió a terminar de contar la novedad de que a los buques había llegado una chimbiroca que a todas luces era nuevecita en esto del puterío, porque aparte de tratar de usted y no tener ni caracho de malaza, traía un carné de puta flamantito, sin uso casi, que esto lo había sabido por intermedio de uno de los vigilantes de los buques, un chuchonazo amigo suyo que había sido el primero en afilársela el muy pendejo, y que le había dicho, además, que estaba seguro de que hoy era el estreno de la minita en el chuchoqueo, porque de pura vergüenza que parece que le daba, ni siquiera se atrevía a revisar el filorte, y que en la lámpara del velador había puesto una ampolleta tan cagona que más que roja parecía negra la huevá, porque no alumbraba ni mierda, tanto así que él había estado a punto de darse un cuevazo mientras se desvestía, y que le había dicho también (aunque para él que aquí el piturriente del vigilante simplemente se había mandado los piojos) que cómo sería de perrita nueva la chimbiroca, que él había estado a un pelo de mandarla cortada.

Y enseguida se explayó en que la mina en cuestión era una huasita de por ahí de Ovalle, que no representaba más de veinte años, que era más bien blanca y que tenía los ojos de un extraño color claro. “Demasiado claros para mi gusto”, dijo. “Parece ciega la crestona”. Que él la había entrevistado en un cambio de agua y que debajo de la bata se le traslucía un cuerpo delgado y frágil. Dijo que su figura le recordaba a la Animita. Esa rubiecita del campamento (a la que después habían apodado la Animita) a quien tiempo atrás se le ocurriera ganarse un canchito en los buques y se metió de contrabando a un camarote, y después del cliente número 25, exhausta, a punto de desfallecer, había querido parar la sesión y los hombres que esperaban a la puerta no se lo consintieron y siguieron metiéndosele a la fuerza pese a que la pobre, ya sin sentido, ni siquiera resollaba. Y que si aquella vez no hubiese sido por la Reina Isabel (alguien le fue a avisar a la matrona de lo que sucedía) que la fue a rescatar de la enardecida jauría de hombres que aún aguardaban y que apuraban a los gritos al que estaba adentro, a la pobre la hubiesen seguido ocupando aun después de haberla muerto. Porque ya estaba casi agonizante cuando la Reina Isabel, tirándolo por las mechas, desacopló al bestia que en esos momentos tenía encima y se la llevó en braz... El Negro y Medio, con un golpe en la mesa, cortó bruscamente la conocida historia de la Animita —a la que no había puesto la menor atención— y dijo que se le acababa de ocurrir una idea. El Cabeza con Agua, que mientras hablaba le había entrevistado un brillito extraño en la mirada, creyó adivinar lo que el grandote iba a proponer. El Negro dijo entonces que esta era la oportunidad de oro para que el Burro Chato supiera al fin lo que era estar con mujer. “Para que de una vez por todas le vea el ojo a la papa el pobre enano”, dijo. Después agregó que como la putita nueva no revisaba y, además, se ocupaba casi a oscuras y, más encima, no conocía ni sabía del Burro Chato...

Media hora más tarde, ya oscurecida la calle, caminaban hacia los buques el Negro y Medio, el Cabeza con Agua y el Burro Chato. El Negro y Medio le llevaba una de sus manazas en el cuello al Burro Chato, afirmándolo y guiándolo como si fuera el irredento muñeco de un ventrílocuo. A su lado el Cabeza con Agua, fumando con gran aspaviento, iba afectando una borrachera que no era tal. Cinco minutos antes de salir, la mujer del Paitaco, una boliviana cuadrada y con rostro de piedra, lo había ido a sacar a empellones del rancho en medio de las pullas de los borrachos. Al momento de salir llevando a su marido casi a la rastra, desde la puerta del local la mujer volvió la cabeza e insultó a los parroquianos con un “¡beodos!” de altioplánico y gracioso acento.

A la altura de la corrida de los carabineros, el Negro y Medio se metió en uno de los callejones a desaguar. El Burro Chato, al que antes de salir le habían contado de qué se trataba el asunto, se le acercó tambaleante al Cabeza con Agua y, afirmados ambos en un tambor de la basura, le balbuceó tembloroso:

—¿Y si la mato, paisita?

El Cabeza con Agua se lo quedó mirando fijamente como si recién lo hubiese visto. Se fijó en sus crines cayéndole tiasas sobre los ojos; miró sus ojos que así, de cerca, le parecieron mucho más asnales todavía; escrutó su boca desdentada, sus comisuras espumeantes, y luego su mirada recorrió su indigente vestimenta, raída y sebosa. La constatación de su figura de pelele terminó por tranquilizarlo. La chimbiroquita tendría que ser ciega de verdad, o estar muy necesitada la pobre para acceder a ocuparse con un pelagatos astroso y tirillento como ese. Y aprovechando que el chafalote del Negro y Medio se demoraba en vaciar su vejiga, le dijo que los seguía, le dio una palmada en el hombro y desapareció avenida abajo en medio del gentío.

Después de las puteadas del Negro y Medio al constatar la deserción del Cabeza con Agua, siguieron hacia los buques los dos solos. “Este huevón está igual que el Capitán Araya”, dijo el mastodonte. “Embarca a los demás en el forro y él se queda en la playa”.

Su paso causaba hilaridad y toda clase de bromas por sus disímiles estaturas. Una vez en los buques, se parapetaron en los baños esperando se desocuparan los tres hombres que aún quedaban a la puerta de la nueva. No podían arriesgarse a que alguna de las otras niñas viera al Burro Chato esperando turno: podrían ponerla sobre aviso. Y fue mientras aguardaban, en el momento en que sólo quedaba un hombre en la fila de la nueva, cuando la Carrilana, viniendo desde la otra corrida de camarotes, entró al baño con su pichel del aseo y se encontró de sopetón con el Negro y Medio que, según le enrostró ahí mismo, le debía un par de polvos hacía más de tres meses. Después de un altercado de palabras e insultos de grueso calibre, el Negro y Medio le alcanzó un manotazo por la oreja a la Carrilana que ésta respondió de inmediato arrojándole sin asco la baldada llena de agua sucia.

Cuando el gigantón se vio con el agüita turbia de lavativas chorreándole desde la misma cara hacia abajo, medio cayéndose por la borrachera, siguió a la prostituta por todo el patio del buque en medio del general jolgorio y las pullas de los testigos. Y algunos dicen que fue en ese momento de confusión cuando el Burro aprovechó para deslizarse al camarote de la niña nueva. El asunto fue que cuando aún no se calmaban los ánimos y los viejos comentaban en corrillos la “polvorienta” mojada del Negro y Medio, se oyó un desgarrador grito de mujer. Enseguida se vio salir al Burro Chato de la pieza de la nueva y echar a correr hacia la calle con los pantalones a medio subir. Algunos de los que alcanzaron a verlo contaban después que mientras corría y trataba de abrocharse el cinturón, el Burro Chato, con una mueca como de risa de payaso en el rostro, iba llorando. Cuando se llevaron a la mujer a hospital ya todo el mundo comentaba a las puertas de los buques que el Burro Chato había huido hacia la pampa. “Como para el lado de la mina”, aseguraban. Los carabineros organizaron rápidamente una batida, pero fue en vano. El Burro Chato desapareció para siempre.

Hay versiones que dicen que murió empampado. Que su contrahecho cuerpo, ya en estado de momia, fue descubierto meses después, a través de la lente del taquímetro, por unos topógrafos que hacían un cateo de exploración en unos terrenos aledaños a la mina. Otras versiones, más dramáticas, dicen que en plena pampa se habría atado un cartucho de dinamita a la correa haciéndose volar en trocitos, apesadumbrado por el violento raptó de desenfreno de que fue presa frente a la desnudez de la joven. Otra versión que corrió por buen tiempo, más engalanada si se quiere, también contada por mineros, asegura que, ya de amanecida, lo vieron atravesar por el rajo 132 en dirección

hacia la costa, por el mismo paso por donde, no hacía mucho, algunos dirigentes sindicales, en ropa de trabajo y con apenas el cambucho de pan en la mano, habrían escapado de la represión caminando hasta aparecer en el pequeño puerto de Mejillones. Una versión que deviene de aquélla, tomada un poco más para la chacota, es la que dice que el Burro Chato no habría desembarcado en Mejillones, sino en una escondida caleta de pescadores, y que con el tiempo se habría dedicado a la captura y venta clandestina del loco (que los apaleaba a vergazos, ironizaban los que no prestaban crédito a dicha versión). Otra afirmación que gozó de bastante crédito por un tiempo, fue que lo habrían visto deambulando por el centro comercial de Antofagasta.

Que barbudo y andrajoso, apestado de piojos, pedía comida en un tarro de leche Nido durante el día y por la noche se echaba a dormir tapado de cartones junto a los mendigos y a los alcohólicos de la plaza del mercado.

La última tesis, sin embargo, sobre el destino del ya legendario Burro Chato, corroborada por varios testigos dignos de crédito, y la que todos en la Oficina quieren creer, es que se halla oculto en un nombrado burdel del puerto de Tocopilla. Que allí, dicen, oficia de canche de la cabrona, una mujercita más o menos de su estatura, toda dorada de joyas y poseedora de una sexualidad cuaternaria. Que en las noches de parranda, alzando sus rosadas manitos al cielo, asegura a quienes la quieren oír que gracias a las mandas y rezos a la Virgen de Montserrat al fin había hallado la horma de su zapato (de un choro zapato, dicen que dice, concupiscente). Y que brindando e invitando copas, abraza y arrulla empalagosamente a Johnny el Burro (que así le llamarían ahora al enano), que de immaculado terno blanco, corbata a lunares rojos y unos suntuosos zapatitos de niño color corinto (acondicionados con pretencioso taco bolero), se deja mimar y acariciar cual un orondo minino de cabaret.

19

“Es la hora justa en que en el famoso corrido mexicano sonaron los cuatro balazos”, le contestó la Chamullo a un anciano de voz gagueante que, indicándose la muñeca, le preguntó bajito: “Qué horas son”.

En el velorio ya solamente estaban los que debían estar. Los acompañantes por cortesía o curiosidad se habían retirado temprano. La puerta se mantenía cerrada pese a que en el patio aún se veían grupos conversando. La noche era calurosa y, como no soplaba una pizca de brisa, la polvareda parecía estar quieta y amenazaba con no replegarse en toda la noche.

En un ángulo de la capilla ardiente, formando un grupo aparte, se hallaban el Poeta Mesana, la Dos Punto Cuatro, el Viejo Fioca, el Caballo de los Indios, la Ambulancia, las dos niñas de Calama y, locuaces y reiterativos, el Cura, el Cabeza con Agua y la Malanoche. El afligidísimo Caballo de los Indios, arrinconado y huraño, mostraba más cara de circunstancias que ninguno, mientras que la Ambulancia, ampulosa como siempre, a cada instante se incorporaba de su silla de fierro para ocuparse de algún detalle sin importancia.

El gusto áspero y amargoso del polvo secaba bocas y gargantas, haciendo tragar saliva constantemente. Desde el rincón opuesto al del grupo, uno de los viejos que habían incursionado por la pampa en busca del Astronauta, preguntó en voz alta si no quedaba “algo para limpiar las cañerías”. La Malanoche, que recién había terminado de repartir cigarrillos en un platillo de té, miró a la Pan con Queso que, con una falda negra, plisada, y el ruedo todo deshilachado por haberle bajado la basta sin hacerle dobladillo, se paseaba sentándose en un lado y otro. Ésta se dio por aludida inmediatamente y, en una bandeja de madera barnizada, comenzó a recoger los vasos desperdigados por debajo de las sillas.

En un momento, para rescatar un vaso arrinconado debajo de una banca, la atolondrada prostituta dejó la bandeja a medio llenar sobre el féretro y, al instante, suspirando con una indulgencia de hermana mayor abnegadísima, la Ambulancia incorporó por enésima vez la mole de su humanidad, levantó la bandeja y, tomando de un brazo a la Pan con Queso, la acompañó hacia afuera enrostrándole a media voz su absoluta falta de tacto.

El Poeta Mesana, que en esos momentos disertaba en el grupo sobre el tema de la muerte, al darse cuenta del pequeño incidente hizo un leve gesto indicativo con los labios y dijo que ese era justamente uno de los motivos principales de por qué no era conveniente que los velorios no duraran más allá de dos días. Que pasado un tiempo, dijo, hasta la muerte se volvía rutinariamente familiar y que, de ese modo, al convivir demasiado tiempo con los difuntos, hasta el doliente respeto del principio se iría yendo imperceptiblemente a las pailas. Que ocurriría lo mismo que con las visitas demasiado prolongadas: ligerito no más, perdida la calidad de tal, los anfitriones comienzan a tirarles los platos sobre la mesa, a tratarlos como a criados y, por último, a peerse descaradamente delante de ellos. De igual manera, aseguraba el Poeta, si los velorios duraran, sólo por decir, un par de semanas, al tercer o cuarto día, ya repuestos al desconcierto inicial y rebasados los lagrimales, un acto como el que acababa de cometer la Pan con Queso hubiese pasado totalmente desapercibido. Es más, a esa altura del velorio ya la cubierta del féretro se estaría comenzando a utilizar como apoyo para escribir alguna dirección, confeccionar la lista de las compras o hacer una Polla Gol. A más tardar al quinto o sexto día, refiriéndose al difunto como “el que soltó la maleta”, “el que dobló la esquina”, “el que estiró la pata”, “el que entregó la herramienta”, “el que cagó pila”, “el que cagó fuego”, “el que cagó pistola”, etc., se estarían haciendo a un lado las coronas y los ramos de flores para dejar encima del finado las copas de vino derramadas, los apestosos ceniceros de colillas humeantes y las fundas de las guitarras o del acordeón. Sin contar que los chistes a estas alturas, después de haber pasado del verde al rojo más encarnado, habrían dado paso a las canciones de doble sentido cantadas a toda boca y en un alegre y destemplado coro. De ahí a correr el cajón un poquito maspallá y armar la casa de pensión, no habrían pasado ni dos días más. Al final, o se acordaría dejar al finado por una semanita más como pretexto para seguir la parranda, o prácticamente el pobre infeliz tendría que marchar casi solo hasta su última morada. En el camposanto, con los ramos de flores marchitos y malolientes y las coronas todas descuajeringadas, los dos o tres familiares directos del muerto, únicos acompañantes del funeral, lucirían descompuestos y despeinados, con sus trajes llenos de lamparones de vino y el crespón negro de la camisa o del vestido de luto colgándoles irresponsablemente descosido. Los discursos, por supuesto, serían obviados y los puñados de tierra santa se dejarían caer sobre el féretro como por inercia (no se sabría en verdad si la expresión absorta en los rostros de los deudos al momento de dejar caer los puñados de tierra era motivada por el misterio insondable de la muerte o, simplemente, como cuando se deja caer un guijarro dentro de un pozo, por estar calculando la profundidad de la fosa). De ahí, hermanitos, sin mayores trámites, rápidamente al quitapenas.

—Todo eso sin contar que pasados los tres días, el olor del cadáver se haría insoportable —dijo el Salvaje, sin entender para nada el lado medio existencialón de las palabras del Poeta. Y luego, mesándose sus mostachones cerdosos, se apropió de la palabra para contar que una vez, siendo él un niño, por razones que no venían al caso contar, en una Oficina se habían demorado tres días en enterrar a una finada. Era enero en la pampa, el calor hacía humear las ca— laminas calientes y el cuerpo de la finada —una matrona más bien entradita en carnes— reventó en pleno velorio. Por las juntas del cajón comenzó a escurrir un líquido aceitoso y una pestilencia insoportable traspasó cada una de las casas de calamina de la corrida. Los deudos y las vecinas trataban de contrarrestar el hedor

irrespirable con fragancias de perfumes y aguas de colonia que rociaban a grandes chorros sobre el ataúd. En una escaramuza urgente tuvieron que trasladar el cadáver al trote a la iglesia y de ahí rápidamente al cementerio. En la iglesia, el ataúd goteaba como una clepsidra nauseabunda formando en el piso una oleaginosa charca pestilente; la gente se cubría la boca y las narices con pañuelos embebidos en sales aromáticas y el cura apenas alcanzó a decir una misa rápida antes de salir corriendo por la puerta lateral a devolver violentamente en el patio de la capilla. Los que cargaron el ataúd, embozados en sus pañuelos al estilo de los bandidos del Oeste, reclamaban que era como llevar un cajón lleno de agua, pues el zangoloteo se los tumbaba para uno y otro lado. Y en el charco que se formó en una de las esquinas en que posaron el féretro para descansar, a él, que a la sazón no tendría más de nueve años, se le ocurrió agacharse hasta casi tocar la mancha con la punta de la nariz y dar una aspirada profunda para ver cómo olía de más cerca aquel aceite humano. “Estuve una semana vomitando todo lo que comía, paisanitos, por las reverendas”, dijo. Y terminó jurando por su madrecita que el nauseabundo olor del zumo humano, después de cincuenta y dos años de haberse dado el toquecito, todavía de vez en cuando lo sentía aletear como un mefítico espectro en sus narices.

La Malanoche, que se había acucillado en el centro del grupo para oír mejor la narración del Salvaje, se puso de pie para recibir la corona de un anciano que se recortó de súbito en la puerta, emblanquecido completamente por el polvo. Con una locuacidad dificultada por una prótesis dental floja, el anciano explicó que la corona la había mandado hacer donde una familia amiga y que recién a esas horas se la habían terminado; que aunque él no había tenido el honor de haber conocido bien a la difunta, no era ningún motivo como para no sentirse partícipe del dolor que en esos momentos las aquejaba a todas ellas, que habían sido sus compañeras “en este doliente valle de lágrimas que es la vida”. Y, en forma extravagante, el enjuto anciano comenzó a darles el pésame con gran énfasis a todas y cada una de las niñas presentes. Luego de recibir el efusivo abrazo del viejito (que flaco y empolvado como venía tenía el aspecto de un aparecido) y de acomodar la corona de grandes rosas blancas a los pies del cajón, la Malanoche se quedó mirando con consternación el retrato de la Reina Isabel acomodado sobre la tapa. Se suponía que allí la meretriz tenía una punta de años menos, pero casi no se le notaba. Mirándola daba la impresión que la Reina Isabel era de aquellas personas que nacen como con una edad fija: antes de cumplir esa edad parecen más viejas de lo que son; pero apenas la trasponen comienzan automáticamente a parecer más jóvenes.

Las arrelingadas prostitutas calameñas, pretendiendo no poder soportar la náusea que, según ellas, la narración del Salvaje les produjo, arriscando sus finas naricillas y arrebozadas en sus inútiles chales calados, habían salido nuevamente al patio. Al entrar, rato después, lo hicieron contando que afuera, a propósito de la huida del Astronauta a la pampa, alguien estaba contando el caso de un tipo al que le decían el Burro Chato. Uno que también había vivido en los buques y que, lo mismo que el Astronauta, había escapado un día hacia la pampa y desaparecido para siempre. Quejándose de que no habían logrado captar enteramente la historia, preguntaron si alguno de los presentes la conocía. La Ambulancia, sin ningún miramiento, se apresuró a aclararles que el cuentecito del tal Burro Chato era justamente para contarse allá afuera, no ahí en el velorio. El Cura, “para limar asperezas”, pidió otra ronda de gloriado, y con su pausada voz de pastor evangélico se ofreció a relatar algunas historias de espantos. Cuentos que se contaban en la mina de profanados cementerios pampinos olvidados en el desierto, de antiguas apariciones de ánimas en las líneas del tren y de viejos cuidadores solitarios que después de veinte, treinta o más años viviendo solos en las ruinas de alguna Oficina abandonada, conversando todo el día con sus perros para no olvidarse de hablar (llamándolos

compadres, amigos opaisitas), terminaban finalmente convertidos en verdaderos fantasmas de carne y hueso. Las mujeres se olvidaron por un momento de atender a los acompañantes para quedarse, ensimismadas y pávidas, escuchando los escalofriantes relatos de miedo. Hasta la Ambulancia pidió ayuda y arrimó un poco más su pesada silla de fierro, y por el lapso de dos horas no se oyó en la pieza mortuoria nada más que el lejano rumor del triturar de piedras en los chancadores de caliche y la pastosa voz del Cura haciendo espeluznar de miedo a las mujeres.

Después, y como para volver el alma al cuerpo, el Salvaje propuso en tono deferente —demasiado deferente el tonito— que el Caballo de los Indios, que hasta ese momento había mantenido un silencio de araña en su rincón, se contara algunas de sus historias para entretener a las señoritas de Calama ahí presentes. “No se nos vayan a dormir las preciosuras”, dijo el Salvaje. Y aunque había dicho historias, todo el mundo se dio cuenta de que en verdad lo que quiso decir fue mentiras. El Cabeza con Agua, entusiasmado con la idea, le pidió riendo al Caballo de los Indios que se contara la increíble y puñetera historia del oso. Y sin darle tiempo a que éste reaccionara, dijo que si no accedía, él mismo la iba a contar. Pero el Viejo Fioca le rebatió enseguida esgrimiendo que su cochino vocabulario, dado el lugar y las circunstancias, no era el más adecuado para contar tan gracioso y peliagudo relato y que, en consecuencia, él mismo se lo iba a ofrecer a las visitas. Aunque el asunto, dijo, había que escucharlo de boca del propio afectado para tomarle el sabor debido. Todo comenzó una noche sin luna, después de un fragoroso copeo en la Cueva del Chivato. El Caballo de los Indios viene caminando de vuelta a los buques. De pronto, sin saber de dónde ni cómo (tal vez aquel día había llegado un circo a la Oficina), un oso del tamaño de un ropero se le deja venir súbitamente por detrás, aprisionándolo fuertemente contra su cuerpo. ¡El terrible abrazo del oso! Aunque al principio se debate desesperado, el apretón del salvaje animal comienza a hacerle crujir los huesos y a dejarlo sin respiración.

Ni gritar puede el pobre Caballo. Y cuando ya está por perder el conocimiento —sin poder hacer gran cosa, pues el oso le tiene aprisionados los brazos— y ya piensa en tirar la esponja y dejarse triturar tranquilamente, se le viene la genial idea a la cabeza. Como puede, comienza a tantearle las partes pudendas a la bestia hasta hallarle la poronga; acto seguido, y con las últimas fuerzas que le van quedando, comienza, despacito primero —suavecito, suavecito—, a hacerle una macaca al oso. Éste, a medida que se va excitando, va aflojando gradualmente su abrazo. Mientras más se excita, más afloja la presión. Hasta que en un instante, babeante y temblorosa, la bestia deja caer sus fuertes brazos peludos como si fueran de peluche y él sale corriendo a todo lo que dan sus cortas piernas. Cuando ya a una distancia salvadora vuelve la cabeza para ver si el animal lo viene siguiendo, el Caballo de los Indios dice que ve al oso, con una inefable expresión de éxtasis en su rostro salvaje —la lengua afuera y los ojos brillantes—, haciéndole señas con una manito como diciéndole: “¡Ven! ¡Ven!”.

Apenas el Viejo Fioca termina de contar y el Cabeza con Agua de rematar con que sólo a un viejo puñetero como el Caballo de los Indios se le podía haber ocurrido tal recurso de escape, estalló una risotada que hizo retumbar todo el ámbito de los buques. La Ambulancia, jadeando también de tanto reír, se dio cuenta de la situación y, persignándose tres veces seguidas, conminó a los demás a guardar respeto.

El Caballo de los Indios, con su mansedumbre habitual y como un niño que ya no se aguanta de recitarles algo a las visitas, después de que todos sus hermanos lo han hecho, se acomodó en el asiento y, sin negar ni corroborar lo del oso, olvidándose un poco de su profunda consternación, se puso a contar una de sus historias. Él las llamaba casos. Y los contaba con una veracidad tal en su vocecita de niño obediente, y un aura tan impávida en la expresión de su rostro, que ya lo habrían querido imitar los más grandes timadores y charlatanes de ferias libres. Dueño de una memoria prodigiosa,

podía contar cien veces el mismo caso sin tropezar en un solo detalle ni caer en la más mínima contradicción.

Esto ocurrió hace años en la pampa. Fue por el cantón de Aguas Blancas, en las oficinas hermanas de Castilla y León. Estas oficinas, como ustedes saben, estaban prácticamente unidas. Me acuerdo clarito de esa tarde, pues era una de las pocas tardes nubladas de la pampa y, además, había un tierral de los mil carajos. (¿Se han dado cuenta ustedes que las cosas extraordinarias suceden en la pampa en los días nublados y ventosos?). Bueno, esa bendita tarde un carpintero de la León, joven y soltero, se hallaba clavando una calamina sobre el techo de una corrida de casas frente a la pulpería cuando, de pronto, un remolino de proporciones gigantescas lo envolvió como a un muñeco y se lo llevó por los aires con calamina y todo. Agarrado firmemente a la plancha de zinc, y sin soltar el martillo, el hombre se elevó por el cielo resistiendo los violentos sacudones, las volteretas, las picadas en tornillo y todas las acrobacias y corcóveos del furibundo viento. Hasta que finalmente, después de cuatro minutos interminables de vuelo, fue a aterrizar en medio de la corrida de los solteros de la otra Oficina, la Castilla. Cayó justo frente a una pieza en donde un grupo de prostitutas retozaban sentadas a la puerta en enaguas y tomando mate. Y con an buena suerte para él, que el descenso fue en un suave planeamiento volantín cortado y justo sobre una camionada de arena amontonada en la calle. Las mujeres quedaron turulatas con el intempestivo aterrizaje del hombre, que, arrodillado frente a ellas, se quedó viéndolas con la mirada errática de los amnésicos. Con un martillo en la mano derecha y cinco clavos de tres pulgadas férreamente apretados en la boca (después se constataría que los clavos quedaron mellados por las marcas de los dientes), el hombre las miraba como si en verdad fuese un marciano recién llegado al planeta. Había perdido la memoria y no recordaba ni su nombre. El impresionante susto lo había dejado sumido como en una especie de limbo. Una de las mujeres se lo llevó a su pieza para curarle algunos rasguños y luego lo hizo tender en la cama para que se recuperara. El hombre durmió dos días seguidos.

Después se levantaba de a ratos y sólo para sentarse a la puerta a contemplar inexpresivamente la calamina que habían arrimado a la pared. Al final se quedó a vivir con la mujer.

Como es característico en la pampa, luego no más lo bautizaron con un sobrenombre. ¿Cómo creen ustedes que le pusieron? ¿El Aviador? ¿El Hombre Pájaro? ¿El Alfombra Mágica? Nada de eso. Simple y llanamente lo apodaron el Calamina. Y la historia increíble del Calamina se hizo famosa en todo el cantón. Luego, comenzó a correr el rumor supersticioso entre las prostitutas de la Oficina que acostarse con él traía buena suerte. Y ahí lo tenían entonces al famoso Calamina convertido de la noche a la mañana en un verdadero toro reproductor, peleado y regaloneado por cada una de las niñas de la corrida de solteros. Y todo iba inmejorablemente bien para él, cuando una mañana apareció muerto, tendido de bruces sobre la calamina en que había volado. Alguien lo había atravesado con una barreta de carrilano clavándolo atrocemente a ella. Por mucho tiempo se comentó en las oficinas de Castilla y León que el asesinato del Calamina se había debido a que a las mujeres de los campamentos, sobre todo las casadas, les había dado también por ponerse supersticiosas.

Cuando a través de la nube de polvo eternizada sobre el campamento, amanecía, el Caballo de los Indios salió del velorio rumbo a su camarote. Los velorios lo dejaban inquieto. Así como el Salvaje llevaba el olor de la muerte metido en las narices, él llevaba una apremiante imagen fúnebre plasmada en la memoria, la imagen que lo había iniciado en su solitario vicio; aunque él nunca había tomado su onanismo como vicio, sino más bien como una ceremonia litúrgica de su soledad. Ceremonia que todavía seguía oficiando. Pese a que ya no se podía dar el lujo de sus fáciles masturbaciones de niño, ni de regalarse con las sísmicas y barrocas de su juventud, ni ensayar aquellas memorables

de su edad adulta que, a base de control y experiencia, había logrado hacer más placenteras y clamorosas que los más perfectos de los coitos. Sus somnolientas masturbaciones de ángel senil eran ahora más bien rituales de carácter místico que libidinosa búsqueda de placer.

En la soledad de su camarote, hediondo a polvo y encierro, se quitó los zapatos y se tendió de espaldas en la cama revuelta, sobre la desflecada colcha cenicienta arrollada mustiamente a los pies. Igual en todos los aspectos a los demás camarotes, el suyo se diferenciaba en los recortes de mujeres: las suyas eran todas en blanco y negro y nunca enteramente desnudas. El olor de las velas y de las flores fúnebres persistiendo denso en su cerebro, le ha exacerbado esa especie de onanismo necrofílico gestado en la penumbra de una capilla ardiente, una noche perdida en los recuerdos de su niñez campesina. Aunque no tiene muy claro si la escena, después de tantos años, en verdad la vivió, la oyó o sencillamente la inventó (se desabrocha la correa, se baja los pantalones hasta las rodillas y se acomoda de lado, tumbándose hacia la orilla de la angosta cama, de cara a la pared).

Y es que las imágenes a través del tiempo le llegan en forma intermitente, desvaída, irreal. Como entre brumosos visillos de color sepia o como al trasluz de un vidrio esmerilado, ve los ojos del idiota mirando lascivamente a la muchacha. El entorno casi se le ha borrado por completo; sólo entiende que es una casa de campo, que la muchacha ha muerto de una caída de caballo y que mientras cortan las tablas de ataúd se halla tendida sobre un catre de perillas cubierta solamente de un largo camisón blanco. El camisón sí lo ve con claridad: es de tela delgada, casi transparente, tal vez seda, y debajo de él, el cuerpo de la hermosa doncella, tibio aún, se dibuja subyugante y doloroso (la luz del amanecer filtrándose por los vidrios de la única ventana del camarote, ilumina las tristes manchas de su piel desnuda; una tumefacción tibia, palpitante, como de lagartija asoleada, le colma la mano). Las imágenes le llegan como en oleadas de vapor denso, agobiante. En la pieza mortuoria están solamente la niña muerta, el idiota y un esmirriado niño de nueve años (que es él) acurrucado en el rincón más oscuro del cuarto. El cuarto es un amplio dormitorio de adobes y piso de tierra. Los rasgos del idiota los ve como diluidos, como borroneados por una media de nailon, y lo que vislumbra es sólo una enorme cabeza ladeada, babeante, catatónica; una cabeza como de buey. La cabeza se levanta y comienza a acercarse a la muchacha; la cabeza y dos manos gruesas, pringosas y trémulas, que comienzan a palpar lascivamente el cuerpo de la niña. Primero la acarician por sobre la tela, torpemente, y después, en un arranque de lujuria delirante, arrollan el camisón hasta el vientre de mármol de la muchacha, dejando a la vista esos muslos blancos, lunados, limbáticos; esos muslos que todavía le bailan en su mente acalorada, mientras los bufidos de bestia y las guturales obscenidades del idiota resonando aún en su recuerdo, se mezclan con sus propios resuellos de ángel senescente muriendo de espasmos y desamparo en una lírica eclosión de nardos y crisantemos marchitos manchando la cal sucia de la pared.

La luz del amanecer, traspasando los vidrios pintados de amarillo de su ventana, hace más concreta la soledad de su camarote y más desolado aún el nirvana en que comienza gradualmente a sumirse. Traspuesto, chapaleando en el denso sopor del entresueño, exorcizadas en su lánguido orgasmo de ángel tísico las imágenes conturbadoras, un lejano coro de risas y pullas comienza a reseñarle en el cuenco de su cerebro aletargado, y siente el sofoco apremiante como de dos brazos peludos que lo aprisionan y de pronto hay también un par de osas en blanco y negro arrebozadas en sendos chales calados que vuelan en una calamina de zinc riendo a grandes carcajadas y una atraviesa el retrato puesto sobre la tapa de un ataúd desde el cual la Reina Isabel, levantando una de sus manitas de muerta, le hace señas como diciéndole ven, ven, mientras las risas de hiena de las mujeres aumentan hasta la exasperación y él se da

vueltas en la cama buscando desesperado en su memoria algo interesante que contarles, algún caso con el que al fin paren de reír y reconozcan que sí, que lo que está contando el Cabello de los Indios es la purita y santa verdad, porque nosotros estábamos allí, nosotros lo vimos, nosotros lo vivimos, porque es nuestra propia historia, nuestra propia vida lo que está contando el Caballito, nuestra propia muerte. Y convertido entonces en el más terrible e iluminado profeta de la pampa, mientras el oso afloja lentamente su abrazo y la Reina Isabel le sonrío cariñosa desde la foto, todos escuchan con atención su voz de niño bueno diciendo: “Me acuerdo como si hubiese sido ayer no más, y no una punta de años atrás, cuando el mujerío del campamento...”.

20

La tercera señal de la desgracia se vino a dar en la Oficina de la manera más increíble y menos esperada por todos: nada menos que con la visita espectacular de la propia

Virgen de la Tirana. Después de siglos de existencia, la Reina del Tamarugal salía por primera vez del pueblo de La Tirana en una histórica peregrinación hacia sus fieles, y todo por obra y gracia de la peste del cólera. En avión, como una sensacional estrella de rock en gira artística, la China, como la llamábamos nosotros, recorrió los pueblos de la zona causando histeria y desbordes de fanática veneración a su paso.

Su recorrido por estas calles semivacías fue como la extremaunción dada a un moribundo. La procesión, acompañada por las exiguas cofradías de bailes religiosos también jibarizadas por las palomas de la muerte (Los Pieleros Rojas, Los Morenos, La Diablada del Salitre, Los Pitucos de San Miguel, Los Gitanos, la Osada del Carmen y La Osada de Salitre), la acompañaron danzando fervorosamente por las tierrosas calles de un campamento ya en franco abandono. Tan pocos éramos ya para celebrarla y vitorearla, y tan desamparado se hallaba el campamento para recibir a tan ilustrísima visita, que lo que debió ser el acontecimiento del siglo para los fieles de la Oficina, pasó como un evento sin pena ni gloria. Tanto así, que a los pocos viejos que aún sobrevivíamos a las palomas nos llevó varios días darnos cuenta de que su visita espectacular, con toda la faramalla de su liturgia espléndida, era nada menos que la tercera y definitiva de las señales. Más que la extremaunción, yo creo ahora que el paso de sus penetrantes ojos negros por las calles fue como el tiro de gracia dado a la Oficina. Porque aunque parezca cuestión de cuento —las señales, como les digo, paisitas, eran cosas de temer—, me acuerdo clarito que al tiempo no más de su visita, grandes bandadas de buitres aparecieron planeando fúnebremente sobre los azules cielos del campamento como sintiendo el olor anticipado de la mortecina, de la matanza de perros y gatos que acarreaban consigo las paralizaciones de oficinas salitreras. (Ahora que lo digo, paisitas, aquí la degollina de gatos y perros abandonados resultó una tarea mucho más ardua de lo que había imaginado).

Ya en ese tiempo la Oficina, con la mitad de sus casas a medio destruir, daba la impresión de haber sido devastada por un bombardeo catastrófico y sus habitantes diezmados por una implacable epidemia bíblica. La populosa avenida Almagro, antes colmada de un solteraje locuaz bajando y subiendo con sus bicicletas y viandas forradas con alambres de colores, de gordas prostitutas pintarrajeadas y risueñas que iban o venían de los buques, con vendedoras de hallullas apostadas en cada esquina, con puestos de fritangas y coloridos toldos de mote con huesillos, y todo animado por la música que chorreaba desde los parlantes instalados en los postes del tendido eléctrico, se parecía ahora a una calle de esos viejos cementerios pampinos olvidados en medio del desierto. Los pocos ranchos que por efecto de las demoliciones iban quedando, se veían vacíos y tristes; sólo el eterno borrachito de siempre durmiendo la mona en una mesa y

alguna mesonera lánguida escarbándose las narices con expresión beatífica. Si hasta los antaños briosos charros Miguel Aceves Mejía y Antonio Aguilar sonaban más apagados y melancólicos en la polvorienta soledad de esos locales.

La pequeña plaza, antes repleta de paseantes, era sólo un inhóspito cuadrado cubierto de polvo. Su bello quiosco, erigido al centro, rodeado de pimientos y algarrobos resecos y sucios, semejaba más un mausoleo que otra cosa. Todos los integrantes de la famosa Banda del Litro —espirituosa banda formada por sublimes músicos dipsómanos—, que desde lo alto amenizaban las inmutables tardes domingueras, habían sido palomeados sin piedad alguna. En su lugar, desde los estridentes parlantes instalados en la cúpula del quiosco, la radio local transmitía música todo el santo día y para nadie. Su inalterable programación diaria, con discos estrictamente pasados de moda, se dividía en espacios de nombres tan monocordes como: El baúl de los recuerdos, Recordando con canciones, Éxitos del ayer, Melodías de siempre, Al compás de la nostalgia, etcétera. Frente a la plaza, el gran edificio del teatro, amazotado elefante blanco, yacía inmensamente muerto. En los recovecos de su sólida arquitectura, guarida de arañas y ratones, los fantasmas no proliferaban sólo gracias al conjuro natural de la sal. Tantas evocaciones que puede traer la sala de un teatro abandonado; románticos recuerdos sentimentales o memorables situaciones anecdóticas de esas que el tiempo vuelve historia. Me acuerdo, por ejemplo, de cuando una vez, en mitad de una película de misterio, en una callada escena de suspenso, un sonoro pedo resonó de pronto en la acústica de la sala, disolviendo la tensión de los espectadores en una gran risotada general. Alguien, entonces, acordándose de la película mexicana exhibida sólo el día anterior, con el inolvidable Jorge Negrete como jovencito, gritó al peorro: “¡Jalisco, no te rajes!”. Y éste, al instante, rápido como el rayo, sin pensarlo un segundo siquiera, le respondió, de la misma canción: “¡Me sale del alma!”.

Al final, paisitas, cuando la Oficina cerró definitivamente, ya no teníamos lágrimas para llorarla. Cada uno quería llevarse consigo algo del campamento como recuerdo por toda una vida de destierro en estas pampas. Arrancaban los letreros con los nombres de las calles, desclavaban los travesaños de las puertas para llevarse el sentimental número de sus casas. Los más osados arrancaban de cuajo los monolitos o arrastraron con los pesados escaños de cemento de la plaza; otros desarmaban los juegos infantiles y se los repartían por piezas. El quiosco de las retretas fue destrozado como a picotazos por estos jotes nostálgicos y cada uno se llevó un trozo como la más preciada de las reliquias. Como ocurrió en las paralizaciones de todas y cada una de las salitreras, aquí también hubo escenas de dolor y desconsuelo; hombres y mujeres que no se conformaban con irse y dejar abandonados a sus muertos más queridos.

Y hablando de muertos queridos, paisitas, ya para ese tiempo les voy a decir que habían estirado la pata o marchado de la Oficina la mayoría de los viejos más conocidos de los buques. El Poeta Mesana, por ejemplo, murió borracho como una guinda en un rancho. Cayó víctima de un paro cardíaco cuando, subido a una mesa, despotricaba que era un gusto contra los sindicatos y sus dirigentes. Decía que frente a todo lo que pasaba en la Oficina, esas sanguijuelas no hacían otra cosa que tomar balcón tranquilamente. Y siempre se acordaba de aquel dirigente (y de su mamita) que se hizo acreedor a un viaje a Bruselas luego de un discurso que le ofreciera al Dictador en el edificio Diego Portales para un Primero de Mayo. En medio del discurso, emocionado hasta las lágrimas, el aguerrido dirigente salitrero le hizo entrega de unos dibujos que había coloreado su hijita y dedicado con todo cariño al “tata Presidente”. Lo que más le dolía al Poeta era que esa clase de bajezas ocurrieran en plena tierra del salitre, “la cuna del sindicalismo nacional, pues, hermanito, por la concha”, se lamentaba, rojo de ira. Y sacaba a relucir legendarios nombres de dirigentes que con huelgas y epopéyicas marchas de hambre a través del desierto más seco del mundo, sufriendo el ataque de las balas y los sables policiales,

fueron conquistando uno a uno los derechos de la clase trabajadora. “Si la matanza de la Escuela Santa María, pues, hermanito, por las reconchas —solía decir—, fue para conseguir algo tan justo y mínimo como que les pusieran una vara de medir y una pesa a la puerta de las pulperías, para que les construyeran pasarelas de fierro a los cachuchos con salitre fundido en donde diariamente caía quemándose vivo algún obrero y para que los magnates del salitre hicieran el gran favor de pagarles sus salarios con dinero y no con fichas de caucho; fichas que, además, sólo valían en las pulperías de propiedad de los mismos dueños de las oficinas. De esta manera, hermanito, el salario de esos pobres viejos se convertía en una mera ficción”. Eso decía el muy anarquista Poeta Mesana. Eso le sacaba en cara a los pusilánimes dirigentes de esos últimos tiempos y se los gritaba en sus propias narices cuando se topaban en los ranchos. Y yo les voy a decir que razón no le faltaba al hombrón, pues, paisanitos. Porque por ese tiempo, cualquier pelagatos que vociferara más o menos fuerte en las asambleas, así fueran puras barbaridades, era elegido de inmediato como dirigente; aunque el muy papanatas hiciera la o con un tarro de leche. Si con decirles que para los Primeros de Mayo (que, entre paréntesis, ya no se celebraban en los sindicatos como antaño con mítines, veladas y juegos populares, sino en un acartonado acto solemne organizado por la empresa), era la gerencia la que elegía al dirigente que hablaría a nombre de los trabajadores y, por supuesto, le entregaba el discurso hecho.

Entre otros viejos de los que me acuerdo que se murieron por esa época estaba el Astronauta, uno al que le llamaban el Hombre de Fierro y el Viejo Fioca. El Viejo Fioca murió en uno de los buques acondicionados en ese tiempo como asilo de ancianos y que albergaba a los jubilados que, ya silicosos en último grado, no querían irse a morir a otra parte. El viejo murió en su ley: tomándose sus pencazos a escondidas y lanzando manotones de náufrago a las nalgas de la vieja que lo cuidaba. El Hombre de Fierro, famoso porque en medio del tierral en la mina acostumbraba trabajar sin respirador y en las mañanas de escarcha se le veía siempre a torso desnudo, murió una noche en los baños comunes de los buques. Se había levantado a orinar y lo hallaron a la mañana siguiente retorcido sobre el piso de cemento y con la piel azul de los ahogados por la silicosis. Pero la muerte del Astronauta fue aún más triste que la del Hombre de Fierro.

Una tarde, cuando volvía de hacer algunas compras, cayó reventado en sangre a las puertas de la peluquería sindical. Anteriormente había sido hospitalizado en dos oportunidades víctima de una tuberculosis avanzada (los viejos comentaban que era a causa de las miserables comidas que se preparaba y que consistían sólo en un repugnante revoltijo de cáscaras de verduras). En tales ocasiones, a los doctores les había costado una barbaridad lograr arrancarle el manojito de llaves que llevaba colgado al cuello. A la única que condescendía a entregárselo era a su amiga la Chamullo. Dicen que al caer esa vez en la calle, yo no lo vi, desde la bolsa de papel sebio que llevaba bajo el brazo, se le desparramó un montón impresionantes de billetes. Todas las maletas y baúles amontonados en su camarote pasaron a las bodegas de la Oficina de Bienestar, en espera de que algún familiar llegara a retirarlas. Nunca nadie se presentó a rescatarlas. De la chorrera de anillos, relojes y toda clase de oro nunca más se supo.

Lo mismo había pasado con las más famosas niñas de los buques: algunas ya habían muerto y casi todas se habían marchado. La Ambulancia, la puta más gorda que he conocido jamás, fue redimida de los buques por un boliviano que apenas le llegaba al sobaco y, luego de casarse, se fueron de la pampa para siempre. De la popular Chamullo, que me acuerdo tenía un espejo de lo más putón en el camarote, decían que se había ido a regentar un famoso lenocinio de Antofagasta. A la Malanoche la mataron en una calle de su Tocopilla triste adonde había regresado a trabajar en las calles cuando ya la paralización de la Oficina era irreversible. La Flor Grande, una de las más jóvenes y pintadas de las niñas, por el tiempo de las palomas se encontró a la Virgen amarrada en

un trapito: se casó con un jefe de la mina y se fue a vivir como toda una señora en una casa de empleados. Tiempo después se metió a evangélica y se la vio por las calles predicando a toda voz la salvación de las almas y la remisión de los pecados. La Pan con Queso, que atraía a sus clientes pregonando que estaba apretadita pues acababa de hacerse una lavativa con agua de pangué, desapareció un día sin dejar rastro alguno. Y las dos putas más amalditadas de los buques, la Cama de Piedra y la Carrilana, se trezaron a cuchilladas una noche en un rancho y fueron expulsadas de la Oficina. Lo último que se supo de la Cama de Piedra fue que estaba en una cárcel de mujeres de Antofagasta, y que lo único que pedía era que le llevaran revistas de historietas. De la Carrilana nunca más se supo.

Con la muerte y partida de cada uno de estos personajes, era como ir viendo morir un poco más a la Oficina. Pero si ustedes me apuran y me preguntan por el día exacto en que esta Oficina comenzó a morir, el día preciso en que estos muros comenzaron a descascararse, en que los recortes de monas peladas comenzaron a ponerse amarillos y a desprenderse de las murallas de los camarotes, el día en que los corridos mexicanos comenzaron a sonar cada vez más tristes y lejanos, el día en que los remolinos de arena comenzaron a tomar posesión del campamento y el fino polvo del olvido comenzó a asentarse y a endurecerse en cada una de las cosas; si ustedes, en vez de ladrar hablaran, paisanitos lindos, y me preguntan por el día justo en que la cabrona soledad comenzó a trepar por las paredes de esta la última Oficina salitrera de la pampa, yo les diría sin pensarlo un segundo que fue aquel domingo fatal en que hallaron a la Reina Isabel muerta en su camarote. Más aún, paisanitos, yo les aseguraría que fue con la muerte de esa querida y legendaria prostituta pampina que comenzó a morir no sólo la Oficina, sino, junto con ella, toda la pampa salitrera. Si me parece que fue ayer no más, y no una ruma de años atrás, cuando fuimos a enterrar a la Reina Isabel. Y me acuerdo clarito que el famoso discurso fúnebre que bajo el sol de ese lunes de luto le hizo en el cementerio el Poeta Mesana (sentimental y loco discurso fúnebre que nos hizo llorar y reír a la vez), fue en verdad una especie de réquiem para la pampa toda, una pampa que a partir de ese mismo día comenzó a desaparecer lentamente, a disolverse como un delgado remolino de arena en medio del desierto, a volverse sólo un trágico espejismo de locura en la memoria temblorosa de nosotros los más viejos.

21

Estupefacto y absurdo, parado en medio del desierto más triste del mundo, este humilde animal pampino, minero y vinero sin vuelta y amigo personal de la Reina Isabel, de pie ante su féretro inmenso, ante el mito yacente de su cuerpo glorioso, viene en declarar, categórico y honrado, que tal vez lo mejor en estos momentos sea callarse el hocico, hacer mutis en su homenaje, no decir ni pío: imitar el silencio filial de estos cerros pelados. O sentarse tal vez a pampa rasa como en una vasta catedral de piedras y, llorando, tal como hace el viento detrás de las tumbas, ponerse a repetir sin descanso su ínclito apodo real (oigan al viento gemir inconsolable detrás de cada tumba: reina isabel reina Isabel reina isabel... mientras de pura pena, con sus alambres mentales perturbados, va lamiendo y relamiendo las viejas flores de papel). Aunque tal vez, maldita sea, quién dice que lo mejor en estos momentos no sea mandarse a cantar a todo grito la más sentida ranchera de amor. Una canción de Guadalupe del Carmen, su favorita de toda la vida, sería, creo yo, el más glorioso responso que esta muerta egregia quisiera oír, esta walkiria salitrera que de tan munificente que era, amigos míos (entiéndase pulentísima), también cantaba. Como si ser puta en estos salitrales del carajo no fuera de por sí ya lo bastante épico, con una voz de gorrioncillo evangélico, esta melancólica menina del sexo también (además) cantaba...

El viento de las cinco de la tarde se roba jirones del discurso. Las niñas escuchan absortas, elegíacas. Todas visten de negro (tal vez demasiado recargado). Algunas propusieron presentarse al funeral en la misma facha con que en la noche anterior irrumpieron en la iglesia y recorrer las calles meneando escandalosamente las caderas y disparando flor de desprecio a todo el que se cruzara por delante. Pero se impuso el criterio de la Ambulancia y, de luto cerrado, con el mayor recato de que fueron capaces, hicieron el recorrido desde los buques hasta la salida del campamento, en donde esperaba el bus. Todas las puertas y ventanas de la avenida se abrieron de par en par para ver pasar a la decana de las niñas. Al frente del cortejo, lenta, destartalada, repleta de flores y coronas, avanzaba la carroza de la Oficina. Inmediatamente detrás, pálida, compungidísima en su beatle negro, la Malanoche portaba la cruz blanca con el nombre de la Reina escrito a lápiz de cejas. Después venía el compacto grupo de mujeres contritas cargando en vilo, a duras penas, el tosco féretro negro. Marchaban llorando y enjugándose el sudor con una lasitud desfalleciente. Cerraba el cortejo el pequeño grupo de hombres que, también de trajes oscuros, impertérritos, soportaban las miradas de los curiosos y el fiero sol de esa hora, quieto y pesado como un cadáver. Antes de la partida, las mujeres habían acordado unánimemente, a manera de homenaje, cargar ellas solas el ataúd (sin la ayuda de los varones) y, asimismo, en señal de duelo y como una muestra de cariño penitencial por su querida compañera de labores, no ocuparse durante tres días y tres noches.

... habría que enumerar una a una las oficinas salitreras perdidas en estas vastas planicies delirantes; habría que nombrar de memoria las cuatro o cinco calles de tierra de cada una de ellas; habría que haber entrado alguna vez a una de esas terribles casas de calaminas y compartido un día con sus heroicos moradores (el padre de manos duras, la madre de canas verdes, los doce chiquillos de duros pies desnudos); habría que haber conversado largamente con ellos sentados en una piedra a la puerta de su casa en uno de esos planetarios atardeceres de la pampa; haberlos asistido en uno de sus sublimes días de despioje —comúnmente un domingo ahíto de sol y de perros—; haberlos acompañado en sus marchas de hambre a través del desierto más cabrón del mundo, haber sufrido junto a ellos aquellas grandes huelgas sangrientas y compartido la cucharonada proletaria de sus dramáticas ollas comunes; abreviando, amigos míos, habría que ser pampino de ley para acceder al honor de tomar un puñado de tierra y arrojarlo sobre el féretro de esta mujer heroica, de esta hembra pródiga, de esta bienaventurada hetaira salitrera (más buena y saludable que el paico) conocida en toda la pampa como la Reina Isabel; un sobrenombre que quiso ser irónico y que al final resultó premonitorio. Porque ella vivió y murió como una real Reina de Amor; una Reina a la cual todos terminamos queriendo del mismo modo como se quiere a la pampa; con su áspero ámbito de piedras y sus dulces espejismos azules...

La inflamada endecha del Poeta Mesana, centelleante de pavesas fúnebres, hace aumentar el calor y arder aún más la calichosa tierra bajo los pies. Pero ahí están todos, hieráticos y tristes: la Ambulancia y su humanidad mayestática, el Viejo Fioca y su perigallo trémulo, la Chamullo y su melena al viento, el Hombre de Fierro y su gesto esculpido en caliche, la Flor Grande y sus ayes lastimeros, el Caballo de los Indios y su mirada húmeda, la Malanoche y sus ojeras eternas, el Salvaje y sus mostachos de alambre, la Pan con Queso y su boca abierta, el Tococo y su redonda cara sanguínea, el Cacha Diablos y su silencio íngrimo, la Poto Malo y su mohín atrabiliario, el Cabeza con Agua y su aire licencioso, la Cama de Piedra y su ademán de heroína, la Carrilana y su duro perfil de hombre, la Dos Punto Cuatro y su gesto contestatario, la Garuma y sus largas manos pálidas, el Cura y su ceño grave, y todos ellos, más media docena de viejitos sin apodo, escuchan ceremoniosos y contritos las palabras del Poeta Mesana. Éste, con el mismo vozarrón tronante, el mismo tono epopéyico y el mismo ternito negro

con que declama sus odas en la plaza de la Oficina, lee sus hojas de cuaderno recortado ojivalmente contra un pequeño mausoleo de estilo gótico...

... yo no quisiera en esta ocasión decir de ella lo que se dice de todos los muertos amados. Pero allá arriba deberían saber mejor que nadie que, aunque la Reina Isabel no fue ninguna vestal impoluta, ninguna santa de altar, de ningún modo fue tampoco lo que se dice una mujer de mala fe, una hembra traicionera, una mina patevaca. Con sus tiernos pañuelitos de seda en la cabeza, sus zapatones elocuentísimos y su sentimental corazón doble ancho, dificulto que en los camarotes de los buques y en las corridas de solteros de todas las salitreras de la pampa se haya ocupado alguna vez una putita más amorosa y más buena gente que ella. Y es que la Reina Isabel, amigos míos, nunca fue una ramera amargada, nunca una puta amalditada. Jamás se le oyó culpar al Destino de su destino ni se andaba inventando novelones tristes para justificar su vida. Con la misma entrega de una monja tomando sus votos de castidad, la Reina Isabel asumió su homérico oficio: consagradamente y para toda la vida. Nada de andarse por las ramas, nada de medias tintas, nada de arrepentimientos tardíos: a la Reina Isabel, como ella misma decía cuando el licor violeta de la nostalgia se le subía melancólicamente al corazón, la cosa le gustó desde niña y punto...

De pronto todos desvían la cara en dirección a donde el Poeta Mesana, interrumpiendo por un segundo su discurso, mira extrañado. El Astronauta, acurrucado como un niño detrás de un nicho, asiste al entierro de su hermana con el dolor humilde de un ángel o un perro abandonado. Ha recorrido los veinte kilómetros de distancia durante la noche, subiendo y bajando (cayéndose y parándose) por el oleaje de desmontes de las grandes extensiones de pampa trabajada hasta llegar al cementerio. Ha dormido allí, a la intemperie, y sin comer ni tomar agua ha esperado la llegada del funeral. Su oscuro terno dominguero se ve enterrado y hecho jirones y su rostro casi angelical se nota terriblemente demacrado.

En la mirada se le percibe el extravío irremediable de los que ya no vuelven nunca más de los valles de la luna. La Chamullo se le acerca emocionada, compungida, se sienta a su lado en el suelo y, en silencio, lo rodea en un abrazo filial. Mientras le acaricia la expósita cabeza rapada, el Astronauta se deja hacer ausente. Sus ojos de perro están fijos en el féretro negro.

... y qué va a ser ahora de nosotros, sus decrepitos parroquianos, me pregunto acongojado. Porque no todas las niñas, claro está, van a tener el altruismo de ramera talentosa ni la paciencia de puta consagrada que ella prodigaba. Y es que la Reina Isabel, amigos míos, era la última representante de una estirpe de mujeres en extinción. Y aquí, si me permiten, quiero aprovechar de aclarar algo; aunque tal vez no sea esta la ocasión más propicia ni un camposanto el lugar más adecuado, pero esto se tiene que decir. Y a la que le venga el sayo que se lo ponga. (Yo sé que la Reina Isabel lo va a aprobar; es más, ya debe estar riéndose solita en su lecho póstumo). Porque putas jóvenes han proliferado hoy en día, amigos míos (si me salgo de madre avisen), que andan apurando en la cama. Andan arriscando las naricillas como si fuéramos perros tiñosos y ni tocar se dejan las perlas. De modo que hay que hacerles el amor prácticamente levitando. O como haciendo flexiones. Palabra que sí. ¡La incomunicación a poto pelado!, eso es, amigos míos, meterse con ellas. Tal como dice el ilustrísimo Viejo Fioca aquí presente, en vez de ocuparse con estas vestales de pacotilla, resultaría más entretenido (y hasta más romántico se diría) sacarse la plata de un bolsillo, guardársela en el otro y, solo en el camarote, de cara a la pared, arreglárselas lo más tiernamente posible...

En el bus, de vuelta a la Oficina, vienen todos en silencio, ensimismados. Nadie quita los ojos de las ventanillas. La pampa atardece. En los oídos aún resuenan las palabras del Poeta Mesana y la tristeza inmensa de la pampa se pega dolorosamente contra los vidrios. Al fondo del vehículo, en el último asiento, la Chamullo acuna la cabeza

pequeña y ardiente del Astronauta. Más adelante, la Poto Malo dormita cabeceando sobresaltadamente. La Ambulancia, ocupando dos asientos, parece más blanca todavía enfundada en su riguroso vestido de luto. La desencajada Flor Grande mira al Poeta Mesana sentado circunspectamente junto a la Dos Punto Cuatro, y luego, todavía llorosa, vuelve su rostro al paisaje: recuerda las palabras del discurso fúnebre y se imagina a la Reina Isabel sentada en cada piedra. Al ponerse el sol, por entre los intersticios de los arreboles, le parece ver a su amiga haciendo señas de adiós con uno de sus multicolores pañuelos de seda, transfigurada bellamente por la luz incomparable del crepúsculo pampino.

... y es que walkirias como tú ya no quedan, amiga mía. Y es que contigo se va la parte tierna y tremendamente humana que hizo posible la gran epopeya del salitre. Con tu muerte, garumita sonámbula, se nos comienza a morir definitivamente la pampa entera.

Después de ti el desierto se nos vuelve a quedar desierto, después de tu modo de amar y de cantar. Qué va a ser de nosotros sin tus canciones, qué va a ser de las pobres piedras, cancionera de mi vida. Esas piedras que te rodeaban llenas de gozo cuando cantabas, que descansando un rato de su pesada carga se sentaban sobre sí mismas nada más que para oírte, para oír tu voz llena de gracia que les iba mitigando el dolor eterno de su piedra en el ojo, de su maldita piedra en sus zapatos de piedra. Ellas que son puro cráneo, pura rodilla, hueso puro, cómo se estremecían de amor cuando, cantándonos, les cantabas; cuando —como por una sombrita de nube— tocadas eran de tu gloriosa copla ranchera. Qué va a ser de las piedras ahora, me repito llorando, cancionera mía, y de aquellos remolinos que por esas blancuras (llenos de gusto) sólo por ti bailaban...

Al entrar a la Oficina, los ojos llorosos de las niñas y los gastados ojos de los hombres parecen haber envejecido de golpe. Las atardecidas calles de tierra les parecen aún más grises de lo que son. El polvo de los molinos se ha dejado caer temprano y la nube gorda, densa, contaminante, hace más triste la tristeza crepuscular del campamento. Altos jotes fúnebres planean sobre la torta de ripios rayando en grandes círculos negros lo que resta de luz. Algo parece faltarle al mundo esa tarde, piensa la Chamullo, mientras el bus se detiene a las puertas de los buques: una tuerca, una flor, una lucecita, un corrido mexicano.

... nada más para que te levantas, garumita de la pampa, nosotros recrearíamos de color estas llanuras. Nada más para que de nuevo las quisieras y en ellas hallaras tu contento, con los colores más lindos las iríamos ungiendo. Arrastrándonos en carne viva por esos salitres ardientes, piedra por piedra nos iríamos signándolas, transfigurándolas a estas pampas hasta que llegaran a hacer juego con el más floreado de tus vestidos.

Semejantes a esos campos que cantando soñabas las dejaríamos a estas blancuras. Porque aun a los mismísimos cráneos de vaca (y por el puro gusto de verte reír de nuevo), los tocaríamos también de nuestros óleos, les retocaríamos sus perdidas manchas hasta hacerlos mugir en el viento. Y es que para que tu alma no llorara, no gimiera cucurucucú paloma, y en lo pelado de estos horizontes el color de tus ojos no se sublimara, hasta en las mismas lagunas de espejismos, te lo juro mi cancioncita ranchera, nos volaríamos de amor pintando patitos...

Al entrar a los buques, las niñas y los viejos, apurados, huraños, casi huyendo no saben de qué, se desparan a la soledad de sus camarotes. La Ambulancia y la Chamullo, luego de dejar al Astronauta en el suyo, se dirigen rápidamente cada una a su habitación. Les urge una ducha, sobre todo a la Ambulancia. La Poto Malo no se ducha. La Poto Malo al llegar a su camarote camufla una botella en una bolsa de papel y sale a comprar una cerveza. En verdad ella nunca fue muy amiga de la finada (ella nunca en verdad fue muy amiga de ninguna de las niñas). El ácido de su bilis negra le impide

compartir con nadie. Su apodo le amarga la vida. Es la que menos clientes atrae. Nadie se acasera con ella. Nunca se le ha visto una fila formada a su puerta.

... y para que el dolor de estos cementerios no te tocara ni su abandono te partiera el alma, nos iríamos todos de manda por los más perdidos de estos corrales. Como promesantes a la Virgen de la Tirana y en penitencia por este amor de ti, lavando nos iríamos a lágrima viva el dolor de sus cruces reseca y la amargura terrible de sus coronas de lata. Sólo por ti, amiga mía, para que la tristeza de estos muertos no te entrecortara, recalando nos iríamos fechas y nombres, epitafios y salmos. Y que nos castigara la Santa, palomita mía, si frente a cada sepulcro embellecido, para que el silencio no fuera y como la más gloriosa bienvenida que tú quisieras oír, no nos mandáramos a cantar a todo grito la más alegre de tus rancheras de amor...

De vuelta en la pieza, la Poto Malo se deja caer sobre la cama. Bebe la cerveza a grandes sorbos. Enciende un cigarrillo. Cuando llaman a la puerta, se dice que según su mala suerte, justo ahora debe ser un cliente. No se equivoca. Un joven de lentes, casi un niño, le pregunta compungido si acaso ella también está de duelo. "También", le dice, y cierra la puerta. Cuando pasado un rato golpean de nuevo y es otro que se quiere ocupar con ella ("a falta de pan, seguro", se dice para sí, enrabiada), vuelve a decir que lo siente. Recostada de nuevo, piensa que es una tonta, una sentimental de mierda, que debiera acordarse que no tiene ni para el desayuno de mañana.

... y para que sólo de verlas no rompieras en llanto, les devolveríamos la vida a las abandonadas oficinas salitreras; a esas que, dejadas hasta de la mirada de Dios, rezan todavía y a todo viento su castigado rosario de piedras. Embanderando iglesias y usinas, pulperías y biógrafos, sindicatos y fondas, las renaceríamos gloriosas a las olvidadas del desierto. Y para que maravillada de alegría te tomaras de nuestro brazo y "cariñitos míos" y "palomitos míos" de nuevo nos llamaras, y hasta el "paisitas de mi alma" de puro gusto se te saliera, nada más que por eso, tocados de la gracia de tu amor y en remolinos de vida, a sus mismas ánimas, te lo juro, en alucinante carnaval reviviríamos...

Llaman a la puerta por tercera vez. La Poto Malo se incorpora con desgano, estira su colcha de un desvaído color verde palta y, por tercera vez, abre la puerta. Un hombrecito con el sombrero en la mano le pregunta si se puede. La Poto Malo da una larga chupada a su cigarrillo, expele el humo por sobre la cabeza del visitante y se lo queda mirando con una expresión ausente. Con la mano en la manilla, ora mirándolo a la cara, ora a su negro sombrero de paño que hace girar nerviosamente entre sus manos, la Poto Malo lo mira.

... para que desde los repoblados escombros entonces (con varas y pesas justas a las puertas de las pulperías), desde sus soleadas calles entonces (sin marchas de hambre ni llantos de masacres inútiles), desde sus florecidas plazas de piedra entonces (con bandas de músicos y niños jugando con fichas de colores como si fueran las cosas más alegres del mundo), en una gran comparsa bajo el sol, nosotros de traje negro y camisa blanca, tú y tus amigas vestidas de organza, y todos de amor embellecidos, nos fuéramos bailando a toda pampa el primer corrido de la resurrección...

— Dentre —le dice.